

UNA IGLESIA QUE PIENSA

DOS MUNDOS
Colección Una Iglesia que piensa

Director:
Jaime Septién

Número 1

CARLOS DÍAZ

UNA IGLESIA QUE PIENSA

© *Fundación Emmanuel Mounier*
Melilla, 10, 8.º D
28005 Madrid
Teléf. y Fax: 91 473 16 97
e-mail: carlosdiazh@eresmas.net
www.pangea.org/~spie/iem/iem.html

© *SOLITEC*
Cayetano de Cabra, 14
29003 Málaga
Teléf. 952 33 01 51

© *EL OBSERVADOR*
Reforma 48
Centro histórico
C.P. 7600 Querétaro
México
Pedidos: www.elobservadorenlinea.com

© *IMDOSOC*
Pedro Luis Ogazón, 56
01020 México D.F. (México)
Teléf. 566 144 65 - Fax 566 142 86

Diseño de cubierta:
unocomunicación

Diseño de logotipo Dos Mundos:
Antonio María Riego

ISBN: 84-95334-82-8
Depósito Legal: S. 328-2005

Imprenta KADMOS
Salamanca, 2005

PRÓLOGO

Captar en un instante, en un texto, en una conferencia todas las posibilidades de una verdad, es signo de la presencia de la Gracia. Son pocos los que pueden. Pero son. He aquí un libro que abrirá zanja. La fe cristiana necesita ser vista, expuesta, meditada. El mundo que la ha acogido ya no es el mismo mundo. Una densa capa de indiferencia revienta la cara oculta del alma de las personas que hoy lo poblamos. Al ansia de creer ha venido a sustituirla el aburrimiento burgués que Baudelaire barruntaba en el bostezo.

El secreto de las líneas que siguen a este breve, muy breve, prólogo es el entusiasmo. La pasión por exponer la belleza de la relación del hombre con Dios y de Dios con el hombre. Un ensimismado alarido –verdaderamente, un alarido– para despabilar modorras de toda laya: he aquí un creyente que piensa y que quiere hacer pensar (pensar es agradecer, según la consigna de Heidegger) a los demás creyentes que, a lo mucho, piensan que piensan. Como muchos creen que creen. Como otros tantos que creen que no creen.

A la Iglesia le falta descubrir el hondón de la belleza que le identifica. A la Iglesia (que somos todos los bautizados) le sobran corazones blandos y le faltan, rabiosamente, operadores confiables de Cristo en las batallas de la cultura. Operadores que hablen de lo esencial, es decir, de Dios. Bien lo dijo san Hilario, con exquisita sencillez y armónica valentía: “Tengo la impresión de que el deber más importante de mi vida para con Dios es, con mucho, el que yo hable de Él en todo lo que pienso y en todo lo que digo”.

Por una tacañería casposa, los que hemos sido introducidos a la familia de Dios por el bautismo, de lo que menos queremos hablar es de Dios: nos provoca comezón, algo de urticaria, una suerte de incomodidad perniciosa. Preferimos refugiarnos en la cavidad del lugar común, que repite lo mismo siempre. Es el útero de la masa. El pánico a la diferencia. Que nadie note que somos cristianos; que nadie sea capaz de descubrir que la Cruz es nuestra forma de caminar, pasar o morir. Lejos, muy lejos de nosotros la peligrosa llaga de Jesús compartiendo nuestras carnes. Tampoco queremos pensar en Dios: “es muy abstracto, no se llega a ninguna parte, es inútil”.

La Iglesia misma se nos ha vuelto “profesional”. Habla de muchas cosas buenas, pero lastradas por la temporalidad. De muchas cosas limpias, pero como si fuera una ONG de la espiritualidad caritativa. Un cayo muy gravoso habita su andar al alba –y a pie enjuto– del siglo XXI: el “cayo de la técnica de la salvación”. Al “yo pecador” blandito del que recita su parte en la liturgia se une hoy el “yo liberador” de tanto iluminado que, tratando de ganar al mundo para Dios, comienza por apearse a Dios del mundo.

Como aquél Ulrich, personaje de “El hombre sin atributos” de Robert Musil, los cristianos de esta hora hemos aprendido no a renunciar (que la renuncia es propia del “caballero de la fe”), sino a renunciarnos, a “combatir” nuestras inclinaciones de santidad y sacrificio, para entregarnos maduros y conformes a vivir sin sobresaltos el tiempo que la autoestima y una alimentación balanceada (mediterránea, por favor) nos concedan vivir. Pero, como Ulrich, “también un hombre sin atributos puede tener un padre dotado de atributos”. Y esa es la paradoja que explora este libro de mi maestro y admirado filósofo Carlos Díaz: ¿cómo los cristianos, teniendo las raíces de fe tumultuosas y fascinantes que tenemos, nos acurucamos al estercolero de la cultura “políticamente correcta”?

Yo veo la tristeza del que piensa y tiene fe. Imagino, igualmente, la rabia de Dios ante la timidez de sus criaturas para amarle y extender el Evangelio en todos los aerópagos de la modernidad terrena. Prometió, tras el diluvio, no volver a romper su alianza. Nos envió a su Hijo. Lo torturamos vilmente. Lo tasajamos en la cruz. Y tras siglos de escupitajos ahora le cruzamos el rostro con el látigo de la eficacia. Y de la filantropía, que no es sino una más de las formas del tedio.

Estamos por verificar la muerte de la muerte de Dios. Sin derramar sangre. A base de esa tremenda acción depredadora de lo sagrado que es encogerse de hombros.

Si, como decía Mauriac, “la pobreza es un estado del alma”, somos una pandilla de miserables mendigando favores, incapaces de convertirnos (lo digo por mí y por dos o tres que me conozco) en heridas vivas de la fe, en testimonios.

“Un libro debería ser como el hacha que rompe el mar de hielo que cubre nuestro corazón”, espetó Kafka. A continuación, un hacha.

JAIME SEPTIÉN CRESPO

AGRADECIMIENTO

Me identifico sencilla y plenamente también en esto con Emmanuel Mounier: “Siempre seré impermeable al veneno de la Sorbona. Decididamente, soy incapaz de adoptar la actitud objetiva de esos jóvenes que se sitúan ante los problemas como frente a una pieza de anatomía y ante su carrera como frente a un mecanismo que deba montarse metódicamente hasta el punto exacto. Habría que saber si no constituye un abuso del lenguaje llamar objetividad a esta mutilación y a esta mio-pía. Y es eso lo que alimenta la Sorbona, y me he podido aproximar lo bastante a su espíritu como para darme cuenta de que no se ve la estrechez desde dentro de ella y de que cualquier otra actitud adquiere allí un aire ridículo. Lo que falta sobre todo a esas almas seguras de los profesores es el sacrificio, la prueba, la noción concreta de la miseria humana, así como de su verdadera grandeza: sólo conocen el hospital desde el seno de su comisión de higiene”¹. “¡Ah, los espíritus limitados, las gentes agarradas a la cátedra, a la tribuna, a sus sillones, las gentes satisfechas, los inteligentes, los u-n-i-v-e-r-s-i-t-a-r-i-o-s! Sea como sea, tenemos que hacer algo serio con nuestra vida. No lo que los otros vean y admiran, sino darle ese vuelco que consiste en imprimir en ella lo Infinito”². “¿Mi porvenir? Quiero creer que no está trazado con el rigor de una curva geométrica. Todo, menos la línea recta, obstinada, ciega, con un sillón al fondo. ¿Quizás sea esto muy poco universitario?”³. “¿Mi tema de tesis? Lo dejo madurar, pues una tesis es en mi opinión una obra humana más que una obra intelectual”⁴. “Simplemente soy incapaz de ponerme ante mi destino como alguno de esos jóvenes que he visto a mi alrededor, que organizan su asunto como se traza un diseño. Tengo una idea muy nítida del ‘sentido’ de mi vida como un impulso y una luz más que como una dirección trazada. He estado a punto de caer un momento en la ‘mentalidad’ de la máquina universitaria. La prueba me ha salvado y ahora siento escalofríos como por un peligro evitado. Quiero recibir y dar, eso es todo (incapaz de saber incluso si acabaré en el

1 Mounier: IV, 489-490

2 IV, 486

3 IV, 492-493

4 IV, 500

país de las cátedras y decidido a no cerrar nada por adelantado). Quizás sea además muy poco filosófico: ¿consiste el ser filósofo en conceder más precio a una amistad que a una tesis?”⁵.

Por mi parte, quedo agradecido a cuantas universidades católicas me han invitado a impartir la docencia en sus claustros de forma sistemática: por este orden cronológico, a la Universidad Pontificia de Comillas, a la Universidad de San Pablo, a la Facultad de Teología San Dámaso, a la Universidad Pontificia de México, y a tantas otras. Entre las universidades católicas a las que he sido invitado esporádicamente, tantas en verdad que me resulta imposible su recordación, especialmente en México, quiero expresar mis mejores deseos a las autoridades de la joven Universidad Católica de Culiacán (Sinaloa). Gracias mil por permitirme participar en su proyecto de vida universitaria católica desde mis viejos campos de Castilla, a los que quisiera hermanados con las magníficas y variadas tierras de Querétaro. Desde ese su acueducto, que permite ser visto por otros acueductos, puede contemplarse a sí misma la Iglesia para lograr luz: sus ojos serán mejores ojos si además de ver permiten ser vistos e iluminados. Y los míos se verán agradecidos, por dejar mirar a los de mis buenos amigos, entre los cuales muy en primer plano a los de Jaime Septién.

Capítulo I

LA IGLESIA EN EL CORAZÓN DEL MUNDO, EL MUNDO EN EL CORAZÓN DE LA IGLESIA

1. YO, CREYENTE BURGUÉS

1.1. UN CRISTIANISMO ABURGUESADO

Escribió Unamuno: “No concibo a un hombre culto sin la preocupación religiosa, y espero muy poca cosa en el orden de la cultura de aquellos que viven desinteresados del problema religioso”. Sin embargo, hoy vivimos en plena secularización: se ha perdido el valor socialmente reconocido a los símbolos e instituciones de la religión, crece la ocupación en tareas pragmáticas, desinteresándose del más allá, se separa la sociedad y la cultura de las instituciones eclesíásticas, se reduce la religión a incierta antropología, se desacraliza la naturaleza, convertida en objeto de dominio técnico, se pasa a una tradición elástica y móvil que no consagra ningún principio, se privatiza la religión, confinada en la intimidad, se la fragmenta en un pluralismo de creencias coexistentes. Para conceptualizar este fenómeno se han propuesto otras imágenes: eclipse de Dios, muerte de lo sagrado, crepúsculo de los dioses, desmitificación y demistificación, cultura posreligiosa, etc⁶. En ese ambiente, ¿será posible una Iglesia donde la identidad cristiana arraigue con más fuerza y se denuncien con eficacia crítica las limitaciones de un mundo sin religión, dando forma relevante a una catequesis que facilite la comunicación del mensaje revelado⁷? Si así se hace, la secularización habrá servido de purificación: se habrá superado el pensamiento mítico-mágico y la interpretación individualista de la salvación, Dios quedará liberado del casco de bombero de urgencia y del cientifismo. En todo caso, una cosa sería la secularidad (convivencia pacífica de creyentes e increyentes en un mundo plural) y otra inaceptable el secularismo, pretensión de expulsar a los creyentes de la ciudad secular plural.

6 Fierro, A: *El hecho religioso*. Ed. Salvat, Madrid, 1984, pp. 56-57

7 Oviedo, L: *La secularización como problema*. Sifitel. Valencia, 1990, p. 162

Parece, en efecto, como si para muchos los dioses politeístas todavía estuvieran vigentes y el cristianismo no se hubiera instaurado. Como en el fin del imperio griego las sectas interioristas proliferan; lo mismo que en el final del imperio romano; Sodoma y Gomorra modelan la vida del primer mundo. El burgués en que hoy se ha convertido (nos hemos convertido, me he convertido) el creyente acomodado del siglo XXI, o si se prefiere más solemnemente del tercer milenio, surge en torno al burgo, aparece con la urbe en el momento en que la Edad Media de los feudos y los caballeros acorazados declina y da paso a la nueva Edad Moderna más libre y más osada; primero con el capitalismo mercantil y comercial, finalmente con el fabril. Lo propio del burgués es romper una cosmovisión autocontenida y eterna, escrita en un lenguaje eterno, el latín, administrada desde una ciudad eterna, Roma, con una filosofía supuestamente eterna, el tomismo. Todo sucedía muy lentamente antes del nacimiento de la burguesía y a mayor gloria de Dios, hasta entonces clave de bóveda de todo ese sistema estático, la quietud de todas las quietudes, un Dios que de ninguna manera hubiera podido ser pensado como un Dios en devenir, sino como un omnipotente Dios eviterno, tranquilo, felicitante. Todo ese panorama histórico lo va a hacer cambiar la burguesía. El nuevo burgués será una persona con espíritu de empresa. Está abriendo mundos más anchos tras el descubrimiento de América, es capaz de gestas impensables; también las innovaciones técnicas rompen la monotonía y la quietud de la anterior forma de vida. El neoburgués ya no vive en el campo sino en la ciudad, ha roto con la estructura feudal persona-empresa, posee espíritu aventurero, afán de lucro y sentido del riesgo que a veces le lleva a abrir camino con riesgo de su propia vida. En ese sentido, desde luego, se trata de una persona admirable por su valor y por su talante reflexivo, prudente, calculador, con no escaso sentido económico, de orden, de rigor.

La filosofía del burgués rompedor y a la vez prudente se expresa básicamente en el mensaje final de Augusto Comte: orden y progreso. El positivismo, última manifestación de la burguesía. El movimiento obrero pensará que tal como están planteados estos dos paradigmas positivistas no le interesan, y por eso intentará introducir el desorden dialéctico en este tipo de "orden" establecido y que trata de reafirmarse cambiándolo todo para que todo continúe. El orden que persigue el burgués es el orden que conlleva progreso, un orden que no es necesariamente el de la dictadura, ya que ésta no genera confianza, pues en ella no sabe a qué atenerse con el dictador. El orden que desea el burgués es el que le permita saber qué va a pasar, un orden producido por la laboriosidad y las leyes que el propio burgués se da a sí mismo. Este tipo de orden y progreso material serán bendecidos con el tiempo como un orden y progreso moral, constituyendo el origen de lo que más tarde se denominará "ética de los negocios": todo negocio que cumpla con las dos condiciones (orden y progreso) será éticamente correcto a juicio de la burguesía.

Dos fuerzas contradictorias, que se complementan en lo que tienen de contradictorio: orden y progreso producen burguesía progresista. Este proceso llega a su culminación con el desarrollo del calvinismo. El trabajo que el calvinista introduce

con orden y progreso es para él la manifestación más evidente de que Dios le quiere; la ética empresarial sirve de santificación espiritual y de anticipo salvífico. Semejante planteamiento late hoy con tonos muy similares en el fondo del paternalismo empresarial católico: es el de la “santificación por el trabajo”. En virtud de tal postulado podría el capitalista santificador explotar al obrero santificado, extraerse para sí la plusvalía producida por el sudor de la frente de este último, pero a la vez pretender la compensación de dicho operario mediante la “santificación” que dicho trabajo alienado produciría en él, el operario. Así santificados el explotador y el explotado, el uno a costa del otro, se habría logrado lo difícil, el milagro.

Tamaño cuadratura del círculo se expande hoy entre no pocos empresarios agnósticos que se permiten el lujo de formular “códigos de ética empresarial” con la piel de sus empleados, y que maquillan la explotación de sus empleados con proclamas liberales. El neoburgués poscalvinista español, enriquecido a costa de dar la espalda a don Quijote, se entrega en su lugar a la cama redonda del cineasta Almodóvar (asta y cine son lo mismo en la neoburguesilandia hispánica), a pesar de su apellido topónimo tan manchego pero tan lejos de Cervantes!

En fin, que a lo largo del tiempo, como suele ocurrir en casi todo, el paradigma calvinista también se ha pervertido para terminar haciendo más hincapié en el desorden establecido que en el progreso. La democracia neoburguesa ha generado una ingentísima cantidad de funcionarios que viven de la política, es decir, del poder, es decir, del orden, por lo que en tales circunstancias un político “poscalvinista” nunca pretenderá el cambio social, la ruptura, sino el mantenimiento del estado de cosas, que son las cosas del Estado: toda esa masa de gente está del lado del orden, no del progreso, ya que la burguesía, con su fuerza de imantación, ha terminado por inclinarles en favor suyo: ¡qué poder cautivador tiene la identidad burguesa para terminar contaminando al ser humano en su sentir más profundo!

1.2. EL NUEVO ETHOS DESACRALIZADOR DE LA BURGUESÍA

El orden y progreso burgués se ha convertido en dinero. ¿Por qué se ha producido esta transferencia? Porque acumular dineros resulta bastante más fácil para los parásitos del desorden establecido que intensificar una vocación. El dinero pertenece al orden del humus, de la pesantez de la tierra, genera una mutación substancial en la identidad de la persona, en la medida en que sirve como mediador entre la cantidad de pena o de placer de algo: si de una pena o un placer no podemos decir cuánto dinero vale, aseguraba Bentham, no podremos decir cosa alguna de ella.

Pero no. La vocación no hay quien la controle ni reifique, pues ella pertenece a la creatividad, a la llamada de lo alto, al espíritu, a mi relación con Dios, a mi salvación o condenación eterna, mientras que el dinero es perfectamente sometible, cosificable, cuantificable: quien tiene dinero cree ya que por ese mismo tenerlo no necesita que funcione la persona, sino su sustituto argentario o aurífero; el neobur-

gués entiende que puede dejar de ser persona y de arriesgar en su vida, porque como tal burgués el dinero adquiere en él el poder del que como persona abdica. Las características propias del paleoburgués (riesgo, aventura, progreso) se ven de esta guisa abandonadas en cuanto el neoburgués se torna caballero y señor propietario –recuérdese a Max Stirner–, una nueva forma de recuperar la condición feudal sin darse cuenta de ello. Resultado: el burgués hace el dinero y es el dinero el que deshace al burgués, el terrateniente pasa a ser terratenido, el poseedor deviene poseído, el consumidor consumido por el consumo que (le) consume. Es una cuestión que da que pensar: cómo las instituciones que el hombre crea acaban corrompiendo al hombre que las ha creado, cómo el hombre es corrompido por su propia creación.

A partir de ahí se explica lo que pasa con otra palabra emblemática de nuestro sistema: el interés. El interés, cuando no había mentalidad burguesa, era *inter esse*, relación entre personas, por lo que la persona inter-esante venía a ser precisamente aquella que se desinteresaba de sí misma, toda vez que allí primaba una relación dinámica, interpersonal: el yo-y-tú. Sólo cuando este desinterés ético se convierte en dinero, se transforma en un interés óntico, y por tanto en deuda dineraria, en deuda puramente material, olvidando también ahora que “deuda” es una palabra nada conflictiva en su origen, pues deriva de *debitum*, participio del verbo *debere*, según el cual yo tengo el deber de ocuparme del otro desde mi desinterés ético, es decir, en mi calidad de persona des-inter-esada; mi riqueza, en fin, no es la del enriquecimiento crematístico, sino que lo que me convierte en rico es lisa y llanamente el preocuparme por él y el ocuparme con él, y en que por todo eso mi deuda hacia él viene del deber moral de quererle y de preocuparme por él mismo, sin más.

Únicamente cuando el interés moral pasa a ser económico, el deber ético se convierte en deuda crematística. De este modo la persona generadora de deberes pasa a convertirse en burgués generador de deudas o de créditos, pero –nueva tergiversación de todo lo anterior– de créditos pecuniarios, no de los créditos morales, de esos que derivan de *creditum*, a su vez proveniente de *credere*, creer. El burgués no concede crédito, no tiene fe en nadie desde la perspectiva interpersonal, sólo confía en su dinero. He ahí básicamente lo que produce el espíritu burgués: que todo cuanto fuera personal lo transforma en económico, en monetario, en abstracto. El principio de la economía neoburguesa consiste, pues, en el abandono de lo concreto humano, y en la concreción o materialización del dinero, eso que Shakespeare denominaba no sin razón “prostituta universal”. Resumiendo: en lugar del *inter-esse* personal, el interés bancario; en lugar del *debitum* moral, la deuda económica; en lugar del *creditum*, el crédito con sus correspondientes intereses usurarios.

1.3. DE LA SUPUESTA HEREJÍA A LA REAL APOSTASÍA

Por eso se hace tan difícil y tan pesado luchar contra el espíritu burgués, en la medida en que pone de relieve lo que cada uno hacemos en nuestra vida cotidiana.

La burguesía es la expresión de esa vida cotidiana despersonalizada, que finalmente nos conduce más y más al tener, mientras nos aleja más y más del ser: “El pequeño burgués no posee los signos exteriores y las facilidades del rico, pero toda su vida tiende hacia su adquisición. Sus valores son los del rico, achaparrados, acartonados por la envidia. No es rico solamente el que tiene mucho dinero. Es rico el pequeño empleado que se avergüenza de su chaqueta raída, de su calle, y que haría cualquier cosa antes que atravesar la plaza con un cesto en la mano. Es rica la mecanógrafa que acepta el mundo a causa de los favores del jefe, la vendedora que se hace partidaria de los objetos de lujo, el proletario que devora el ideal estrecho del empleado de banca, el joven antimilitarista que sueña en secreto con ser subjefe en la reserva.

Toda la vida privada del rico está dominada por un solo valor: la consideración. Toda la vida privada del pequeño burgués está dominada por un solo valor: el avance progresivo, que al fin y al cabo viene a ser lo mismo que la consideración. Si no él, al menos es necesario que su hijo se eduque, que tenga la vida más fácil de lo que nosotros la hemos tenido (¡cuánto amor a menudo, padres, en estas fórmulas; pero no se trata de vosotros, sino del pequeño burgués que sois, o de las palabras que vosotros le pedís prestadas para traducir mal vuestro amor!). No es ésta la economía de los verdaderos pobres. La economía del pequeño burgués es la economía para la tiranía interior, con la falsa religión del trabajo para sostenerlas. Entonces, de la mañana a la noche, aspereza, cálculos, precauciones, avaricia. Ni una generosidad, por supuesto: ellos no tienen que trabajar como nosotros. Ni una fantasía tampoco: ese gesto que nace una mañana con la alegría del corazón y que los pobres conocen bien... Un tipo de hombre vacío de toda locura, de todo misterio, del sentido del ser, del sentido del amor, del sufrimiento y de la alegría, entregado a la Felicidad y a la Seguridad; barnizado en sus más altas zonas con una capa de educación, de buen humor, de virtudes de la raza, pero en lo bajo rodeado por la lectura somnolienta del diario, las reivindicaciones profesionales, el aburrimiento de los domingos y de los días de fiesta, con la sólo obsesión del último disco o de la última noticia escandalosa”.

El primitivo burgués, que habría caminado con su pecho, desapareció cuando se enriqueció. El tener, sin embargo, siendo facultad concreta, no es absoluta, sino relativa. La psicología del burgués no se satisface con el mero tener, sino en la medida que uno tiene más que los demás. Nunca se tiene bastante, por tanto, nunca se es bastante. La dinámica de crecimiento de la persona en el burgués se objetiva y, por tanto, si no crece su dinero tampoco crece él mismo. De ahí devienen dos sentimientos: la envidia y la avaricia.

Todos conocemos burgueses que son muy desgraciados, que se construyen y se destruyen a la vez (ellos se “deconstruyen”), y finalmente el tejido social se desgracia. Lo malo de toda esta historia no es que pierda su propia identidad el burgués propietario, lo malo es que la hace perder a todo un pueblo, aburguesando incluso a los que por su condición social pertenecen a un estrato de clase inferior.

Todos los pobres desgraciados de nuestra sociedad han ido a poner flores a las tumbas de John John y Lady Di, porque en el fondo querían ser como ellos. ¿Qué nos puede interesar a nosotros la vida de todos los famosos Julito-Lolita-Rociito, hijos de la España diminutiva, que aparecen semanalmente en las revistas del corazón?, ¿por que se interesan los mexicanos y los paraguayos y los brasileños y los venezolanos más pobres por las aventuras y desventuras amorosas de la farándula burguesa, que vive precisamente de alienarles y de retrasar el nivel de desarrollo que los pobres necesitan para su liberación?

¿Por culpa del pensamiento único? Eso del “pensamiento único” se ha convertido en uno de los chivos expiatorios favoritos del alma burguesa. En realidad, no hay pensamiento único, sino pensamiento del Imperio único, el cual cuenta con la complicidad perezosa de casi todos, que pensamos más bien poco; si hay pensamiento único es porque solo uno es el que piensa. ¿Quién piensa? El miserable que llevamos dentro cuya manifestación es el ansia por tener: nos sentimos estimulados por el mecanismo de identificación, por envidia de aquel que ha substanciado en dinero y en poder lo que yo quiero ser. Infortunadamente, de seguir así, semejante gente nunca va a poder producir nada comunitario, como tampoco va a poder administrar su propia vida. No hablemos, en fin, de la responsabilidad de los intelectuales palatinos en todo esto, tupido velo. En resumen, que nadie puede negar que la burguesía es lo más resistente de todo lo habido hasta hoy. Ha caído el comunismo, el propio cristianismo parece tocado de ala en Occidente, se han tambaleado las grandes teorías sociales; lo único que subsiste es el espíritu burgués. Las tres pes: tanto poder, tanto prestigio, y tanto peculio tiene la burguesía, que daríamos lo que fuera por oler como ella tras perfumarnos en sus bañeras.

La España católica se ha automutilado para engordar al criptoburgués que lleva dentro (o no tan cripto, más criptiano que cristiano), pero no al modo como hace la lagartija que para salvar el resto cede de buen grado la cola que luego vuelve a ganar recomponiendo su figura auténtica, sino que ha entregando de buen grado una buena parte de su propia identidad a cambio de dar al César dinerario lo que es de Dios. Una apostasía a gran escala ha sustituido en España a las anteriores voluntades de herejía. Dicho de otro modo, España es la historia de una realidad que ha ido de la herejía a la apostasía porque, a pesar de tener una historia milenaria, al parecer no ha tenido aún el suficiente tiempo como para construirse su propia ortodoxia. La ayer cacareante catolicidad española ha dividido la verdad en dos y de esta división no se han producido dos verdades sino dos errores. Cada uno de nosotros, dice Mounier, lleva dentro una parte proporcional del burgués: un 5%, un 25%, un 50%... lo que sucede es que el burgués se irrita más dentro de sí, cuanto más parte lleva, como un demonio en un poseído.

Con todo este trajín, lo que el burgués busca denodadamente, es la felicidad. No hay cansancio mayor que el que produce la búsqueda de la felicidad, a través de esta lucha. Es difícil llegar a ser feliz con estos mecanismos de erosión interna. Por eso no es difícil encontrar, cada vez más, casos de personas que habitan nues-

tras prominentes sociedades capitalistas, que tengan mucho y vivan sin sentido. Existe una clara tendencia del burgués a querer ser feliz a través del prestigio: la cátedra, los títulos, los trajes, la posición social, el coche, cada uno plantea sus propias condiciones de prestigio, pero el prestigioso está siempre insatisfecho, continuamente pendiente del nivel de prestigio que los demás le reconozcan. Quien, para ser feliz necesita que los demás le reconozcan su prestigio, queda obligatoriamente a merced del juicio ajeno, y por ende su felicidad siempre está al borde de un hilo. Esta sí que es la gran estafa que el burgués se hace a sí mismo. El gran drama es que a pesar de que uno se oculte a sí mismo para dar una imagen determinada, al final, los demás te conocen. El burgués nunca estará bien, más aún, estará peor cuanto mejor quiera aparecer. No somos ni el gigante de nuestros deseos ni el enano de nuestros temores. Por tanto, al final, cuanto más posee menos es, menos tiene realmente.

Quienes nos encontramos en una posición de privilegio en esta sociedad somos ciertamente burgueses, pero es que hoy los obreros y la gente sencilla funcionan con los mismos planteamientos, son igualmente burgueses ¿Cómo se soluciona esto? ¿Qué planteamiento corrector propone la política burguesa? Ninguno, a no ser el de permanecer en la vorágine, porque no va a haber ninguna solución, ni por parte de la izquierda, ni de los otros partidos políticos del espectro actual: están en lo mismo. En el pequeño burgués sus valores son los del rico, achaparrado, acartonado por la envidia. El espíritu burgués siempre tiene un después: primero el cuello duro, después el hotelito, después el coche, después al mar, después que le preste atención el rico, después que se le iguale a él, después que todo eso se convierta en “religión”.

1.4. ¡PERO CUIDADO CON LOS PURISMOS!

Finalmente nos encontramos con un subproducto del burgués hoy ya a punto de desaparecer, una burguesía seudointelectual que, por reacción contra la avalancha, únicamente practica un espiritualismo desespiritualizado y que habla de la tradición cuando sólo se fija en las tradiciones más anacrónicas. Son los que todo lo juzgan perverso, especialmente en comparación de la supuesta Edad de Oro del General, que por cierto no fue una Edad de Oro general, ni mucho menos, sino más bien cuartelaria, de rancho. Para ellos los intentos de cambio social –siempre decepcionantes– son intentos demasiado materiales, por lo que se dedican a lo espiritual, a lo religioso, en definitiva a lo verdadero. Son los puros, los idealistas. No trabajan por cambiar las cosas ni la realidad opresora, incluso pueden ver como negativo tal intento cuando alguna vez se incoa. En lugar de actuar prefieren creer que actúan, pronunciando palabras bonitas aunque siempre separadas del compromiso, refugiándose en la elocuencia y el fariseísmo, denostando al mundo pero sin mover un dedo. Así funcionamos algunos burgueses que hemos leído un poco más, somos gente que morimos la víspera. Sin embargo, el mundo es una montaña de

mierda que hay que quitar con las manos. Lo importante es no ensuciarse el corazón.

La burguesía apostata, no puede ser militante de otra causa que no sea la suya. He aquí las palabras lúcidas de Mounier: Una persona se prueba por un compromiso; un compromiso no es un carnet de partido –excelente medio para liberar la conciencia, para huir de las cargas del pensamiento y de la acción auténticas–; ni siquiera es una pasión militante, activa: hay hombres a los que les gusta moverse, o alimentar un cierto calor sentimental que poseen; ellos conmueven, sudan, demuestran; yo pregunto: ¿qué sacrificios hacen? Es un error creer que la autenticidad se consigue con simples proclamas de no-conformismo. El no-conformismo no es una virtud. No hay valores negativos. Hay una forma, hoy bastante frecuente, de no-conformismo que no es, por así decirlo, más que una especialización del conformismo. Se rechaza el sistema de valores más extendido para adoptar el de una categoría social más reducida hacia el que os arrastra algún interés, algún instinto, alguna desgana o alguna manía. Sin embargo, en la nueva sociedad así escogida, se comportan exactamente como el más vasto rebaño: repetidores de palabras, y buscadores de tranquilidades sociales. Las virtudes que han dado el impulso para pasar la frontera desaparecen una vez atravesada ésta. Las que nosotros exigimos no dejan nunca de atraer...

La sociedad de los espíritus, en la que la serenidad de un pensamiento impersonal –en el límite, un lenguaje lógico riguroso– aseguraría la unanimidad entre los individuos y la paz entre las naciones, ¿como si el pensamiento pudiera ser impersonal, como si una especie de esperanto para filósofos pudiera reemplazar el esfuerzo de cada hombre particular por dominar sus pasiones particulares y descubrir los valores objetivos que fundarán su conversación con los hombres! Y ¿qué comunidad se forjaría así? Un pensamiento impersonal no puede ser más que tiránico. Al creer en la infalibilidad automática de su lenguaje está menos dispuesto a dar a las libertades el tiempo que les hace falta, lo que les conviene para llegar a la verdad...

Si algunos rechazan el introducir la acción en el pensamiento y en la más alta vida espiritual es porque tienen de ella implícitamente una noción mezquina, reduciéndola al impulso vital, a la utilidad o al devenir. Pero es necesario entenderla en su sentido más comprensivo. Por parte del hombre, designará la experiencia espiritual integral; por parte del ser, su fecundidad íntima. Entonces se puede decir: lo que no actúa no es. Modificando la fórmula habitual, yo diría que la revolución personal comienza por una toma de mala conciencia revolucionaria. No es tanto la toma de conciencia de un desorden exterior, científicamente establecido, cuanto la toma de conciencia por el sujeto de su propia participación en el desorden hasta aquí inconsciente, hasta en sus actitudes espontáneas, en su modo de ser habitual. Viene entonces la renuncia y, después de las negaciones, no una máquina de “soluciones”, sino el descubrimiento de un centro de convergencia de las luces parciales que suscita una meditación continuada, unas voluntades particulares que nacen de

una voluntad nueva, una conversión continua de toda la persona solidaria, actos, palabras, gestos y principios en la unidad cada vez más rica de un solo compromiso. Tal acción está orientada hacia el testimonio, y no hacia el poder o el éxito individual...

Una filosofía para la que existen valores absolutos siente tentaciones de esperar, para actuar, a unas causas perfectas y unos medios irreprochables. Es lo mismo que renunciar a actuar. El Absoluto no es de este mundo y no es conmensurable con él. Sólo nos comprometemos en combates discutibles y en causas imperfectas. Rechazar, por tanto, el compromiso, es rechazar la condición humana. Se aspira a la pureza; demasiado a menudo se llama pureza la ostentación de la idea general, del principio abstracto, de la situación soñada, de los buenos sentimientos, como lo revela el gusto desmedido por las grandes cosas: lo contrario de una heroicidad personal. Este cuidado inquieto de pureza expresa a menudo también un narcisismo desenfrenado, una preocupación egocéntrica de integridad espiritual, desgajada del drama colectivo. Más banalmente, lo que sucede es que se cubre con un manto real la impotencia, la pusilanimidad, es decir, la puerilidad...

No solamente no conocemos nunca las situaciones ideales, pero ni siquiera escogemos el punto de partida en que se nos pide nuestra acción. Nos atacan de modo distinto y con una urgencia tal como no preveían nuestros esquemas, y apremiantemente además. Tenemos que responder enseguida apostando e inventando, cuando nuestra pereza se disponía a dar soluciones hechas. Se habla siempre de comprometerse como si dependiera de nosotros; pero estamos ya comprometidos, embarcados, preocupados. Por esto la abstención es ilusoria. El escepticismo es todavía una filosofía; la no intervención entre 1936 y 1939 ha producido la guerra de Hitler, y el que no “hace política” hace pasivamente la política del poder establecido.

1.5. CUALQUIER TIEMPO PASADO NO FUE NECESARIAMENTE MEJOR

Y ¿cómo se reemprende este camino hacia el ser humano? Se oye decir: cuando conseguimos sabernos las respuestas, nos cambiaron las preguntas; el marxismo era la respuesta a los grandes interrogantes, sin embargo hoy en día todas esas grandes teorías han pasado a ser recuerdos del pasado.

No, no; ni éramos tan listos como creíamos cuando “nos sabíamos las respuestas”, ni tan tontos ahora cuando decimos sentirnos chasqueados porque nos han “cambiado las preguntas”. Yo creo que no nos supimos la lección como habíamos supuesto; en realidad, muy poca gente había en su día, de entre las que se autoproclamaban marxistas, que lo fueran realmente. Además, ahí siguen las preguntas de siempre: ¿por qué nos siguen tratando como a cosas si somos personas?, ¿por qué se estimula la diversión superficial en vez de educarnos en el sentido? Presos de nuestro “euroego”, nos aseguran además que no se puede hacer nada, y nosotros nos lo creemos porque estamos deseando creérnoslo para mejor retirarnos

al arca de Noé, a la moqueta y al silloncito. Han logrado lo que querían, del modo en que lo querían: dar por perdida la batalla antes de entrar en la lucha.

Y no es verdad que esto sea así, porque nunca se han dado en la historia –como decía el marxismo tan denostado y desconocido por los snobs– tantas condiciones objetivas para una posible universalización de la riqueza y a la vez tantas realidades de pobreza e injusticia como ahora. Las cosas pueden cambiar, tienen que cambiar, pero preferimos quejarnos antes de hacer nada; parece que estamos muertos, pero en realidad nos gusta esta situación de muerte que llevamos en la vida. Para el burgués, duro es decirlo, la pregunta no debería ser si hay vida después de la muerte, sino si existe vida en esta muerte tantas veces disfrazada de euforia. Nadie puede entender la resurrección si está muerto ya aquí. Pero se puede resucitar, si se sabe y si se quiere. Este libro es para ayudar a eso, porque eso constituye la verdadera patria de su identidad.

2. EN UN MUNDO QUE NO ES CRISTIANO, DE TAL ANTROPOLOGÍA, TAL TEOLOGÍA

Como señala Julián Marías, “se lleva mucho tiempo intentando la despersonalización, que los hombres pierdan de vista su condición de personas, que se vean como organismos, reducidos a las otras formas de realidad que existen en el mundo; a última hora, reductibles a lo inorgánico. Por supuesto, sin libertad, sometidos a las leyes naturales –físicas, biológicas, sociales, psíquicas, económicas–, susceptibles de toda manipulación desde todas esas instancias⁸”. En efecto, “una serie de ‘relevos’ han borrado el carácter personal del hombre. Esta actitud ha solidado ir acompañada de un extraño deseo de aniquilación, la voluntad de extirpar en los demás la esperanza de seguir viviendo después de la muerte. Se puede descubrir algo que en el fondo no se entiende: un terror a la supervivencia, acaso a la responsabilidad, a la exigencia de amor⁹”. Por si fuera poco, “se ha difundido la vida eterna con una imagen popular escasamente atractiva: los bienaventurados, sentados en nubes, con túnicas blancas y tocando el arpa¹⁰. Todos quieren crecer pero nadie reconoce al Altísimo. ¿A qué se debe que la antropología personalista tenga hoy tan pocos novios, y sin embargo tantos padrinos, ya que hasta sus más acérrimos antagonistas enaltecen retóricamente las libertades de la persona? Los

8 Marías, J: *La perspectiva cristiana*. Alianza Ed. Madrid, 1999, p. 122

9 *Ibi*, pp. 116-117

10 *Ibi*, p. 90. Ocultándose, por otra parte, que la vida eterna ante Dios ha de ser “como glorificación, como iluminación de toda realidad. Las diversas formas de vida, empezando por la recíproca disyunción entre varón y mujer, las diversas edades, que en esta vida son sucesivas y en gran medida excluyentes, pero que en la otra podrían conservarse sin pérdida; la multitud de pueblos, de variantes de lo humano, transformadas en el curso de la historia, toda la riqueza inagotable de la humanidad creada, ¿no tendrá que ser conservada, potenciada, salvada?” (*Ibi*, pp. 91-92)

empeñados en silenciar o en erradicar de la filosofía al personalismo comunitario, ¿cómo querrán luego elevar la voz en favor de los derechos humanos?

Cual piadosos neoconvertos, nuestro noviciado en Europa es el marcado por el euro. De la España pasada casi todo parece haber sido barrido: ni memoria de Abrahán, ni del Héroe Rojo parecen quedar. Pocos recuerdan de forma activa el Concilio o el posconcilio, en cuyo lugar se han instalado los conciliábulos posmodernos: Narciso en-si-mismado en el consumismo (con-su-mismo-ego) está a la orden del día. Cualquier español de edad habrá desayunado con Abrahán, comido con el Héroe Rojo, y cenado con Narciso. Mañana será otro día. En esta mutante transmisión falta la tradición (*traditio*) del relevo mismo; en su lugar se han instalado los folclores, es decir, las conmemoraciones animadas ideológicamente (con *animus*) y subvencionadas a cargo de los fondos generales del Estado, pero desalmadas espiritualmente (sin *anima*). Cuando de ellas desaparecen el alcohol y el sexo, la violencia y el ruido, entonces la fiesta pierde su sentido.

No solamente no hay vocaciones; es que no existe siquiera horizonte de posibilidad de que pueda haberlas: nada denota nostalgia del pasado que fue, y todo apunta hacia una euforia y un contentamiento de la vida, hacia una penúltimidad sin ultimidad cruzada por dos ejes: el hedonismo y el relativismo, presentado este último como tolerancia, no siendo en realidad sino una apostasía blanda, *light*; aquello de “Dios a la vista” de Ortega y Gasset ya no está a la vista. Cuando no hay hambre de otro pan, la seguridad social se encarga de darle a la gente el pan de cada día. *Epicuri de grege porcum*: ¿somos cerdos del rebaño de Epicuro? Quizá ni siquiera eso, quizá no somos sino que “estamos” pegados a un celular: “estoy en el móvil”. Estás, pero ¿cuándo eres? Por lo demás, no pocas veces cuando dices que eres buscas ser algo, sin querer ser alguien, dices que eres, no quién eres.

No son Marx-Freud-Nietzsche ya los maestros pensadores de esta neomodernidad, pues Marx ha desaparecido, más bien marx que menox; Freud está para los llantos y las depresiones analizadas por argentinos; Nietzsche sí queda, aunque en su versión floja, y junto a él ha entrado en escena Epicuro, el padre del hedonismo, a su vez padre del pragmatopositivismo, del funcionalismo, del utilitarismo, del conductismo, y similares. Paisaje al fondo: nada con dinero. Es ésta una infecundidad que tiene su trasunto en la esterilidad biológica, la cual a su vez se traduce en envejecimiento demográfico.

Pese a todo, no faltan benditos ingenuos para los cuales san Francisco sigue teniendo pegada entre los jóvenes. Pues no. ¿Los hábitos franciscanos? En la tienda joven de El Corte Inglés: parafernalia perfectamente compatible con ese ideolecto fundamental que es la imagen, los implementos ornativos. ¿El hermano sol y la hermana luna de san Francisco? Ellos interesan a los cartomantes, alveromantes, batracomantes y similares: luna-y-sol son mirados desde la perspectiva oraculesca y mántica. ¿Las florecillas y el campo franciscano? Pirriarán a los ecologistas, que veneran una naturaleza que se alaba a sí misma. En lugar del discurso de Francisco eco-antropo-teocéntrico, el fragmentario de la posmodernidad: la

pereza de los propios ha propiciado la pesca en río revuelto de los extraños: dormidos en los laureles, no hemos conservado vivo el lecho cultural desde el que lo cristiano se aprehende; cegados sus alveolos, cualquiera ha podido arrasar a cara descubierta, con sonrisa profiden, luz, taquígrafos y cámaras: Imperio impune. Dentro de él, también Europa es mamonolátrica.

3. LO CATÓLICO, IRRELEVANTE POR SIMBÓLICAMENTE INSIGNIFICANTE

Digámoslo con dolor: en general, lo católico se ha vuelto irrelevante porque ha dejado de ser simbólicamente significativo. La misma Iglesia se ha dejado arrebatar sus propios referentes simbólicos. Buena parte de los ministros de la Iglesia han puesto su empeño en estudiar sicología, sociología, etc, lo cual no está mal, pero hubiera estado mejor si no hubiesen postergado o menospreciado lo teológico, hasta el punto de poderse afirmar que entre ellos son hoy bastante minoritarios los “espirituales”, es decir, los hombres y las mujeres de Dios.

Ausentes ellos, las gentes han seguido buscando gurus, videntes, telepredicadores, espabilados y cucos de toda laya para que les impongan las manos, bendigan sus animales, y prevean sus horóscopos. No es que haya desaparecido el sentido de lo religatorio, es que ha mutado, entre otras cosas por ausencia de testigos de lo eterno en el interior de la Iglesia católica: no se ha sabido hacer presente en el imaginario social una oferta cualificada y diferenciada desde la fe cristiana. Lejos de evangelizar la cultura, se han gastado todas las salvas en culturizar el Evangelio: para que no se nos fuesen, les hemos metido en el mundo, pero no hemos sido capaces de meter en el mundo la luz que el mundo necesita.

Esta apostasía, a veces simoniaca (o demoniaca) se aplaude fácticamente en no pocos colegios religiosos, donde cualquier cosa menos Evangelio como lugar central de la enseñanza puede esperarse: los seminarios de religión de los centros de enseñanza católicos, lejos de ser el centro y el alma a partir de los cuales haya girado interdisciplinariamente el resto de las enseñanzas curriculares, languidecen por lo general como satélites extraterritoriales de un edificio en ruinas desde la perspectiva de la fe. Y por eso el ideario se ha tornado bestiarío, no seminario vivo, semillero capaz de hacer entender el sentido real de la fe retóricamente profesada, de vivirla con belleza simbólica y con rigor testimonial. Pero ¿puede sobrevivir la fe sin mediaciones culturales?; ¿tiene sentido una mera religión del corazón?; ¿puede limitarse la fe a su ejercicio cual rito privado, asocial?; ¿es correcto hacer caridad (Caritas), sin anunciar el nombre en nombre del cual la caridad cristiana se ejerce, así reducida entonces a simple asistencia sicosocial y a sociología de la acogida?; ¿las catequesis han de promover el asociacionismo burgués, ajeno a la cruz de Cristo?; ¿sobrevivirá esa fe así vivida –vivida, por decir algo– en competencia con otras ofertas más didácticas, más funcionales, más atractivas?; ¿tiene

algo que decir una religión que no parece vivirse como institución de sentido, es decir, como aquello que hace brotar el hondón vital?; ¿o que si lo tiene no sabe cómo transferirlo, porque la transmisión de la fe se ha vuelto un problema?

No hemos sido capaces de hacer una oferta cualificada, ni aprendido a vivir la fe en la secularidad, ni sabido asumir la secularidad sin caer en el secularismo. Hemos olvidado que somos del siglo, seculares, por muy de clausura que seamos, sin por eso ser secularistas; somos del claustro, por muy del siglo que seamos, sin quedar enclaustrados; somos un dentro que necesita un fuera y un fuera que necesita un dentro; nuestro retiro es presencia, nuestra presencia retiro; somos ciudadanos en este mundo, no de este mundo: dos ciudades en un reino ya incoado e inconcluso. Resultado: la Iglesia católica no es ya una institución de sentido, al menos en Europa. Lo fue mientras realizó labores de suplencia, no lo está siendo a la hora de irradiar desde sí misma, insertada en el corazón del mundo. Pocos son los católicos que viven con el Evangelio como centro de sus vidas. Pocos tienen la partida de bautismo como su curriculum vitae. Pocos son los católicos *qua* católicos, en cuanto tales. Pero con estos bueyes hay que trabajar.

4. NO HAY MÁS CERA QUE LA QUE ARDE: TRABAJEMOS CON ACTITUD HERMENÉUTICA

El modelo de hombre del Barroco se opone al del Renacimiento: es la crisis del hombre universal, cayendo en el hombre fragmentario, pero manteniendo y fusionando lo particular y lo universal, lo absoluto y lo relativo. Percibe el fracaso de los ideales y el imperio de lo efímero y cuarteado, y se encuentra bastante desesperanzado, pero no desesperado. Tiende a la hibridación, al mestizaje, entiende la interpretación como interpenetración cultural, corriendo el riesgo del relativismo, frente al culteranismo y al conceptismo.

En el Concilio Vaticano II abierto por Juan XIII (1962-1965) la constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo *Gaudium et Spes*, que por primera vez se dirige “no sólo a los hijos de la Iglesia y a cuantos invocan el nombre de Cristo, sino a todos los hombres”¹¹, busca entablar diálogo con la humanidad entera invitando a discernir tras las huellas de Jesús “los signos de los tiempos”¹². El 21 de octubre de 1963, ya en las intervenciones orales preparatorias, el entonces arzobispo de Cracovia, Karol Wojtyła, manifestó su deseo de analizar el esquema del documento sobre la Iglesia actual con lo que él denominó “actitud heurística”, instando así a que los interpelados por ella se muevan a buscar y a encontrar la verdad, evitando en lo posible el tono “eclesiástico”, cuyos tres elementos serían la lamentación sobre la miseria del mundo, las fáciles apropiaciones por parte de la

11 GS, 2

12 Mt 16,4

Iglesia de cualquier bien existente en el mundo, y las palabras huecamente benévolas. El punto 56 de la *Gaudium et Spes* reza: “No es de extrañar que el hombre, que siente su responsabilidad con relación al progreso de la cultura, alimente una esperanza más profunda, pero también perciba con ansiedad las múltiples antinomias existentes, que él mismo debe resolver: ¿Qué debe hacerse para que el más frecuente intercambio de culturas, que debería conducir a un diálogo verdadero y fructífero entre los diferentes grupos y naciones, no perturbe la vida de las comunidades, ni eche por tierra la sabiduría de los antepasados, ni ponga en peligro el carácter propio de los pueblos? ¿Cómo se ha de fomentar el dinamismo y la expansión de la nueva cultura sin que perezca la fidelidad viva a la herencia de las tradiciones? Esto urge de modo particular allí donde la cultura, que surge del enorme progreso de la ciencia y de la técnica, ha de compaginarse con el cultivo del espíritu, que se alimenta con los estudios clásicos según las diferentes tradiciones. ¿Cómo puede la dispersión tan veloz y progresiva de las disciplinas particulares armonizarse con la necesidad de llegar a una síntesis de ellas y conservar en los hombres las facultades de la contemplación y de la admiración que conducen a la sabiduría? ¿Qué hay que hacer para que todos los hombres participen de los bienes culturales en el mundo, cuando al mismo tiempo la cultura de los especialistas es cada vez más elevada y compleja? Finalmente, ¿de qué manera hay que reconocer como legítima la autonomía que la cultura reivindica, sin caer en un humanismo meramente terrestre, más aún, contrario a la religión misma?”.

Esta actitud insta al esfuerzo de búsqueda y, no queriendo plantearse soliloquialmente, prefiere ser llevada adelante dialogal o dialoquialmente, escudriñando no solamente los signos de los tiempos presentes, sino también mirando hacia los signos de las generaciones pasadas. De este modo se descubre a la par su dimensión hermenéutica, por cuanto no rechaza el diálogo sobre posibles conflictos interpretativos que se han venido produciendo en el enjuiciamiento de la realidad y en el esfuerzo por hallar el sentido de la vida. Estamos ante la cuestión del diálogo en libertad establecido por gentes que depositan su fe en Cristo y que (desde la identidad histórica y social que les ha tocado vivir) entran en intercambio de puntos de vista con la cultura de todos los tiempos, para iluminar mejor esa fe, pero a la vez para entender mejor a la cultura desde la fe (*credo ut intelligam, intelligo ut credam*). Ahora bien ¿cuál es el método adecuado para llevar adelante el diálogo en las mejores circunstancias?

En muchas latitudes se acepta el humanismo indígena que llama a lo divino común, lógica de los conquistadores más mitología del indio: su resultado, Juan Diego aceptando con su idioma nahuatl el mensaje de la Virgen de Guadalupe (*Cuix amo nican nica nimonantzin?* ¿No estoy yo aquí, que soy tu madre?), donde se funden dos cosmovisiones, la nahuatl y la cristiana. Mientras hay hermenéutica hay esperanza paciente, lo cual significa que más que dar respuesta a quien no la quiere tengamos que hacernos pregunta con la pregunta de él.

El católico tiene un permanente referente hermenéutico, y una historia de las interpretaciones, la Historia de la Iglesia, que ya desde los primeros siglos celebraba la eucaristía sobre las lápidas de las tumbas de sus mártires, por lo que la actitud hermenéutica deviene a la par actitud anamnética desde el testimonio militante con la donación de la propia vida: no cabe una cultura cristiana que no sea evangelizadora. Obviamente, esto sólo puede darse con un exquisito respeto de los Derechos Humanos, es decir, con un respeto de la plural realidad de los intérpretes de otras ideologías así como a la libertad de creencias y de cátedra, siempre que ellas mismas tampoco atenten contra la dignidad humana. Aunque el sentido de la vida y la perspectiva ganada respecto de los acontecimientos históricos están sujetos al arte de la interpretación, ese arte que conlleva también el modesto reconocimiento “de poder no tener razón”, sin embargo el creyente defiende el punto de vista afirmativo y tético (no meramente dubitante/diletante) de los pobres, frente a aquellos que desde la otra cara de la moneda histórica, la acuñada por los vencedores, no perciben la historia como un paisaje de lamentos y de gemidos, antes al contrario ríen mientras se celebra el triunfo: probablemente Alarico pensara a lomo de su caballo, como más tarde también Napoleón paseando sobre el suyo bajo la ventana del Hegel que le miró y admiró en Jena, que con sus gestos y gestas la historia de la humanidad caminaba hacia el progreso. A buen seguro los masacrados en medio del fragor de la batalla no pensarían lo mismo. Y es que la historia de la humanidad, tanto en su dimensión diacrónica como en su segmentación sincrónica, lejos de descansar en paz, es herida abierta, permanente conflicto de interpretaciones; lo que en ella pasa no es sólo lo que pasa, sino también lo que nos pasa, de ahí que nuestra interpretación amplíe constantemente la historia. El pasado no es un depósito de aguas estancadas, sino río que nos lleva, resultando difícil dar en sus móviles flujos con la verdadera interpretación de lo ocurrido. Miramos lo que fue desde lo que estamos siendo, y por eso la lectura comprensiva no es memoración de eventos pretéritos, sino permanente baño en su presente curso.

Cada generación se contempla a sí misma tanto mejor cuanto más clarivamente vuelve la vista por lo menos un paso atrás. En el pasado se hace pre-visible el futuro aún no sustanciado, y en el futuro se hace visible el pasado heredado, llegado a plenitud, porque el presente tiene sus razones que el pasado conoce, y quien ignora éste vive deficientemente su presente, amén de estar condenado a repetirlo, solo que ahora, la segunda vez, en forma de caricatura, porque nada es exactamente lo que fue, nunca te bañarás dos veces en el mismo pasado mientras fluyan los minutos del presente que nos lo hace ver de otro modo. Esto es lo que los hermeneutas denominan “fusión de horizontes”, fusión de retrospectiva, de perspectiva y de expectativa. Desde Friederich Schleiermacher hasta Hans Georg Gadamer y Paul Ricoeur, se ha denominado también “círculo hermenéutico” al convencimiento de que lo individual sólo deviene comprensible por la mediación de todos.

Leer la realidad como texto histórico significa, pues, re-inventarla (re-encontrarla), innovarla; los mismos márgenes de ayer pueden devenir centro hoy, según

el desplazamiento del ojo que los lea. Una interpretación definitiva, autocontenida, unitotal, constituiría una contradicción en sí misma, pues, antes al contrario, cada lector reabre el sumario cuantas veces lo encara: sencillamente, ningún texto es propiedad exclusiva de quien lo protagonizó o lo pensó, ya que existe una copertenencia entre las gestas del actor y los gestos del lector. Leer la realidad significa encadenar un discurso nuevo –el tuyo– al discurso del texto, el suyo: la realidad histórica queda siempre en franquicia, y a ella puede acceder quienquiera que esté en condiciones de leer. Consecuentemente, el hermeneuta nada tiene en común con el embalsamador, ni con el anticuario; él es (re)interprete, y entre las (re)interpretaciones humanas, siempre limitadas, las hay mejores y peores: de lo que se trata es de que cada vez resulten más cercanas a la intención o sentido originario de los hechos reconstruyendo el horizonte desde el que ocurrieron. En suma, leer y comprender un texto histórico desde la razón memorizante o anamnética no es en modo alguno tarea pasiva, pues exige redescubrir el sentido textual, recrearle, ampliarle desde nuestro horizonte de comprensión, quizá incluso abrir una nueva interpretación al respecto, porque todo decir es tan deficiente (dice menos de lo que quiere) como exuberante (da a entender más de lo que se propone).

Con tal actitud, los católicos quedamos invitados a compartir un movimiento de fidelidad endocatólica, modernidad diacatólica, testimonialidad exocatólica: a un movimiento de fidelidad, esto es, a ser tanto más fieles a la tradición de la fe católica cuanto más grande es a la vez; a un movimiento de modernidad, de diálogo abierto y sin miedo con el mundo no-católico, poniendo así a la vez en marcha un movimiento de testimonialidad, aquel por virtud del cual el mensaje de amor y de salvación católico es al mismo tiempo un mensaje valioso para todos los seres humanos de buena voluntad, a los que quiere dar a conocer su buena noticia.

Podemos, pues, denominar correlativamente a cada uno de estos movimientos del modo siguiente: endocatólico, al movimiento católico de fidelidad al Hijo a través de la inserción en la Iglesia fundada precisamente por el Hijo; diacatólico, al movimiento de católica (universal) apertura dialógica a la modernidad misma, ofrecido a todas las demás cosmovisiones pasadas, presentes, y previsiblemente futuras: es la apertura a que insta la fidelidad al Espíritu Santo; y exocatólico al movimiento católico pensado para testimoniar ante el mundo que aún no lo conoce la oferta de salvación de la revelación de Dios en la religión católica: es conforme a la fidelidad debida al Padre.

5. DIFICULTADES

5.1. LOS DEMONIOS DEL INTEGRISMO

A muchos católicos todo esto les viene demasiado grande, justamente a aquellos que, habituados al dogmatismo y al encastillamiento en su posición autodefensiva,

dida, han decidido evitar la hermenéutica dialógica autoimmunizándose, es decir, no “exponiéndose” a contrastación. Como las avestruces, creen que no se las ve metiendo la cabeza en la arena. Sencillamente, estos paleocatólicos tienen miedo a que la libre confrontación con el mundo termine por hacerles perder sus anquilosadas seguridades, y por eso su trasnochada actitud tiene mucho de reactiva, de condenatoria de todo lo que intuyen podría poner en crisis sus propios argumentos. La verdad, que es de Dios, creen poseerla ellos íntegramente con candados de siete llaves; más aún, con autocomplacida benevolencia estiman que su posición enrocada resulta no sólo inexpugnable, no sólo la única verdadera, sino además igualmente la más heroica por atenerse a ultranza al hágase justicia aunque perezca el mundo, cuando tal posición podría más bien describirse como visionaria, incapaz de salvar al mundo dialogando con él en el lenguaje del mundo mismo.

¿Qué decir al respecto sin faltar a la caridad? Que son gentes paralizadas por el miedo, y por ello no entenderían eso de “no tengáis miedo”, pues precisamente han hecho del miedo el constitutivo formal de su opción. Recelan, tienen miedo al miedo mismo, y hasta tendrían miedo de no tener suficiente miedo: no han leído a Sören Kierkegaard ni a Martin Heidegger, ni a muchos otros, y por eso viven un miedo neurótico, sin verdadera angustia ni tensión de eternidad.

Viven, pues, incómodamente cómodos con una actitud ahistórica, pues temen que el fluir de lo que cambia termine con el permanecer de lo que ellos denominan inmutable depósito de fe, y que no es en la mayoría de las ocasiones sino la esencialización eternizada de ciertos *teologúmena* temporales entendidos con una tonalidad hermenéutica más o menos discutible, más bien más que menos. Temen sobre todo que lo para ellos coyuntural (¡y si es para ellos ha de serlo para todos, quedando expuestos al anatema quienes no sean de los suyos, no faltaría más!) pase a ser tomado por estructural, y lo estructural por coyuntural. Su perennismo a ultranza es incompatible con la hermenéutica. Saben, desde luego, que en el evolucionismo la identidad pierde y gana el cambio; que en el escepticismo y en el cinismo sólo se defienden discontinuidades; que en el relativismo no existe posibilidad de plantear ningún universalismo, y saben igualmente que estas actitudes intelectuales inasumibles se reencuentran en un mismo agnosticismo y confluyen en un mismo iluminismo ilustrado, su enemigo. Pero de esas premisas enteramente verdaderas extraen una conclusión enteramente falsa, la siguiente: puesto que movimiento es falsedad, inamovilidad es verdad, y consiguientemente a mayor inamovilidad más alto grado de verdad.

Así que, tratando infructuosamente de contrarrestar las cosmovisiones adversarias, el integrismo hace cuanto puede (y también cuanto no debe) por ignorar lo que le desagrada, sin más contemplaciones. Desde luego es cierto que el hijo de la Iglesia católica no elige una fe a la carta o de barra libre, pues el credo que constituye experiencia uncial de su fe está ahí, fijado, inamovible, pero la tensión hermenéutica resulta saludable y estimulante en todo momento, también en el momento de examinar el credo y de leerle con altura y modernidad dialógica, lo cual precisa

permanentemente nuevas relecturas y reinterpretaciones con nuevas categorías culturales de lo inmutable mismo, o mejor, del Dios inmutable mismo encarnado en Cristo: “Igualmente, cree (la Iglesia) que la clave, el centro y el fin de toda la historia humana se encuentra en su Señor y Maestro. Afirma además la Iglesia que, en todos los cambios, subsisten muchas cosas que no cambian y que tienen su fundamento último en Cristo, que es El mismo ayer, hoy y por los siglos”¹³.

Desde esta convicción, como dijo Hans Urs von Balthasar, “la revelación puede ponerse de acuerdo con cualquier forma de filosofía auténtica que pregunte situándose en la diferencia entre el fundamento del mundo y la existencia, tanto si esta filosofía viene de la cuenca mediterránea, como si procede de extremo Oriente o de África. Si Pablo hubiese hablado a budistas, habría afirmado la permanente ‘incognoscibilidad’ del Dios que se revela en Jesucristo, que, cuanto más se nos acerca, más misterioso deviene. Y, a partir de aquí, les habría explicado cómo hay que entender la unidad entre Atman y Brahman, a saber, dejando bien claro que él es y permanece siempre el Desconocido, y no puede ser destronado a través de ninguna técnica de elevación o de inmersión espiritual”¹⁴.

No queremos hacer de los integristas nuestros particulares chivos expiatorios, pues muchas veces ellos pagan los platos rotos por un “hiperhermeneuticismo” de sentido contrario, demasiado facilón y trivial, llevado a cabo tras el Concilio Vaticano II por multitud de teólogos, clérigos y laicos, los cuales –sierra en mano– han podado tanto y tanto el árbol de lo esencial, que han terminado por cortar no sólo la ramas, sino también el tronco e incluso hasta las raíces mismas, siendo el catastrófico resultado final la poda de la nada, donde ninguna hermenéutica resulta ahora posible. Y de ahí la hemorragia de lamentable secularismo que, allende la necesaria secularidad, ha concluído en un anacrónico laicismo en muchos casos infinitamente más dogmático que aquel otro del que supuestamente iban huyendo despavoridos.

A estos taladores (con o sin traje talar) les ha sobrado ignorancia de lo esencial. Han puesto todo bajo un mismo rasero con una torpeza hermenéutica de la que Lutero se hubiera cuando menos escandalizado, y al final han sustituido la Biblia por el El Capital de Carlos Marx, y luego éste por el neocapitalismo puro y duro. Y los integristas, que han visto todo esto con santa indignación, por extremosidad reactiva se han dicho a sí mismos: frente al destruir a ultranza, conservar a ultranza. Y si los destructivistas taladores han tirado el agua sucia de la bañera con el niño dentro, los constructivistas conservadores mantienen el agua sucia con el niño dentro, al que terminarán inficcionando por completo si no cambian pronto las aguas cada vez más fuliginosas.

13 GS, 10

14 *La verdad es sinfónica*. Ed. Encuentro, Madrid, 1972, pp. 48-49

Por eso entre el progresista y el integrista apenas existe diferencia en punto a desafuero sustancial, a pesar de las inectivas con que mutuamente se zahieren, o precisamente por ellas: cuñas de una misma madera son, y el mismo paño del mismo arca comparten. Integristas y progresistas, en suma, terminan encontrándose en su torcida hermeneútica de la historia, ya que el primero de los últimos acaba coincidiendo en la carrera con el último de los primeros. Dicho de otro modo, el integrista se instala íntegramente en el pasado, el progresista en el futuro siempre mejor, y ambos viven inmovilistamente sus respectivos presentes.

5.2. LOS DEMONIOS DE LA REDUCCIÓN SOCIOLOGISTA

Ahora bien, que los integristas hayan reaccionado contra los progresistas (y, a la inversa, éstos contra aquéllos) no basta; hay que reaccionar bien, con mejores argumentos y conclusiones. Baste aquí como modelo de una defensa mejor la del teólogo Hans Urs von Balthasar: “Sólo una capa determinada y sin duda no la más importante de la relación del cristiano con su prójimo se dedica al diálogo; lo más esencial acontece en la oración, cuyas dimensiones se extienden hasta el abandono en la cruz... Lo básico de todo diálogo no es dialógico, ni necesita siquiera ser manifestado al interlocutor. Lo teórico que distingue al humanismo del cristiano de todo otro humanismo sólo entrará en la esfera del diálogo como fenómeno límite: como prontitud para el caso auténtico. Y ahora acaece lo más extraño: precisamente la prontitud metadialógica para seguir andando con el prójimo, cuando se puede en absoluto andar en el diálogo, abre el corazón cristiano para el mejor y más largo diálogo. El cristiano se deja afectar más profundamente que ningún otro, porque su interlocutor, tal vez adversario, fue llevado, exactamente como él, en el corazón de Cristo crucificado. Por razones de prudencia u otras puede aplazar el diálogo; lo que no puede es interrumpirlo definitivamente. Y lo es porque sobre la cruz fue para siempre derribada la pared medianera que separa provisionalmente a los hablantes¹⁵. Pero no fue derribada por palabras, sino por la pasión más solitaria. Los que en todo buscan aligeramientos y, a cada barrera que cae, lanzan gritos de ‘progreso’ y de creciente ‘mayoría de edad’, no saben de qué trataban los Padres de la Iglesia. Trataban de conducir, por medio de la Iglesia, que es un misterio divino, sin atenuación ni tachaduras, hasta dentro del mundo mundano el rayo misterioso del amor uno y trino y crucificado. Añadamos que sólo esta idea de la Iglesia, comunicación o transmisión del amor entero de Dios al mundo entero, posibilita en absoluto el verdadero amor al prójimo... Mas para saber lo que esto significa habría que tener en el centro del corazón una teología del sábado santo, de la bajada de Cristo a los infiernos, o por lo menos una teología de la noche oscura, tal

15 *Ef*2,14

como la describió experimentalmente Juan de la Cruz. Pero ¿quién tiene hoy tiempo para tales menesteres?

Esta sería la manera como el cristiano debiera entablar diálogo con el no cristiano. No pone entre paréntesis el contenido de su fe, no lo enaguaza por un superficial parloteo humanístico, sino que responde plenamente de él y, con la gracia de Dios, lo presenta en la situación de su misión. El cristiano tiene plena seguridad de que eso es posible: ‘No os preocupéis sobre cómo o qué hayáis de decir... pues el Espíritu de vuestro Padre hablará por vosotros’¹⁶. Y esto quiere decir puntualmente: dejaos de vuestras aburridas trasposiciones de los misterios de Dios en modernos *nursery rhymes*, la palabra de mi Padre no se presta para *play Bach*, no me vengáis con una *basic theology*, para la que Dios no es ya criterio, sino el supuesto interlocutor, y sólo nace de vuestra angustia, que revela bien vuestra ambición consciente de su papel, por estar a la altura del tiempo; creed más bien a lo que yo os he dicho: el Espíritu de vuestro Padre bastará con creces para dominar vuestras ‘situaciones’. Si se pregunta por el resultado del último Concilio, nosotros ya lo dijimos: entrega indefensa de la Iglesia al mundo. Arrasamiento de bastiones; allanar los baluartes en bulevares... Indefensión ante el mundo es sobre todo renuncia a un sistema de seguridad que se domina, entre naturaleza y sobrenaturalidad, en un panorama metafísico total desde el átomo hasta el punto omega; porque es absolutamente seguro que en semejante sistema la sobrenaturalidad se tornará función de la naturaleza. El hombre dosifica lo que puede y debe decir la palabra de Dios ¡y he ahí los nuevos bastiones, más peligrosos por más sutiles!. Alardear de la ‘apertura de los cristianos al mundo’ es cosa superflua, pues ellos mismos son pieza del mundo y han de portarse sencillamente como los demás. Sólo que son además otra cosa que no puede encajar en ‘el mundo’¹⁷.

Von Balthasar fue fustigado por los teólogos “progresistas”, “modernistas” sin modernización, pues no cabe verdadera modernidad sin modernización en lo eterno. Esa es la razón de que los *aggiornati* posconciliares fueran bien pronto tragados por el mundo y por esa mundana vorágine secularizadora que desde entonces ha borrado y aún continúa borrando muchas huellas de identidad cristiana, e incluso de identidad humanista en general, sustituida por el pragmatopositivismo.

5.3. LOS DEMONIOS DEL INTEGRISMO AGNÓSTICO

Si esto ha ocurrido por la parte católica, por la otra parte, cuando se escribe la encíclica *Gaudium et Spes* (1965), permanecen aún vigorosos los marxistas y la Unión Soviética parece la única esperanza inmanente frente a la explotación del hombre por el hombre que padecen. Grandes masas de la población confían en la inmanencia escatológica y prometeica que el marxismo-leninismo les ofrece,

16 *Mt* 10, 19-20

17 *Seriedad con las cosas*. Ed. Sígueme, Salamanca, 1968, pp. 117-120

administrado primero estalinistamente y luego con algo más de apertura después de Krutchev, hasta su sorprendente derrumbe final en 1989, año de la caída del muro de Berlín, que deja a la humanidad atónita e incrédula.

El resultado último es conocido: el socialismo real, en su formato de *Realsozialismus* oficial, ha resultado ser el éxodo más largo jamás recorrido por gran parte de la humanidad para ir de la nada a la más absoluta miseria, a partir de la cual se pretende comenzar a reorientar nuevamente los pasos hacia la nada. Y hete aquí que, donde otrora hubo una abigarrada teogonía mitopoyética y una *pietas erga Heroes et Martires* rojos, ahora queda solamente un inmenso vacío, el del olvido de Dios, precisamente por eso la experiencia del nihilismo: demasiado aferrados a un todo falso, han vuelto los comunistas su rostro calcinado hacia el becerro de la nada áurea capitalista, a la que quieren asir con sus manos vacías. Desde luego, la historia hay que recorrerla a ser posible de puntillas, evitando el gesto enfático.

5.4. EL HOMBRE, PROBLEMA PARA EL HOMBRE

Y todo esto le acontece a una humanidad situada bajo un signo novedosísimo, el que abre la caída del muro de Berlín, desplome que nadie hubiera podido imaginar ni tan siquiera de lejos, del mismo modo que tampoco nadie hubiera podido imaginar el actual mapa de Europa sin que grandes conmociones bélicas hubieran llegado a producirse, aunque no falten zonas altamente belicizadas en puntos concretos que actúan a modo de “respiradero” del volcan, y que sirven además de campo de pruebas para las armas producidas como siempre, aunque haya muerto el odiado enemigo comunista, porque el enemigo de los ricos son los pobres¹⁸. Aseguraba Hegel que una astucia de la razón rige el mundo, pero lo cierto es que –con astucia o sin ella– el mundo ha sido puesto en grave evidencia por una modesta aunque demoledora ironía con esto de la caída del muro de Berlín, pues, en lugar de haber sido detectada y predicha con alguna exactitud por los innumerables exactólogos y catedraticólogos del mundo, los únicos que se atrevieron a anticipar la noticia (de todo punto increíble a los ojos de los sabios) relativa a la extinción del comunismo antes del año 2.000 fueron unos humildes pastorcillos a quienes –según confesión propia– se lo había comunicado la Virgen de Fátima...

Tras la distensión, aunque no haya cesado la carrera de armamentos (¿para qué la OTAN, pues, cuando ya no existe el Pacto de Varsovia, como no sea para perpetuar la inocultable opresión Norte-Sur?), sí al menos se ha pasado del anatemata al diálogo, un diálogo cada vez más consensuante en torno a un neoliberalismo *catcher all* atrapalotodo, en cuyo interior las gentes dialogan distendidamente haciendo hermeneutiquitas fáciles de la difícil situación. Todo muy moderno, muy educado, muy de comunidad ideal de sabios (Apel, Habermas,

18 Cfr. de Sebastián, L: *Un mundo por hacer. Claves para comprender la globalización*. Ed. Trotta, Madrid, 2002

Rawls), sin que nadie parezca demasiado inquieto por hallar algún tipo de racionalidad profética capaz de aportar soluciones a corto plazo, habida cuenta de que mientras tanto tres cuartas partes de la humanidad hambread y como bramar de mares braman. Lo cierto es que todos nos hemos vuelto un poco o un mucho dialogantes, más “civilizados” aunque no por plétora, no por ensanchamiento de nuestra capacidad de escucha y de acogida, sino por apostasía y abandono de las propias convicciones anteriores, marxistas o/y cristianas: somos mucho más tolerantes con la perspectiva ajena porque ya no tenemos perspectiva propia, exceptuando la perspectiva del dinero. De esta manera, lejos de crecer de forma dialéctica e integradora mediante síntesis perfectivas, únicamente hemos sido capaces de desplazar el horizonte de nuestras preferencias, antes favorables a la exclusión recíproca de los extremos (tomada la diferencia como forma de deficiencia), ahora favorables a la con-fusión en los espacios de centro, esa oscuridad hegeliana donde todas las vacas son pardas (o locas, locamente neoliberales).

Una razón dialógica semejante no puede ser fin en sí misma: ¿No terminará hastiando a los pobres algún día tanta razón dialógica, en la medida en que las eternas mesas redondas, simposios, congresos, encuentros, rondas de negociaciones y nuevas bibliografías académicas sobre más de lo mismo son como la razón-Versalles, que cuanto más danza menos avanza? ¿Habrà que afirmar que los ricos ya hemos llegado al fin de la historia, y que los pobres han quedado para siempre excluidos en los márgenes de la prehistoria? ¿Se volverá al estallido de la violencia, porque a pesar de todos los agoreros contrarios el marxismo muerto pide una nueva ideología complexiva como tabla de salvación de los pobres, una nueva cosmovisión contestataria, llámese como se llame, el rey ha muerto viva el rey? ¿Servirán eucatastrofes y discatastrofes para alimentar el avance de un progreso infalible, necesario, cual liberal mano oculta que rigiese el mundo y lo desarrollara perfectamente, a pesar de que los pobres paguen el pato de las permanentes (eu-dis)catastrofes? ¿Estará cercano el Apocalipsis, dada la sodomito-gomorrinización de una historia sin rumbo y de tumbo en tumbo, así como la babelización del presente confuso?

Las cuestiones resaltadas por la *Gaudium et Spes* siguen ahí: “Nunca ha tenido la humanidad tanta abundancia de riquezas, posibilidades y poder económico y, sin embargo, todavía se ve afligida por el hambre y la miseria y es incalculable el número de los totalmente analfabetos. Jamás tuvieron los hombres un sentido tan agudo de la libertad como hoy, y sin embargo surgen nuevos tipos de esclavitud social y psicológica. El mundo siente vívidamente su mutua unidad y la mutua interdependencia de unos con otros dentro de la necesaria solidaridad, y sin embargo se ve gravísimamente dividido por fuerzas antagónicas, pues aún subsisten agudas discordias políticas, sociales, económicas, ‘raciales’ e ideológicas y no falta el peligro de una guerra omnidestructiva. Mientras aumenta el número de ideas, las palabras mismas con que se expresan conceptos de gran importancia revisten sentidos diferentes en las distintas ideologías. Se busca con insistencia un orden temporal más perfecto, sin que avance paralelamente el desarrollo espiritual. Afectados por situaciones tan complejas, muchos de nuestros contemporáneos no

pueden discernir bien los valores perennes y, al mismo tiempo, compaginarlos adecuadamente con los nuevos descubrimientos; de ahí que, agitados entre la esperanza y la angustia, les atormente la inquietud interrogándose sobre la evolución actual del mundo. Esta evolución del mundo desafía a los hombres, más aún, les obliga a dar una respuesta”¹⁹.

Sí, el hombre mismo ha devenido problema para sí mismo: “En realidad, los desequilibrios que sufre el mundo moderno están en relación con aquel otro desequilibrio más fundamental que tiene sus raíces en el corazón del hombre. Pues en el mismo hombre luchan entre sí muchos elementos. Mientras, por una parte, como criatura, experimenta que es un ser limitado, por otra se siente ilimitado en sus deseos y llamado a una vida superior. Atraído por múltiples sollicitaciones, se ve obligado constantemente a elegir entre ellas y a renunciar a algunas. Más aún, débil y pecador, muchas veces hace aquello que no quiere y no hace lo que querría hacer. Por ello sufre en sí mismo la división de la que surgen tantas y tan numerosas discordias en la sociedad. Ciertamente, muchos, cuya vida está infectada por el materialismo práctico, se alejan de una percepción clara de este estado dramático, o bien, oprimidos por la miseria, no pueden darse cuenta de ella. Muchos piensan que han encontrado la paz en la interpretación de las cosas propuestas de múltiples formas. Otros esperan la liberación plena y verdadera del género humano, y están persuadidos de que el futuro reinado del hombre llenará todos los deseos de su corazón. Y no faltan quienes, desesperados de poder dar un sentido a la vida, alaban la audacia de aquellos que, pensando que la existencia humana carece de toda significación propia, se esfuerzan por darle toda su significación a partir únicamente de su propio ingenio”²⁰.

6. RIESGO Y AMBIVALENCIA DE LA NECESARIA LIBERTAD

“La dignidad del hombre requiere que actúe según una elección consciente y libre, es decir, movido e inducido personalmente desde dentro y no bajo la presión de un ciego impulso interior o de la mera coacción externa. El hombre logra esta dignidad cuando, liberándose de toda esclavitud de las pasiones, persigue su fin en la libre elección del bien y se procura con eficacia y habilidad los medios adecuados. La libertad del hombre, herida por el pecado, sólo puede hacer plenamente activa esta ordenación a Dios con la ayuda de la gracia de Dios. Cada cual tendrá que dar cuenta de su propia vida ante el tribunal de Dios, según haya obrado el bien o el mal”²¹. La encíclica repite lo mismo de varios modos: “Cuando, por el contrario, faltan el fundamento divino y la esperanza de la vida eterna, la dignidad del hombre sufre gravísimas lesiones”²²; “sin el Creador la criatura se diluye...

19 GS, 4

20 GS, 10

21 GS, 17

22 GS, 21

Además, por el olvido de Dios la criatura misma queda oscurecida”²³; “ninguna ley humana puede garantizar la dignidad personal y la libertad del hombre tan perfectamente como el Evangelio de Cristo confiado a la Iglesia”; “pues estamos sometidos a la tentación de pensar que se protegen plenamente nuestros derechos personales sólo cuando nos vemos libres de toda norma de la ley divina. Pero, por ese camino, la dignidad de la persona humana, en lugar de salvarse, perece”²⁴.

Suele decirse que con las precedentes afirmaciones lo que se produce entre los no católicos no es precisamente un incremento de las ganas de dialogar con los católicos, sino una doble y frustrante sensación, por cuanto que de la encíclica les llega en primer lugar, una sensación de pesimismo antropológico, de menosprecio respecto de la autonomía antropológica, como si el hombre no fuese lo bastante bueno para poder permanecer erguido ni para confiar en sus exclusivas fuerzas. En segundo lugar, una perplejidad, pues cada vez están más crecidos en su autoconfianza iluminista-ilustrada, y por ende cada vez menos dispuestos a recibir reprimendas de nadie, y –menos que de nadie– de la Iglesia católica.

Y, aunque la encíclica *Gaudium et Spes* únicamente habla de una ordenación de la libertad plenamente activa cuando goza de la ayuda de Dios, también eso lo rechazaría el increyente de hoy, habituado a contemplar la libertad autoafirmada al margen de Dios como condición de la ley moral misma; en otras palabras, únicamente la libertad humana haría posible el surgimiento de la autonomía moral. Son muchos los increyentes que, al establecerse la habitual contraposición autonomía-teonomía, la rechazan psicológicamente con una cierta agresividad, porque la entienden como una relación antinómica y menospreciadora respecto de la propia autonomía, cuando en realidad nada de eso es cierto; el creyente lo único que afirma es que –por gracia recibida de Dios, no por mérito humano– el Dios bueno, que oferta su salvación a todos los hombres, es el que ayuda a ser mejores; eso quiere decir –hablando ahora kantianamente– que “al interesado en leyes de virtud (en un mundo mejor) le conviene que Dios exista para que premie a los buenos”. Nada, pues, de afirmar que los creyentes son mejores que los increyentes: el creyente se reconoce pecador y precisamente por no considerarse bueno de suyo es por lo que pide el auxilio del Señor. El católico no es discípulo de Rousseau, aunque Rousseau le caiga bastante simpático.

7. POR UNA AUTOCRÍTICA PURIFICADORA Y DIALOGAL

Y, sin embargo, parece que en los últimos tiempos la Iglesia católica no sabe transmitir todo esto con un entusiasmo capaz de convencer al mundo; por el contrario, mientras tanto parece darse una disociación entre Iglesia y sociedad, ante la

23 *GS*, 36

24 *GS*, 41

cual tenemos el ánimo de buscar puentes de entendimiento hasta donde sea posible y de sacudir conciencias que ensanchen el diálogo en la acción utopofética correctora. Son asignaturas pendientes que la Iglesia debió de aprobar en los siglos XVI al XVIII, durante el Renacimiento, la Reforma y la Ilustración. Por su parte, también la modernidad dejó de aprender de la Iglesia lecciones que le hubieran resultado harto provechosas²⁵. He aquí algunas manifestaciones de esa disimetría que tiene a la Iglesia y al mundo mal avenidos, con el deseo de que las cosas mejoren.

7.1. NI SOLA TRADICIÓN, NI SOLO PROGRESO

La Iglesia, en la opinión popular, vive mirando hacia la tradición, hacia el pasado, con voluntad regresista. De este modo tiene fácil el magisterio entendido como depósito de fe transmitido desde siempre y para siempre implantable en la doctrina, en la catequesis y en la enseñanza. Pero, después de la Ilustración, ¿no hay acaso un cierto exceso de magisterio y un defecto de ministerio? A la vista del hipermagisterio, la gente se lo salta como reacción: mucho magisterio, y pocos seguidores del magisterio, más generales que soldados. Por el contrario la calle se autoproclama vertida hacia el progreso, hacia lo venidero, hacia la crítica que va superando lo antiguo y mejorando cada día lo que ha de venir. Acusa entonces a la Mitra de apagavelas de la ciencia, y rechaza todo lo que suene a transmisión magisterial a partir de un pasado revelado, de ahí que desde el Estado se promueva la “necesidad de formar una conciencia moral personal ilustrada”²⁶, y ello alegando estar “en un mundo sociológicamente plural e ideológicamente pluralista”²⁷. Así las cosas, con independencia de que los reproches mutuos sean realmente ciertos o no, ¿no será posible intentar tomar de tradición y de modernidad lo bueno de ambas, para ambas, y con ambas?

7.2. NI MONARQUÍA MEDIEVALIZANTE, NI REPÚBLICA ILUSTRADA

La Iglesia aparece ante la sociedad civil como una sociedad jerarcocéntrica y fuertemente levitizada, casi como una monarquía medievalizante, donde a la cúpula le asisten prerrogativas de infalibilidad, mientras que el mundo se autopercebe como una especie de república democrática moderna e ilustrada donde no se aspira más que a la elaboración de consensos o sistemas de convivencia y gobernabilidad pero sin pretender definir verdades objetivas, pues lo suyo es la ley del

25 Es una tesis que vengo defendiendo sistemáticamente desde mi libro *Contra Prometeo* (Ed. Encuentro, Madrid, 1980), bastante más en solitario de lo que debiera, y que por fin veo abrirse camino poco a poco. Muestra excelente es la sustanciada en el escrito *¿Abjurar la modernidad?* Cuadernos Cristianismo i Justicia, Barcelona, julio 2002, de una personalidad muy significativa al respecto, José Ignacio González Faus.

26 *Centros Educativos y Calidad de la enseñanza. Propuesta de actuación*. Ministerio de Educación y Ciencia, Madrid, 1994, p. 44

27 *Ibi*, p. 43

número y la primacía del voto. Demasiada mitra aplaudida por una minoría de hipermitrales frente a una mayoría de hipomitrales. En ese sentido el mundo se pregunta –con razón o sin ella– por qué resulta tan importante la mitra en la Iglesia después de que la Reforma protestante defendiera con Lutero el derecho de cada conciencia a la interpretación subjetiva de la Escritura, y después de que la Revolución francesa diera con la Monarquía en la guillotina haciendo rodar las testas macrocefálicas en favor del lema “tantas cabezas tantas sentencias”, lema ulteriormente mutado en el célebre “un hombre, un voto”. En el interior de la propia Iglesia, aunque sin tanta tensión, ¿acaso no se plantea de alguna forma lo mismo en lo que se refiere al diálogo entre Iglesia universal e Iglesial local, entre macrorrelato y microrrelatos? Ahora bien ¿no cabría ningún puente verdaderamente fecundo entre estos dos extremos, acaso no es Dios relator de todos los relatos por ser contemporáneo de todos los tiempos y creador de todas las cosas, principio y fin de ellas mismas?

7.3. NI INMOVILISMO, NI RELATIVISMO

La Iglesia viene defendiendo la existencia de dogmas y de verdades eternas desde la ciudad eterna (tras haber prescindido del lenguaje eterno –el latín– y de la filosofía eterna –el tomismo–), mientras que en la sociedad rige y vige el nihilismo, o cuando menos el relativismo, con su inevitable acompañante, el primado de la opinión. Si en la Iglesia se contraponen el bien frente al mal, de algún modo en la sociedad mundana los contornos de ambos se han vuelto más borrosos, con lo que en ella las clásicas películas de buenos y de malos se sustituyen por películas de malos y peores, no siendo el mal algo que se vive como excepción y –por así decirlo– clandestinamente, procurando que no se sepa, o sea, afirmando indirectamente la ley cada vez que se conculca o ejerce delictivamente, ni como algo contra lo que hubiera que luchar. En estas condiciones ¿cómo cabría ejercitar la razón dialógica en profundidad, allende los sistemas de vigencias coyunturales en cada época? ¿acaso no se puede hablar de dogmas sin dogmatismo, inculturizar sin arrasar, y relativizar sin descafeinar, sin negar lo fundamental-objetivo? A veces se dan ciertas actitudes tan autoritarias aquí y allí, que le llevan a uno a recordar aquello de “la existencia de Dios era algo de lo que ninguno habíamos dudado, hasta que la demostró el Dr. Clarke”.

7.4. NI HEDONISMO NI ASCETISMO

Placer versus confesionario: ¿no se entiende hoy al placer contra el deber? Mucha gente no se confiesa, porque siente que su capacidad de disfrutar quedaría mermada. No pocos católicos, mal formados, son consumidores de sacramentos que se creen autorizados a usar el libro de reclamaciones cuando no les gusta lo que oyen tras el confesionario, si es que pasan por él. Esto no está desde luego

nada bien, pero ocurre. Por tanto, la Iglesia debe hacer el esfuerzo de dar a conocer mejor lo que significa el sacramento de la reconciliación y del verdadero gozo de vivir. Reconocemos que, al menos en esto, se han dado pasos adelante.

Además, esta Iglesia católica tan teóricamente monolítica y tan normativa recomienda al penitente cosas muy diversas (por ejemplo, respecto a las relaciones prematrimoniales, etc) según el sacerdote de turno. Nunca tras las rejillas del confesionario de madera romana común se albergaron posiciones tan distintas como las de hoy. Y, cuando eso ocurre, cuando las teorías y las prácticas se disocian, el resultado es catastrófico. El confesionario, o lo que queda de él, en no pocas ocasiones, por desgracia, se arriesga de este modo a convertirse en un pin-pan-pun de opiniones. Hay norma y vige, pero en muchos casos no rige, y desde luego no siempre parece la misma. La gente piensa entonces: no parece haber Iglesia oficialmente más autoritaria, pero a la vez realmente más libertina que ésta.

7.5. NI HUMANISMO SIN TEOCENTRISMO, NI TEOCENTRISMO SIN HUMANISMO

Como escribió con sevillano gracejo mi buen amigo Jacinto Choza, “ser un rígido calvinista como Euler, un católico disoluto y atormentado como Maupertuis, o un librepensador virtuoso e intransigente como d’Alembert no es tan importante a la hora de comparar sus respectivas teologías. Lo decisivo es que, a su modo y manera, cada uno de ellos se empeña en decirle a Dios cómo ha de comportarse. Dios ha tenido imagen antropomórfica; ha sido número perfecto, objeto inteligible, pensamiento inteligente, gobernador del cosmos, mendigo, matemático, físico, astrónomo, relojero. Ha hecho milagros y se le ha prohibido hacerlos durante largos periodos. Ha sido tahúr, y ahora se le permite jugar a los dados, pero sólo en algunas discretas y singulares esquinas. Resulta ser cada vez más feminista y, últimamente, parece que es mujer. Sería difícil encontrar un currículum más completo”²⁸.

Tampoco el nuevo antropocentrismo está sabiendo vivirse en compatibilidad con el amor de Dios: ¿cómo presentar esa compatibilidad, de suerte que el “contra Prometeo” no aparezca como un “contra el humanismo”, sino todo lo contrario? ¿cómo conjugar la autonomía con la teonomía, es decir, la autonomía teónoma? Resultado: no pocos se dicen católicos sin Iglesia. Católicos teóricos, pero no prácticos. Ahora bien, ¿hay buena fe cuando se dice que se cree, pero no se practica? ¿lo que es impracticable es creíble? Mi opinión es muy sencilla al respecto: si no se practica, no se es. O la persona que afirma ser creyente y no practicante miente en lo que dice que tiene de creyente, o es practicante, pero practicante en el sentido contrario de aquello respecto de lo que dice ser creyente. Sólo se cree aquello que se puede practicar y de hecho se practica, tu verdadera religión comienza donde termina el sermón. ¿Que soy franciscano pero no practico la regla? Entonces, por

28 Arana, J: *Las raíces ilustradas del conflicto entre fe y razón*. Ed. Encuentro, Madrid, 1999.

regla, no soy franciscano. Vendrás con hábitos, pero no con los hábitos franciscanos, sino con los de la mentira: sabido es que la barba no hace al franciscano. Y a otra cosa. ¿Qué diría la amada si su amado excusase su presencia alegando ser amante teórico, pero no tener voluntad alguna de practicante? Del mismo modo, aquella institución en la que se cree teóricamente, pero donde no se practica, se arriesga a tener sus días contados. No sólo las vocaciones franciscanas tendrían sus días contados en ese caso, sino la misma Iglesia, la propia *ecclesia*, que entonces no sería ya verdadera asamblea.

7.6. NI PALABRAS SIN CONVICCIÓN, NI CONVICCIÓN SIN PALABRAS

La Iglesia dice asumir un teocentrismo, una perspectiva donde Dios es el centro de la realidad, y la sociedad un antropocentrismo, pero a la hora de la cotidianidad, dada la irrelevancia vital de las convicciones, todos parecen comportarse del mismo modo en el ambiente secularista. Teniendo en cuenta esta situación, el filósofo creyente se pide a sí mismo y a su Iglesia:

- *Que la Iglesia escuche a todos*, que tome nota de cuanto se dice de ella, incluso de las impertinencias, y que discierna sin responder con ira a los airados, sabiendo aprovechar y agradecer mucho las críticas válidas aunque resulten dolorosas.
- *Que recuerde que de dos maneras se ayuda a liberar al necesitado*: al opresor (también al opresor cultural), ayudándole a desposeerse de los poderes con que esclaviza a los demás y se esclaviza a sí mismo; al oprimido (también al oprimido cultural), solidarizándose con él, no solamente de palabra, sino también con obras, y siempre sin violencia, pacíficamente.
- *Que no se sitúe en una intemporalidad ajena al día a día*, que se encuentre presente en la brecha del diálogo, allí donde duele, incluso en las propias brechas dialógicas, siendo buena amiga de Platón pero sobre todo de la verdad.
- *Que si habla de Dios sea porque vive a Dios*, sin perorar demasiado ni demasiado poco, lo justo y necesario, siempre con apoyatura en obras, sabiendo mantener el silencio porque Dios es un *Deus semper maius*, como han reconocido los místicos.
- *Que asuma lo bueno de todas las culturas*, sin dejarse influir por las presiones ni por las vigencias históricas, ni por los prestigios del momento, ya provengan éstos del pasado o del futuro; que, en una palabra, eduque y piense y actúe conforme al plan de la *historia salutis*, y por ende al margen de los bandazos de cada época, a fin de que resulte en todo nutritiva, autorizante e instructiva.

- *Que informe con transparencia y con claridad de sí misma, de lo que hace y de lo que no hace, de lo que no debería de hacer y hace, así como de lo que hace y no debería de hacer, que comunique al pueblo fiel sus gozos y sus sombras.*

Cuando eso, a lo que debe ayudar el filósofo cristiano, cuando eso que un sector de la sociedad lanza a la Iglesia en forma de petición coincida con la petición que la Iglesia se lanza a sí misma, comenzará a aunar fe y razón vital.

8. ¡AL AERÓPAGO!

Al cristianismo le siguió la antítesis de la Reforma, y a ésta su propia antítesis, la Contrarreforma, a su vez negada por la Modernidad, a la cual por su parte la posmodernidad ha vuelto a replicar, y que sin duda habrá de ser cuestionada en el futuro... Llega en cada momento un tiempo en el cual la réplica se solapa ya con su dúplica (réplica de la réplica); por ejemplo, la Contrarreforma está respondiendo a la Reforma cuando ya ésta ha sido superada por la Modernidad, de tal modo que en ese preciso instante su anticrítica queda desfasada, pues está teniendo como interlocutor a Lutero cuando ya ha emergido Marx. Cuando semejante situación se produce, nos encontramos con una mera cultura de la queja, aquejada –digámoslo pleonásticamente– de anacronismo: no sólo el replicante va a remolque del criticado, sino que ni siquiera vale para atajar el aluvión que le está sepultando en ese momento presente. A tenor de ello, algunas de las preguntas inesquivables que se le formulan a todo cristiano en cada generación son éstas:

- ¿Hemos de contentarnos con ser mera réplica del pasado más o menos próximo o remoto, mientras se nos está yendo de las manos el presente urgente, ocupados como estamos con cuestiones ya inoperantes, obsoletas y perimidas, o por el contrario hemos de afrontar el desafío de nuestro presente histórico, un presente que ha de asumirse mirando al futuro sin perder de vista el pasado?
- ¿Hemos de practicar la cultura de la mera réplica que siempre es tardía y reactiva, o habremos de ser propuesta verdadera y anticipatoria, lanzada en alta mar por marinería expuesta a las grandes tormentas pero también auguradora de los grandes amaneceres?
- ¿Hemos de engolfarnos en nuestras peleas intestinas, adormilados en nuestra pecerita microdoméstica, o tendremos que echar las redes en alta mar, intentando hacernos presentes en el moderno Aerópago que hoy está compuesto por la prensa, los medios, la cultura?
- ¿Hemos de hacer como que nada ocurre, sin preguntarnos por qué el Aerópago pagano de ayer fue puesto en crisis por cristianos misionantes como san Pablo, mientras que por el contrario el actual posAerópago neopagano

(lleno asimismo de cristianos de poca cabeza y excesivo dinero, fácticamente paganizados, ay dolor) ha puesto en crisis al cristianismo?

- ¿Hemos de negar que nos falta aire, que cuesta tantísimo ser el fermento que hay que ser?
- ¿Hemos de acomodarnos al sol que más calienta en cada momento, para desvirtuarlo a la vez que autodesvirtuar el propio mensaje, o por el contrario hemos de actuar con una actitud pneumatológica, junto con todos los buscadores de buena voluntad que en el mundo fueron, son y serán, abiertos todos a una a lo que salva, a lo profundo?

Hagamos más y callemos más. La mejor metafísica será aquella que sin miedo sea capaz de mirar cara a cara a la realidad, y allí solazarse con ella, porque lo que se hace sin abrazar como Anteo el suelo nutricio de lo que es sólo constituirá un permanente peligro. Y, desde esa perspectiva, hay que elaborar una gran cultura personalista y comunitaria en lugar de declamar banalidades reinterpretando los propios mitos. Si para las teologías de raíz bultmaniana mito es toda representación del allende con categorías del aquende, y para Dibelius y seguidores mito es cualquier relato donde aparece lo sobrenatural, desde luego mito es, en todo caso, el vocabulario de lo sagrado, y lo enemigo del hombre no será lo sagrado, sino lo idólatrico, porque el ídolo es la tentación del hombre de manejar lo sagrado en el ídolo mismo, el cual, él sí, siempre resulta manejable. Ahora bien, nada más opuesto al ídolo que una autocrítica que sabe intercambiar puntos de vista heterocríticos. Queremos poner al descubierto sin complejos desde el interior de nuestra propia utopía nuestros flancos posiblemente peor guarnecidos: toda sugerencia superadora será bien venida.

Dicho lo cual, he de reconocer que estoy algo cansado de tanto hipercrítico con los demás, pero tan acrítico consigo mismo. Sí, estoy algo cansado:

- De cuantos ahora descubren que lo que –según ellos– está en crisis es el catolicismo, que no el cristianismo. Pues háganse ustedes cristianos, de veras, buenas gentes. Y cada cual con su rollo aparte si llega el caso, pues en el límite habrá tantos cristianos como capaces de hermeneútica, es decir, de posibilidad de diferencia. Cada cual con su Iglesia, y a quien Dios se la dé, san Pedro se la bendiga, si eso es lo que ustedes quieren. Pero no se molesten luego cuando encuentren otras Iglesias cristianas anti-téticas respecto de la suya, pues también ellas tienen derecho a la diferencia que ustedes reclaman a costa de la identidad.
- De cuantos ahora descubren que la Iglesia católica –según dicen– es represora de libertades. Pues hale, todas las libertades para usted, para mí la libertad en singular, indivisible, la que yo me doy perteneciendo a la Iglesia católica, y además sin servidumbre voluntaria.

- De cuantos a estas alturas descubren a los “profetas” de la Ilustración, mientras llevan ellos mismos una vida más bien burguesa que profética, todo hay que decirlo, a la vez que desoyen a los profetas bíblicos cuando les instan a la efectiva entrega de cada uno. Pues venga, ánimo, den ustedes ejemplo de profecía y dejen de manejar tanto el dedo acusador, hombres de Dios.
- De cuantos alegan que el culto es la vida misma, sin más. Pues más ánimo, aunque no deberían ustedes ignorar las horas bajas de la vida misma; en todo caso, cultiven la vida: quizá se sorprenderán cuando terminen practicando el culto eclesial antes rechazado, precisamente por mor de esa culturalidad vital, ya que el culto católico celebra la vida y al Dios que la da.
- De cuantos, defensores de la moral de actitudes, ignoran que “actitud” viene de “acto”, y que quien se confiesa por tener actitudes egoístas no debe tener miedo a reconocer y confesar los actos egoístas concretos. Y, por lo mismo, estoy cansado de esos otros que, reconociendo como es verdad que todos los mandamientos se reducen al del amor, no quieren sin embargo reconocer para nada los mandamientos concretos donde ese amor se manifiesta, pelillos a la mar...
- De cuantos de cuantos... Por lo demás, no os preocupéis; como dijera aquella pintada latinoamericana, resucitaremos aunque nos cueste la vida.

Capítulo II

ENSEÑAR LA FE

1. ESCUELA: VOCACIÓN Y PROFESIÓN A UN TIEMPO

Sólo una fe bien asentada es una fe bien transmitida, y a la inversa. Por otra parte fe y escuela tienen mucho en común. Max Weber nos recordó en su día que el término *Beruf*²⁹ quiere decir a la vez profesión y llamada: invitación y respuesta activa (*pro-femi*: profesión), es decir, vocación. Existen al menos tres profesiones en las cuales coinciden la vocación y la profesión: sacerdocio, medicina y magisterio. Las tres buscan sanar: el cuerpo (medicina), el alma (sacerdocio), el espíritu (magisterio); las tres, pues, tienen algo de rabínicas, incluso de sagradas (*heilen*: sanar y salvar³⁰). En las tres hay también una dimensión diacónica, servicial. Las tres, en definitiva, son por todo ello profesiones de autoridad (*auctoritas*), si recordamos las raíces etimológicas de este término: *augeo* (auge), *auxi* (auxilio), *auctum* (elevación, conversión en autor), *auctoritas* (ejercicio de autoridad)³¹.

29 Sobre los términos *Beruf* y *Berufung*, vocación y profesión, sacerdocio y curación médica, sigue siendo interesante la obra de Max Weber. El anticlericalismo se explica –al menos en parte, y en no pequeña parte– como una reacción frente al poder espiritual del clero.

30 Hasta qué punto los alemanes sacralizaban a Hitler lo dice la propia salutación con que le aclamaban: *heil, Hitler!*

31 Autoridad es la semisuma de *nutritio* (acogida cálida) y de *instructio*, según santo Tomás. Como decimos, la persona que nos enseña a ser virtuosos es el *magister*, el maestro, aquel que para ayudarnos a ser *magis* se hace *minus*, ministro, servidor, porque es imposible una relación verdadera magisterial que no sea ministerial. El maestro es *autoridad*: me da auge, me eleva, me auxilia y me ayuda a ser autor, agente responsable, libre. Feliz aquella familia, escuela o sociedad donde quien más sirve es la autoridad. Y desgraciada aquella otra donde la autoridad se reivindica gritando y no sirviendo, autoritarismo sin autoridad. Al elevar al otro por encima de uno, como hacen los padres o maestros verdaderos, quienes elevan no pierden su propia estatura, sino que al contrario ganan la estatura del elevado sobre sus propios hombros. Lo hermoso de la relación de aprendizaje de los valores es que aquél que ha sido enseñado, pero que ahora es el aventajado respecto del maestro, por gracia le sigue llamando maestro y es capaz de enseñar, aunque ayer fuera el enseñado.

También en el caso del maestro, a pesar de su menor prestigio social, y de su importancia decreciente³², su vocación es la de vivir ayudando a los demás a realizar su proyecto existencial, pese a la dificultad de la tarea y la humana fragilidad. El maestro asume su profesión para hacer que el alumno llegue a ser más (*magister*) sirviéndole *ministerialmente*, es decir, autoaminorándose el maestro mismo (*minus*, ministerio). Amistad y magisterio comparten morada. Somos educadores-educandos, porque preexiste en cada uno de nosotros tanto una necesidad de enseñar como de ser enseñados. Nuestra era, tan abundante en aulas como deficiente en maestros, ha de aprender a enseñar de otro modo, sustituyendo el *magisterio* de la sospecha por el *ministerio* que consiste en servir creyendo lo que se dice. Tanta es la importancia de estas tres profesiones, que a sacerdocio, medicina y magisterio les han salido reactiva y continuamente impugnadores. Como reacción frente al poder que confieren estas profesiones, a veces ejercidas pésimamente, han reaccionado el anticlericalismo, el antimedicinalismo y el antimagisterialismo, formas de homenaje y reconocimiento a la importancia de aquello que impugnan.

2. HERMOSA Y DIFÍCIL TAREA DE EDUCAR

Cuanto menos valore la sociedad a los maestros, tanto peor cumplirán ellos con su misión. Desafortunadamente no todos los padres dirán hoy a sus hijos palabras de homenaje al magisterio tan hermosas como éstas: “Tu compañero no se queja nunca de su maestro, estoy seguro de que nunca dice: ‘el maestro estaba de mal humor, estaba impaciente’. Tú lo dices en tono resentido. Piensa en cuántas veces demuestras impaciencia tú con tu padre y con tu madre, con los cuales tu impaciencia es un crimen. ¡Tiene mucha razón tu maestro al ser a veces impaciente! Piensa en los años que hace que lidia con chicos y que, si tuvo muchos cariñosos y agradables, encontró también muchísimos ingratos, que abusaron de su bondad e ignoraron su fatiga; y piensa que, por desgracia, entre todos, ustedes le dan más amarguras que satisfacciones. Piensa que el más santo varón de la tierra, puesto en su lugar, se dejaría dominar a veces por la ira. Y además ¡si supieras cuántas veces el maestro va a dar clases enfermo, sólo porque no tiene una enfermedad bastante grande para dispensarle de la escuela, y está impaciente porque sufre, y siente un gran dolor al ver que ustedes no se dan cuenta o abusan de ello! Respetar y amar a tu maestro, hijo. Ámalo, porque tu padre lo ama y lo respeta; porque él consagra su vida al bien de tantos muchachos que lo olvidarán; ámalo porque te abre e ilumina la inteligencia y te educa el corazón porque un día, cuando seas hombre, y no estemos ya en el mundo ni él ni yo, su imagen se presentará con frecuencia al lado de la mía y entonces, ya verás, has de recordar ciertas expresio-

³² Aunque, a decir verdad, puestos a perder importancia, a quien peor le ha ido en el Primer Mundo ha sido sobre todo al sacerdote. Antaño, el moribundo lo primero que gritaba en caso de urgencia era: “¡confesión!”; ahora lo primero es: “¡ambulancia!”. La verdad es que “¡maestro!” ni ayer ni hoy lo gritan, pues más que el magisterio del espíritu se busca al profesor de informática.

nes de dolor y de cansancio de su rostro de hombre de bien, en las que ahora no te fijas, y te causarán pena, incluso pasados treinta años, y te avergonzarás, sentirás tristeza de no haberlo querido mucho, de haberte portado mal con él. Ama a tu maestro, porque pertenece a esa gran familia de cincuenta mil maestros elementales, diseminados por todo el país, que son como los padres intelectuales de los millones de chicos que contigo crecen; los trabajadores mal comprendidos y mal recompensados que preparan para nuestro país un pueblo mejor que el actual. No estaré satisfecho del cariño que sientes por mí si no lo tienes también a todos los que te hacen el bien, y entre ellos tu maestro es el primero después de tus padres. Ámalo como amarías a un hermano mío; ámalo cuando es justo y cuando te parece que es injusto; ámalo cuando está alegre y afable, y ámalo todavía más cuando le veas triste. Ámalo siempre. Y pronuncia siempre con reverencia este nombre ‘maestro’ que, después del de padre, es el más noble, el más dulce nombre que pueda dar un hombre a otro hombre”.

Hermosas palabras de aliento al maestro, encontradas en la obra de Edmundo de Amicis “Corazón”. Ojalá las profiriese siempre toda la sociedad. Ahora bien, para que el profesor sea valorado por los demás es preciso que él mismo se estime a sí mismo, ya que nadie da lo que no tiene. En determinadas profesiones y status sociales surge a veces también un sentimiento de victimación. El docente puede ser más proclive a este sentimiento, toda vez que su labor no siempre es bien entendida, valorada y prestigiada por la sociedad³³. Quien se siente víctima adopta actitudes victimadoras: culpa a los demás, a las circunstancias, renuncia a asumir responsabilidades e, incluso, tiende a separarse del entorno. Es posible que, inconscientemente, proyecte sobre el alumno tal victimismo en forma de desinterés por él.

La inseguridad podría ser también reflejo de un deseo de poder sobre el alumno, asociado a la necesidad de tener todo absolutamente bien controlado. Si preve que algo escapa a su control, tenderá a inhibirlo.

33 La neomodernidad que se instaura con la globalización y la puesta en marcha del euro tampoco contrarresta los desencantos pasados con mejores reencantos. En efecto, el pragmatismo, el consumismo y sus derivados sensualistas reducen la escala de valores a sus niveles más bajos, resultando más que difícil plantear una formación en virtudes; las redes informáticas y telecomunicativas, en lugar de servir como herramientas para vehicular saberes más nobles, pasan a ser fines en sí, orillando el interés por lo verdadero (una teoría no es verdadera porque la admitan los científicos, sino que los científicos la admiten porque la consideran verdadera); la televisión y otros embrutecedores se convierten en competidores de la escuela, una escuela ya sin intensidad narrativa; la permisividad y la anomía familiares frenan también cualquier proyecto educativo de signo personalista y comunitario; la fragilidad de los hogares y las quiebras parentales en nada contribuyen a la armonía entre colegio y familia. No pocos docentes abdican. No pocos, ellos mismos, entran en crisis axiológicas y padecen el desfallecimiento de su identidad magisterial. Sin medios adecuados, ni muchas veces preparación de fondo suficiente, y sobre todo sin una espiritualidad interior capaz de afrontar el aspecto positivo que toda crisis comporta, ¿quién ayudará al maestro, al adulto, al padre?

Y todo eso lesiona la autoestima. Por ello es necesario conocerlo y luchar contra ello para contrarrestarlo. Actividad tan crucial demanda mucha sinceridad. Haríamos bien, pues, en preguntarnos: ¿Enseño porque no tengo otra alternativa, sólo para sostener a mi familia?, ¿enseño para que así mi país progrese, porque es mi vocación, la actividad mejor que existe?, ¿predomina en mí la información sobre los valores, o su vivencia, vivo realmente mis valores y lucho por transmitirlos?, ¿incluyo mis valores en mi trabajo docente elaborando objetivos axiológicos?, ¿podría decir qué valores presento explícita y sistemáticamente a mis alumnos?, ¿son congruentes los métodos didácticos que empleo con los valores que propugno?, ¿propicio o aprovecho situaciones para vivir los valores con mis alumnos?, ¿me preocupo de que mis alumnos también los haga suyos y los incluyan en sus vidas?, ¿tengo indicadores para saber si están asimilando o no los valores propuestos por mí?, ¿en el informe a los alumnos o a las familias tengo en cuenta todos los valores, o sólo las habilidades académicas?, ¿podría escribir una lista de mis diez actitudes más importantes como maestro?

3. EL EDUCADOR COMO SUJETO EDUCABLE

La escuela la hace el maestro; y al maestro ¿quién le hace? Ante todo, es él mismo quien debe atender a sí mismo, a su formación, conservación y progreso, pues de otra forma será cada vez menos maestro. Maestro, no olvides esto: atiende a ti mismo. Tú eres el eje de la escuela y, como sin eje el carro no marcha, antes que a los demás atiende a ti: fórmate, conserva lo bien adquirido y pon al día lo no aprendido antes. El maestro que se precia de serlo, y no sólo de parecerlo, siempre estudia. Con cierta frecuencia se olvida que el maestro también olvida, y que lo que aprendió se vuelve obsoleto al cabo de unos pocos años. Si, por las circunstancias que fueren (económicas, personales, sociales, etcétera), no se recicla, estará engañando al alumno. Y con frecuencia también se engañará a sí mismo respecto de la excelencia de su docencia, pues no hay nada más (auto)engañoso que una ignorancia que lo es respecto de sí mismo.

La instrucción profunda y no detenida en la superficie de las cosas exige estudio: el saber no ocupa espacio, pero requiere tiempo. Una sociedad donde los maestros no estudian está condenada ella misma a no salir airosa en la prueba de selectividad de la vida. ¿Cómo se explica que pueblos donde el atraso social predomina tengan maestros incapaces de proponer soluciones correctoras a los males de su pueblo? Por muchos motivos, pero especialmente por uno: porque, aunque quisieran ayudar a salir del atraso ellos mismos, no sabrían qué proponer para ello. Han estudiado poco, no han transpirado lo suficiente. Y en los países ricos ¿cómo se explica el mantenimiento de la injusticia y sobre todo el apego al dinero como aspiración suprema? Porque aquí las horas de estudio y la abundancia de medios tampoco se ponen al servicio de la verdad, sino de la erudición. A los ricos no les duele la injusticia porque no la conocen, y por tanto ignoran cómo corregirla.

No vemos contradicción en que la misma persona del educador pueda ser a la vez educable. Lo impensable sería lo contrario. En efecto, el buen educador, el que sabe, sabe también que no sabe, y en lugar de defender su propio orgullo ignorante acoge como un regalo el don de la enseñanza del otro, venga de donde viniere; muchas veces esa enseñanza viene del propio alumno, pues para ningún educador con oficio resulta un secreto que se aprende enseñando. He aquí, pues, que no basta con encaramarse a una tarima para impartir doctrina, pues nadie da lo que no tiene, y entre el maestro y el alumno se establece la secreta complicidad del seguir buscando juntos. Esto puede parecer trivial, pero pocos maestros lo recuerdan a la hora de la verdad. Lo que encontramos es gran cantidad de maestros que se creen sabios y que producen alumnos tontos precisamente por eso.

4. LA EDUCACIÓN COMO ACOGIDA

4.1. ACOGIDA INCONDICIONAL DE DOCENTE A DISCENTE

El buen educador primero abre su corazón al escolar, y luego (o al mismo tiempo) abre la puerta de la escuela. Sienta primero a los últimos, y los últimos a los primeros. Jamás expulsa de su corazón, y tampoco del aula, al alumno más desagradable. Nunca da por perdido al alumno descarriado, antes al contrario va a buscarle. No se contenta con agradar a uno y aburrir a noventa y nueve. El mal educador hace todo lo contrario. No es posible enseñar sin acoger incondicionalmente al enseñando. A mayor condicionalidad, peor enseñanza.

Tampoco es posible aprender sin que quien le enseña a uno le respete. Regla de oro del aprendizaje: cuando del respeto se pasa al cariño, la enseñanza mejora. Cuando el respeto desaparece, la enseñanza empeora. Muchas veces lo que se denomina “fracaso escolar” no es otra cosa que carencia de cariño o de respeto social y abundancia de desamor privado.

Para aprender bien hay que estar bien comido y ser bien querido; sin ambas condiciones el aprendizaje se aproxima al milagro. Ni siquiera los animales logran un aprendizaje significativo cuando por alguna circunstancia son rechazados. El niño que acostumbra a oírse llamar y verse tratar como torpe, incapaz o nulo, o como malo y de incorregible conducta, acaba por creerlo, y entonces, una vez que ha asumido que no es más que todo eso, ¿para qué a va esforzarse en estudiar? ¿para qué intentar enmendarse, si ha terminado asumiendo que lo suyo no tiene enmienda?

Y sin embargo en el niño todo es futuro por venir, todo para él ha de ser esperanza. ¿Qué clase de educador sería aquél que en lugar de alentar y fomentar lo bueno sólo recalca lo malo presentándolo como el único futuro posible? El maestro indigno tiende más de la cuenta al descrédito ajeno. Las mariposas se le vuelven cucarachas, las personas objetos, y las lágrimas le impiden ver el sol. Por eso:

da menos tiempo a los alumnos de bajo rendimiento cuando se equivocan; se apresura a ofrecerles la contestación correcta o interroga a otro; critica más a los alumnos torpes que a los brillantes; elogia menos a los alumnos de bajo rendimiento cuando éstos proporcionan la respuesta acertada; se abstiene de elogiarles en público, a los que asimismo presta menor atención e interroga menos frecuentemente, exigiéndoles también menos y concediéndoles menos oportunidades de aprender materias nuevas, etc.

Al niño hay que alentarle, ayudarle con toda clase de palabras, estímulos y premios, y jamás desalentarse con hechos, dichos, ni castigos deprimentes. ¿Cómo, pues? Con cariño y con paciencia. Hay libros a medio escribir, recogiendo polvo, en todo el mundo; hay casas medio terminadas en las cuales vive la gente durante toda su vida; hay vidas medio terminadas que se están perdiendo porque alguien abandonó un sueño; y hay, desde luego, no pocos alumnos medio escolarizados a los que faltó la paciencia de un maestro. Al alumno, en suma, hay que cuidarle como lo hacen las madres: con solicitud y con desvelo, siendo su consuelo para las penas, su defensa contra las agresiones, su aliento en el trabajo. No se enseña la verdad sino por medio del amor, ni se descubre de otro modo que amando. Si en la escuela falta amor, entonces faltará todo. Este principio, tan consabido, muchas veces termina estando de una o de otra forma inédito. No siempre lo mejor sabido es lo más saboreado.

He aquí algunas manifestaciones de los alumnos mismos respecto de lo dicho: “El buen profesor es el que se ocupa de nosotros, el que quiere que sus alumnos aprendan y, como suele decirse, sean algo en la vida. El que se enorgullece de que sus alumnos aprueben. El que tiene un ambiente de confianza y de verdadera amistad en su clase. El que no se cree superior a nosotros porque tenga un título donde ponga: ‘Licenciado en X’. Aquel para el que somos personas, y no conejos de indias, ni burros a los que se puede tomar el pelo, reirse de ellos y suspenderlos. Con una persona así se puede estudiar a gusto y aprender mucho más que con los otros. Con tal profesorado seríamos portentos en muchas cosas, no sólo en una, como ocurre en la actualidad, ya que, para tener un profesor con estas características, debes tener mucha suerte y te puedes considerar afortunado. Una persona con estas características no la encuentras todos los años, aunque debiera ser así” (Silvia). “Para mí el maestro es aquella persona que convive con el alum-nado, que se preocupa por él, que se pone en su lugar, pero guardando cierta separación; es aquel al que le preocupa el sistema de estudios del alumno, el que quiere que aprenda realmente, que se le quede en la cabeza la sabiduría que se le transmite, y el que no quiere que después del examen lo olvide todo. El maestro nos ofrece sus conocimientos y recibe nuestra escasa sabiduría y nuestro afecto. El profesor, por el contrario, a diferencia del maestro, es el que se limita a llegar a clase, a dar la lección, y a irse por donde ha venido, como si no impartiese enseñanzas a personas, sino a robots o máquinas de computar muchos datos. Al maestro te acercas y le quieres, al profesor no. Al maestro le escuchas, al profesor le oyes; al maestro le observas, al profesor sólo le ves” (Carmelo). “Un profesor debe

de saber su asignatura, estar en condiciones de explicarla, comprender a sus alumnos, no sólo a los mejores, sino sobre todo a los peores, a los que tienen más problemas; debe procurar enseñar a todos por igual, ayudando al que más lo necesita, sin olvidarse del que necesita menor apoyo. Pero, cuando todas esas cualidades las reúne un buen profesor, entonces se convierte en maestro, ha dejado de ser ese ser abrupto que entra y sale de la vida del alumno a intervalos y sin continuidad, llevándole unas veces con la mano y otras con la correa, o hasta dejándole perderse, para pasar ahora por el contrario a estar atento a su camino, acompañándole y enseñándole sin llevarle de la mano” (Berto).

4.2. ACOGIDA INCONDICIONAL DE DOCENTE A DOCENTE

Se habla mucho de los deberes del docente para con los discípulos. Debería también tenerse en cuenta los deberes del docente para con sus compañeros. A todos debe el maestro benevolencia, pero de un modo muy especial a sus compañeros en el magisterio, con quienes ha de convivir y cooperar para la obra de la educación. Prudencia, discreción en el trato, espíritu de diálogo resultan vitales.

El maestro benévolo tiene por sistema querer bien a todos, tratar bien a todos, hacerles el bien que pueda y evitarles disgustos, molestias, y cualesquiera daños en sus bienes, en su fama y en su moral. La lealtad es un atributo imprescindible, que no debe confundirse con el espíritu de cuerpo, si por tal se entiende colaboración gremial para realizar actos inmorales con impunidad profesional. Nada, pues, de murmurar, censurar, envidiar, al compañero; ni siquiera subrayar los hechos negativos aunque sean verdaderos, tal y como se postula en la escuela oriental, sino por el contrario disimular y disculpar las faltas ajenas aunque el favorecido sea ingrato y pague con falsa moneda. Si no nos comportamos así nosotros, tampoco podremos nosotros enseñar a que alguien se comporte así.

Por infrecuente que sea, aplaudir al compañero o a la gente que trabaja, alegrarse de sus éxitos, y aprender de ellos es lo mínimo que cabe esperar de un maestro que se precie. No aceptar el magisterio de quienes son maestros de maestros significa entrar en la dinámica del resentimiento. Y una comunidad escolar donde los docentes no se alientan entre sí no podrá progresar ella misma, o sus miembros más prominentes se desvincularán de la institución, viviendo tan a espaldas de la misma como a la inversa la institución respecto de ellos. De este modo no se logra la sinergia necesaria para gozar del estímulo de pertenecer a un colectivo valioso.

4.3. LA EDUCACIÓN COMO SERVICIO

El maestro ejerce sirviendo (ad ministra). Hermoso cariño el de quien enseñándote te impulsa a elevarte para que tú crezcas y desarrolles lo mejor que ahora duerme en ti, ese arpegio potencial de tu arpa llamada a sinfonizar el mundo. El así

servido lo es sin rigidez pero con firmeza, con “disciplina”, antítesis de esa disciplina que es sometimiento al dictado de cualquier Rasputín canalla que se sirve de su cátedra para hacer clonables similares a sí mismo. No. Nada de hacer del discípulo un limbo de adoradores de los de encima de la tarima.

A la gente cuando le pides poco no da nada, cuando le pides mucho puede darte todo. Si grande es hacer el bien, quizá lo sea todavía más ayudar a que otros lo hagan: “Muchas personas de buena voluntad, y que quisieran hacer algo por los demás, se sienten cohibidas porque no se creen capaces de hacerlo. Por desgracia, durante muchos años nos han presentado como héroes o como santos a aquellas personas que hicieron de su vida un servicio en la entrega a los que sufrían. En realidad son personas como nosotros que supieron descubrir a tiempo que se enriquece más el que da que el que recibe y que, cuando uno se atreve a servir, las cosas se desarrollan con toda naturalidad. Uno no sabe de lo que es capaz hasta que se pone a hacerlo. De repente, descubre que ha estado perdiendo un tiempo lastimosamente, que se agobiaba por aparentes problemas que pierden su virulencia ante las auténticas desgracias que uno descubre cuando se asoma a los umbrales de la marginación y de la desesperanza. Y uno se pasma de haber estado pasando tantos años junto al dolor y junto a la soledad de los que estaban ahí, a la vuelta de la esquina. No es preciso ni tan siquiera ser bueno para empezar a hacer cosas buenas. Aviados estaríamos. Nunca comenzaríamos. Lo que importa es echarse a andar. Mirar a nuestro alrededor: unos ancianos que están solos, algún enfermo terminal, alguna familia con algún problema angustioso, alguien que necesita un pequeño servicio. Quizás haya una residencia de ancianos cerca de su casa. Pregunte qué día y qué hora son las mejores para visitarlos.

A veces nos reciben con un cierto desconcierto que parece hostilidad. No hay tal. Es sorpresa y timidez. No están acostumbrados. Vuelva a la otra semana y a la otra. Verá cómo le esperan. Es una emoción y una experiencia inexpresables. Es preciso ser prudentes, pacientes, no hacer preguntas innecesarias. Sobre todo, saber escuchar. No intentar cambiar nada ni arreglar nada. Basta con que se sientan acompañados y queridos, sin más... Es preciso abrirse al sufrimiento de los demás, a sus necesidades, a sus alegrías que pueden no coincidir con las nuestras, a sus realidades más verdaderas, suspendiendo el juicio, callando la crítica frívola o el comentario imprudente. Es preciso aprender a amar a los demás sin condiciones ni prejuicios, gratuitamente con amor de amistad y sin esperar nada a cambio, sino la emoción de verse realizado en un proyecto creativo en el que reconoceremos lo mejor de nosotros mismos.

A uno le gustaría ver multiplicados sus esfuerzos, la eficacia de su labor, el efecto de su entrega. Y esto sólo se consigue sembrando ilusiones y esperanzas, abriendo a los demás a horizontes inmensos en los que va urdida la savia nuestra. Con Rilke es bueno recordar que nada extraño puede acontecer fuera de lo que nos pertenece desde largo tiempo. El drama es no saberlo y pasar de largo cuando

tantas cosas y vidas pueden depender de un momento de atención y de una actitud inteligente. Emocionadamente inteligente”.

4.4. LA EDUCACIÓN COMO AGRADECIMIENTO

El discípulo hace al maestro por agradecimiento. A pesar de todos los méritos del maestro, sólo por reconocimiento agradecido del discípulo queda elevado el maestro a la condición de tal. Por excelente que fuere, nadie se “merece” el honorable título de maestro. La honra del título de “maestro” sólo puede otorgarla el discípulo, es el discípulo el que hace nacer al maestro, es él quien, al denominarme maestro, me constituye a mí en tal por un acto otorgado de gratitud que emana de él: el reconocimiento del maestro está en el discípulo. Que el otro quiera reconocerme a mí como maestro, a mí –que al final de la jornada no soy a fin de cuentas sino barroso pequeño maestro– eso es cosa que depende de la exclusiva soberanía del discípulo, y que nadie puede reivindicar ni menos aún exigir. Mas aún, no pretenderlo sería la única condición para merecerlo y para poder ser reconocido como tal. Y, si el discente al que hemos ayudado a auparse no nos recibe como maestros, entonces quien se lo pierde es él, el tacaño, el incapaz de agradecimiento, el desagradecido-desagraciado-desgraciado, pues pocas cosas habrá en el mundo menos felicitantes que la de ser incapaz de agradecer.

Mas si el maestro se reconoce en el discípulo, y éste se reconoce en el maestro, entonces dos se habrán fundido en uno. El colmo de la dicha estará en que el ayer maestro pueda mañana pasar a ser discípulo de su antiguo discípulo. Correlativamente, el mayor placer del ayer discípulo estará en continuar llamando maestro al que –habiéndole sido ayer– hoy no es sino un discípulo suyo: aquí el viejo orden del rango de la eminencia académica ha dejado paso al rango de la preeminencia que brota de la elegancia, la cual es una exquisita gracia espiritual. Los ojos del maestro ven por los ojos del discípulo que vio por los ojos del maestro. Para eso está la escuela. Sólo el incapaz de escuela será incapaz de creer en milagros y de hacerlos. La escuela está para hacer milagros, sin milagrerismo.

4.5. LA EDUCACIÓN COMO ENSEÑANZA E INSTRUCCIÓN

Claridad

La acogida al escolar resulta tan necesaria como insuficiente: unos padres buenos educan, pero (a menos que también sean maestros) no son educadores en el mismo sentido en que lo es un maestro. Este último ha de poseer ciertas capacidades, habilidades, o aptitudes. El maestro no puede ser una mamá lúdica, sino un adulto que enseña deleitando lo más posible, evitando al máximo un sufrimiento ajeno que puede conducir al abandono cuando la carga es demasiada.

Casi todo lo que se sabe puede enseñarse, poco a poco, progresivamente, según la dificultad intrínseca de las cosas. Lo intolerable es ese maestro que presume de profundidad sin ser capaz de hacerse entender por sus alumnos: “si seré profundo, enfatiza, que no hay nadie capaz de ponerse a mi altura”. Más bien ocurre lo contrario, que quien sabe mal enseña oscuro, pues nadie da lo que no tiene. Pero, si sabe pero no logra expresarse bien, entonces debería pasar por la humilde escuela de la didáctica cual niño pequeño. ¿A qué desesperar ni aburrir al alumno con imposibles o grandes dificultades?

Orden

Nada que esté bien hecho se lleva a término sin orden, de ahí que el orden sea la primera condición de toda obra. El maestro que está llamado a infundir el hábito del orden en sus discípulos necesita primero vivir él mismo una vida ordenada, ya que el desorden en la propia vida se traduce en desorden en los hábitos de conducta, uno de los cuales es el profesional.

Aunque la persona del maestro sea el principal agente del orden, no estará de más el respeto de las reglas de juego, tanto el respeto de las reglas institucionales como el de las personales de cada agente educativo. Un mínimo de lealtad a la institución es necesaria por parte de quienes trabajan en ella, aunque no trabajen para ella. De lo contrario el desorden recaerá sobre el alumno, que ante esa dualidad no sabrá a qué orden atenerse, si al demandado por la institución, o al propiciado por el agente educativo.

Y, junto con todo lo anterior, que mande asimismo el reloj. Sin el reloj no habrá personas de ley, ni hábito de disciplina.

Desarrollar personalidades ordenadas exige que el maestro tenga un plan bien meditado de lo que haya de enseñar y un buen método pedagógico para desarrollar a un tiempo la mente del alumno y el contenido de la enseñanza. Aunque la preparación remota del maestro sea sólida, no debería olvidar los detalles de la preparación inmediata. Forme, pues, un esquema de lo que se propone enseñar, divídalo en partes, y éstas en lecciones y, procediendo siempre de lo menos a lo más, de lo poseído a lo que se desea, marche por caminos que le sean familiares hasta llegar a dominar toda la materia planeada y proyectada.

Del mismo modo, respecto de lo que el alumno alcance, no le recargaremos tanto que no pueda digerirlo. ¿Para qué sirve a la inteligencia lo que le indigesta? ¿Y dónde hay cosa más lastimosa que una inteligencia agotada? Quien mucho abarca poco aprieta

Sobriedad

Tampoco almacenaremos muchas ideas en cabezas ajenas. La cabeza no es un almacén, sino un lugar que debería estar bien amueblado, libre de lo accesorio para

encontrarse lo esencial. Ayudar a formar una cabeza bien hecha es mejor que buscar una cabeza bien llena. Pocas y buenas y bien digeridas ideas aprovechan más que muchas, demasiado amontonadas, y confusas. No dejar lo necesario por lo superfluo, ni lo útil por lo meramente ornativo. La enseñanza no es pedantería ni erudición. Enseñar es enseñar para la vida: alguna vez hay que aterrizar lo enseñado, no se puede estar sobrevolando el aeropuerto sin aterrizar, porque el combustible se acaba. Enseñar no es lanzar una cometa al aire para que se mantenga siempre arriba, sino traer pasajeros para llevarlos a mejores puertos.

Enseñar es tener hijos con la realidad, y no con la mera bibliografía. Bibliografía que no sirve para cambiar el mundo no es sino erudición. Se conoce a un erudito fundamentalmente por dos cosas: por su voracidad para labrarse un currículum egocéntrico, y por su simultánea incapacidad para responder a las llamadas de la vida ayudando a quienes le necesiten.

Educción

El maestro tiene por oficio formar personas buenas, cambiadas por dentro, habitadas por hábitos de virtud. Cambiadas hacia la virtud, pero sin perder el respeto al educando. Esto tiene un nombre: educar. Quien está en desarrollo necesita una ayuda. A esta ayuda la llamamos educación. La persona precisa de esta ayuda durante toda la vida, dado que siempre se encuentra en proceso.

Ahora bien, para educar hay que tener en cuenta la herencia genética, tal y como lo muestra el término *educere*: educir, desarrollar todas las facultades, actualizar consciente y libremente las capacidades de perfeccionamiento de cada ser, sacar algo ya potencialmente existente en el interior del educando, con el consiguiente protagonismo de él mismo, que deja en segundo plano al educador.

Educación

También hay que tener en cuenta el medio socioeducativo en que vivimos, como lo muestra el término *educare*: nutrir, alimentar, criar, actividad encaminada desde fuera a enriquecer al educando, matiz activo del educador frente al más pasivo del educando.

Sigue abierta, y es cuestión arduamente disputada aún por ambientalistas y por genetistas, la eventual preponderancia del influjo exterior sobre el interior, o a la inversa; de lo que no cabe duda es de que ambas tienen su importancia, pues, si las leyes de la educación tienen por fundamento la naturaleza del educando, a la naturaleza de éste no se la vence sino obedeciéndola, y de ese modo el maestro que quiera educar necesitará estudiar todo eso.

De cualquier modo, la naturaleza sin instrucción es ciega, la instrucción sin naturaleza es vacía, y la enseñanza sin la complementariedad de las dos es nula. Si

educar es conducir a la persona en desarrollo hacia lo que todavía no es, eso sólo puede hacerse desde lo que ella es ya; por tanto, educar es ayudar al otro a que se encuentre consigo mismo. Pero llegar a ser uno mismo no quedándose encerrado en sí mismo, sino saliendo de sí, accediendo a lo que no se es; por eso educar no es sólo ayudar a actualizar las potencialidades naturales, sino también a encontrarse con lo que le sale al encuentro desde el mundo en toda su amplitud, a domeñar lo adverso seleccionándolo y corrigiéndolo rectamente. El educador comprueba lo que ya existe, y también adivina lo que todavía no es más que una posibilidad. Confiere al educando seguridad en cada una de las fases de su vida para que haga realidad el sentido de la misma, pero a la vez le ayuda a apostar por el futuro. Procura que la persona en desarrollo tenga confianza en sí misma, y también que esté dispuesta a seguir los consejos de quien va por delante de ella. Educar: conducir a alguien haciendo que de él salga algo que ya duerme en él. El mismo individuo es a la vez educador y educando. El educador no está para hacer del educando un imitador (lo cual constituiría un grave despropósito), sino para hacer del educando un ser capaz de despertar hacia lo alto. Es educador verdadero el maestro que logra ayudar a que el alumno forje la personalidad y el carácter, a fin de que cuando se abra una escuela se cierre un presidio. Se trata de formar personas sanas, inteligentes y honradas, de formar hábitos, de generar costumbres, de configurar caracteres nobles y dignos.

Educar a la persona es perfeccionarla según todo su ser, físico e intelectual, moral y religioso, individual y social. Educar es cultivar personas, ejercitar sus fuerzas, desarrollar sus facultades, afirmar sus capacidades, rectificar sus errores y corregir sus faltas; es orientar, embellecer, adornar y pulimentar las almas de individuos y de sociedades. Educar es llevar a la persona de la debilidad a la firmeza, de la endebles a la salud, de la ignorancia al saber, de la ruindad a la dignidad, de la inercia a la actividad, de la acción irreflexiva a la acción bien orientada, pensada, consciente, de la impotencia al poder, del yugo y de la esclavitud de sí misma y de sus pasiones y desafueros al dominio de sí misma.

Y, siendo la educación un cultivo, depende de la semilla y de la tierra, de la humedad y de la temperatura, pero también de la mano que la cultiva.

Creatividad

Todo alumno, especialmente cuando niño, es creativo. El niño lo es más, por su condición de encrucijada entre la realidad y la fantasía o pensamiento divergente, que el adulto menos creativo (convergente) tiende a reprimir. Sin embargo el verdadero maestro anima los procedimientos que el alumno asume, y los pone de relieve. Ante la aparición de nuevas habilidades cognitivas y de nuevos esquemas mentales cargados de valor, ayuda al educando a realizar construcciones axiológicas personalizadas, para que el educando tome postura en libertad razonada.

Asimismo ayuda a configurar personalidades objetivas, flexibles y críticas, capaces de adaptabilidad y a la vez de creatividad, de respeto y de tolerancia, pero también de discrepancia en libertad, en una palabra, personas seguras y optimistas, en la medida en que la percepción de la realidad resulta más asequible a las propias posibilidades. Comprende lo que promueve y lo que piensa y siente el alumno, pues tan importante como preguntar por lo que éste piensa es preguntar qué siente, sin que eso deba entenderse ni como falta de exigencia, ni como un saqueo a la intimidad del propio alumno.

Las deliberaciones en el aula van configurando un sentido de la perspectiva, un esquema general de comportamiento. Si hay dudas, el maestro presenta alternativas. Los miembros del grupo son libres para elegir compañeros y para repartirse las tareas. El maestro procura ser objetivo a la hora de la alabanza y de la crítica, poniendo a cada cual en su lugar. Busca con-vencer, más que vencer. Evalúa las soluciones viendo en qué sentido son válidas para cada uno, eliminando lo insatisfactorio para ambas partes. Propone soluciones alternativas. No dice siempre “no”, se deja interpelar. Aplica la solución pactada en la forma acordada. Revisa la solución adoptada. Deja, por otra parte, de reclamar como un derecho lo que puede pedir como un favor, pues no necesita humillar demostrando una superioridad mal entendida marcando las instancias.

Esta actitud de respeto dista tanto de la autoritaria como de la ultrapermisiva narcisista-paidocéntrica, cuyo lema es “quiero, dame, cómprame”, donde el alumno-cliente se instruye a sí mismo porque supuestamente ya lo sabe todo cuando viene al mundo. Dada en exclusiva al juego (*play*), al taller, y a las manualidades (*clay*), esa mala sicomotricidad (*way*) sólo mueve las piernas, pero no la cabeza.

4.6. EL EDUCADOR COMO FARO DE UTOPIA ACTIVA

La alegría del servir

Si –en el caso límite– las gentes de carácter magisterial estuvieran seguras del no-futuro, seguirían sirviendo. Han descubierto que servir es lo que saben hacer, y que lo creen necesario. Mientras tanto no obligan a nadie a que sirva, simplemente nos invitan a que les acompañemos. Sin renegar, pues, de la lógica ni de la estadística, ni de la licenciatura de juridicoempresariales, las personas de carácter confían siempre en el milagro, pues entienden que ya es un milagro no parvo que ellas mismas no se hayan desanimado y continúen levantándose cada día con la salida del sol llenas de una fuerza y de un vigor que les viene de lo alto para trabajar por una humanidad tan necesitada. Cada vez que alguien pone la mano en ese arado se renueva el milagro y en esa invisible puesta en marcha de una mano inominada la humanidad recobra su aliento.

No pocos, antes de comenzar, se preguntan con gran aparato retórico: ¿cuánto me faltaría aún en el supuesto hipotético de que yo quisiera arrimar mi hombro a la causa de los humildes? Ponen así la venda antes de la herida, y pasan a justificar acto seguido con dilatadas argumentaciones la inacción que tanto estaban deseando: usan miles de posibles buenas razones para una sola mala causa. El utilitarismo, tan inútil, ignora que los educadores de carácter, sabedores de sus propias fragilidades, para no desanimarse no especulan demasiado, pues a cada día le basta su afán. Contribuciones históricas no se hubieran llevado a efecto de haberse evaluado de forma pormenorizada a priori los costos o las dificultades relativas al éxito. Jornadas enteras renunciarías si le echaras un pulso al entorno. Pero los mejores educadores son los más conscientes de que al final de la jornada somos siervos inútiles. Basta con haber intentado hacer lo que había que hacer, lo cual no siempre coincide con lo que se hubiera querido hacer. Para evitar el fracaso, mejor evitar la contabilidad del triunfo. La grandeza de un ideal se mide por la capacidad de luchar por él, alcanzarlo es solamente una recompensa. Obra de tal modo que no tengas que arrepentirte, en aquella hora, de haber amado demasiado poco. La dificultad sube de tono corriente arriba cuando el educador rema contra el espíritu de la época y los ídolos del tiempo. El sufrimiento sella la posición del educador que dice valientemente las verdades del barquero.

Por lo demás, las personas de temple magisterial no desconfían de la humanidad despistada, ya sea porque esperan que ella, la humanidad despistada, descubra el buen camino, ya sea porque confían en que comprenda que el mal camino no conduce a parte alguna.

La suerte del poder caminar

Los maestros saben también que las personas pasan, pero sus esfuerzos, sus gestos quedan, y que esas esperanzas, esas utopías y esos gestos serán apreciadas por la humanidad venidera, para la que trabajan a largo plazo y cuya simpatía esperan. Nuestros seguidores menores aún no han cursado sus primeras letras, pero el siglo que viene nos leerán con el cariño y la devoción con que se leen las letras unciales. Ciertas generaciones matan al padre, pero ignoran que el nieto le redescubrirá. Al magisterio de la sospecha habrá de sucederle el ministerio de la lúcida ingenuidad. Estas batallas siempre se ganan póstumamente, porque son victorias para la generación siguiente, más lúcida con la distancia.

Se hace camino al andar, no al calcular sin emprender la marcha. Nosotros ignoramos totalmente el valor real de nuestro esfuerzo en orden a un cambio cósmico, aunque sabemos que nuestro pequeño esfuerzo cuenta. Seguirle la pista a la rentabilidad del esfuerzo puede devenir anticipación del fracaso, coartada para no echarse a los caminos. Aun reconociendo la fuerza del pasado, éste debe ser un trampolín, no una hamaca. La humanidad cambia muy despacio, pero con tiempo y con paciencia la hoja de la morera se convierte en vestido de seda. La meta está al final del viaje. He aquí la prueba para verificar si tu misión en la tierra ha con-

cluído: si estás vivo, no ha concluído aún. No estamos por la labor de hacer nuestra ninguna literatura catastrofista³⁴, pues lo esencial del testimonio es la atestación: “Atestar es más que hacer constar, más que afirmar: es comprometerse tanto en lo que se afirma, que negar esa realidad de que se ha dicho testigo equivaldría a negarse a sí mismo”³⁵. Una responsabilidad que cedo a otro ya no es responsabilidad.

El educador no es un telecentauro, mitad mesa mitad sermón a distancia, sino un promotor cercano de utopías activas, las cuales sólo pueden enseñarse desde la actividad. Hay que moverse, pues no basta con la declaración de principios. No se trata de hacer por hacer. No tenemos en nuestras manos la solución a los problemas del mundo, pero ante los problemas del mundo tenemos nuestras manos. Aprovechemos: “Si pudiera vivir nuevamente mi vida, en la próxima trataría de cometer más errores. No intentaría ser tan perfecto, me relajaría más. Sería más tonto de lo que he sido, de hecho tomaría muy pocas cosas con seriedad. Sería menos higiénico. Correría más riesgos, haría más viajes, contemplarla más atardeceres, subiría más montañas, nadaría más ríos. Iría a más lugares a donde nunca he ido, comería más helados y menos habas, tendría más problemas reales y menos imaginarios. Yo fui una de esas personas que vivió sensata y prolíficamente cada minuto de su vida; claro que tuve minutos de alegría. Pero si pudiera volver atrás trataría de tener solamente buenos momentos. Por si no lo saben, de eso esta hecha la vida, sólo de momentos; no te pierdas el ahora. Yo era uno de esos que nunca iban a ninguna parte sin un termómetro, una bolsa de agua caliente, un paraguas y un paracaídas; si pudieras volver a vivir, viajaría más liviano. Si pudiera volver a vivir comenzaría a andar descalzo a principios de primavera y seguiría así hasta concluir el otoño. Daría más vueltas en calesita, contemplaría más amaneceres y jugaría con más niños, si tuviera otra vez la vida por delante. Pero ya ven, tengo ochenta y cinco años y sé que me estoy muriendo” (J.L. Borges).

La fecundidad del sembrar

Mamerto Menapace cuenta este diálogo entre un joven ingeniero agrónomo que ha comprado unas hectáreas de tierra, y un criollo que vivía al lado de su rancho: “— ¿Ha visto, don Laureano, mi campito?. Yo le quería preguntar qué opina sobre la posibilidad de que este terreno me dé algodón. — ¿Algodón, dijo, patroncito? No, mire, no creo que este campo le pueda dar algodón. Fíjese, no. Los años que yo vivo aquí, y nunca vi que este campo diera algodón. — ¿Y maíz?, ¿usted cree que me puede dar maíz? — ¿Maíz, dijo, patroncito? No, mire. Por lo que yo sé este campito lo que le puede dar es algo de pasto, un poco de leña, sombra para las vacas, y con suerte alguna frutita de monte. — ¿Y soja, don Laureano? — ¿Soja dijo, patroncito? Mire, yo no creo que este campito le pueda dar soja. Ya le digo: lo que

34 Títulos como éste de Rafael Sánchez Ferlosio, *Vendrán más años malos y nos harán más ciegos* (Ed. Destino, Barcelona, 1993), no podemos asumirlos.

35 Lacroix, L: *El sentido del diálogo*. Ed. Fontanella, Barcelona, 1968, p. 75

le puede dar es algo de pasto, un poco de leña, sombra para las vacas y guizá con suerte alguna frutita de monte. – Bueno, don Laureano, yo le agradezco todo lo que usted me ha dicho. Pero lo mismo me gustaría hacer una prueba. Voy a sembrar algodón en el campito, y vamos a ver lo que resulta. – Bueno, patroncito, bueno. Si usted siembra, es otra cosa”.

Educador, tú siembra, y no eches cuentas. Siembra sin esperar la cosecha. Sólo quien siembra poco espera demasiado y desespera mucho. La primera cosecha está ya en el hecho mismo de la siembra. Una parte irá a parar a tierra mala, otra se la comerán los pájaros, pero otra caerá en tierra buena y dará fruto. Y, como no se puede sembrar y cosechar a la vez, lo importante ahora está en abrir el surco. Surco a surco, verso a verso, caminos al futuro. Siembra derecha con surcos torcidos, desde luego. Si se muere sembrando, la siembra de ese sembrador será la primera cosecha.

5. LAS VANGUARDIAS EDUCATIVAS PROFÉTICAS

Ánimo, educadores cristianos, no estamos solos, tres vanguardias compañeras nos preceden en el voceo de los siglos cuando hablamos de una educación que anuncia el bien denunciando el mal, y a ellas hay que mirar para cantar alto la maravilla de la palabra que proclama el rayar de un nuevo día, aunque sea de noche:

- La inconmensurable vanguardia de los victimados, el mundo del dolor que grita con desgarradora voz su palabra descomunal (también con frecuencia en profundo silencio cuando se le han acabado todas las frases) desde el interior mismo de su grande y complejo sufrimiento.
- La invisible vanguardia de los místicos y de los orantes cuya vida, desde el alba hasta el ocaso, en la escarcha del invierno y en el tórrido sol de agosto, se alza como ofertorio educativo por el bien de la entera humanidad.
- La interminable vanguardia de los soñadores que a través del pensamiento, del arte, de la creatividad sin reconocimiento ni medallas ni subvenciones ni sillones ni gremios se esfuerza por ofrecer a la humanidad modelos realmente alternativos frente al dolor rabioso en que se debate la civilización coetánea.

Existen maestros afamados y otros anónimos, cuyos nombres no figuran en listas ilustres. Los hay brillantes y los hay grises. Los hay más echados para adelante y menos. Pero, si lo son, el magisterio les costará vida privada (muchas veces privada de vida por exceso de privaticidad), tiempo y dinero. Si miramos con perspectiva histórica la mística de los maestros clásicos, éstos jamás obtuvieron dietas ni privilegios, en todo caso para solucionar sus necesidades cobraban salarios mínimos. Viajando de pueblo en pueblo, mientras organizaban nuevos grupos o

dirigían campañas, aquellos austeros y fervorosos apóstoles de la idea, como eran llamados, soportaron las más de las veces heroicamente las represalias por sus actividades por el bien de los últimos, vivieron como vegetarianos y abstemios, como frailes mendicantes de la hospitalidad que les podían ofrecer sus hermanos obreros menos ahogados en la miseria.

Algunos asumen heroicamente muertes sublimes, ciertamente, pero también hay quienes a veces mueren por grandes ideales porque no son capaces de vivir día a día por ellos, o porque consideran que el esfuerzo cotidiano que hay que dedicar a tal causa es excesivo. Dicho de otro modo, salvadas las grandes excepciones muchas veces resulta más fácil morir como un idealista que vivir como tal, y hasta es más fácil morir heroicamente que pensar con rigor. Miles de utopías de pequeños colectivos forman el Gran Arco polilobulado de Pedautopía. Si articulamos una sinergia de microutopías educativas desde abajo haremos que el sol salga más temprano para nosotros, aunque haya nubes. Aprendamos de dos maestros modélicos, aunque tratándose de seres humanos ninguno sea perfecto.

5.1. IGNACIO ELLACURÍA

Ignacio Ellacuría pertenece a una especie en vías de extinción, pues que un intelectual europeo de su talla, reconocido discípulo de Zubiri, orientara su vida radicalmente al servicio de los pobres de un país pequeño, El Salvador, abandonando todo lo prestigioso del primer mundo, es algo que cada vez se ve menos. En su lugar, y en el mejor de los casos, otro tipo de intelectuales va tomando su relevo entre burgueses con sensibilidad social, personas que escriben manifiestos contestatarios de cuando en cuando, que hacen un viaje corto a un país difícil, viaje que les da ocasión para vender un jugoso librito, o para ofrecer un sugestivo ciclo de conferencias, pero que no ponen nunca en juego su vida. En definitiva, intelectuales mediáticos, o de tertulia radiofónica, implicados pero jamás comprometidos. Nada que ver con Ignacio Ellacuría³⁶.

Para Ellacuría “el objetivo de la universidad es el estudio de la realidad; y el objetivo de la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas el estudio de la realidad salvadoreña”: así transformó la UCA para que ésta apoyara “universitariamente” los procesos de transformación del país, no para liderarle, sino para apoyar a los movimientos de liberación sociopolítica allí ya existentes. Ellacuría solía decir que, mientras no se examinasen las causas profundas de los conflictos salvadoreños, éstos irían reapareciendo una y otra vez. Y, cuando estalló la guerra, la UCA se ocupó de dar a conocer lo que estaba ocurriendo, y de promover una paz

36 Cfr. Sols, J: *El legado de Ignacio Ellacuría. Para preparar el decenio de un martirio*. Cuadernos Cristianisme i Justicia. Barcelona, noviembre de 1998. Del mismo autor, *Ignacio Ellacuría: Su vida y su pensamiento político, filosófico y teológico (a los diez años de su muerte: 1989-1999)*. Cuadernos Cristianisme i Justicia. Barcelona, 1999, pp. 76-81. Excelente artículo, al que seguimos casi literalmente.

negociada, justa. Pero, como ésta no ha llegado, a pesar de la democracia precaria y apariencial de hoy (oligopolio de siempre), la guerra volverá. Pero ya volverá sin Ellacuría, al que una banda de sicarios al servicio del oligopolio segó la vida junto a otros amigos³⁷, lo mismo que a Oscar Romero.

¿Las universidades del primer mundo se ríen de esto? Por supuesto, se ríen. Pero entonces ¿qué investigan, por qué investigan, qué pretenden? Parece que en ella no hay tiempo para preguntas tan radicales. Eso sí, hay tiempo para preparar mil congresos, metodologías y conclusiones, cada vez mejor organizados y remunerados, al servicio de los propios curriculistas y con cargo a los fondos del Estado. La memoria de Ellacuría supone, en consecuencia, un cuestionamiento del mundo universitario, científico y cultural, tan alejado de los problemas de la gente y tan profundamente insolidario con las mayorías que siguen sufriendo injusticia en todo el planeta. Precisamente por eso la humanidad necesita intelectuales y maestros que quieran poner su inteligencia y su cultura al servicio de un acompañamiento de los procesos de transformación estructural, hoy agonizantes por doquier.

La memoria de Ellacuría supone también un cuestionamiento de nuestra condición ciudadana. Hemos reducido el ser ciudadano a un sujeto con derechos y leyes, en lugar de descubrirle como un ser que no existe si no es en relación con los demás y en respeto a sí mismo. A fin de cuentas el único poder al que debiera aspirar el ser humano es al que ejerce sobre sí mismo desde la amistad con los demás. La memoria de Ellacuría constituye asimismo un cuestionamiento de la reflexión filosófica, tantas veces superficializada y alejada de lo real. Ellacuría se formó para ser filósofo, y lo fue, porque puso en relación a la filosofía con la política y con la teología, dando rigor a la acción, y acción al rigor, “pensando con las manos”. Su aportación a la fundamentación de la “teología histórica” se inscribe en una concepción liberadora del sujeto desde la inteligencia como única posible receptora de la realidad en cuanto tal. La filosofía, si no lleva a la liberación del sujeto pensante y de su entorno, y si no radicaliza las preguntas humanas, es pasatiempo para que burgueses curriculistas vuelvan a su vómito como la puerca lavada. Pero la filosofía es para tener hijos con la realidad, y no con Doña Bibliografía. Es referirse a lo que es, y no a la opinión sobre lo que se dice que es. Empero, parece que los pocos que son conscientes de esta realidad han decidido adaptarse a ella. En las universidades, por ejemplo, excepciones aparte, los pocos que comprenden lo que está pasando utilizan el viejo truco de elaborar teorías oscuras y complejas para complicarlo todo, alegando que en la presente coyuntura no caben tratamientos simplistas; sin embargo, lo realmente simplista son esas sus teorías ininteligibles e inútiles, gracias a las cuales se celebran sin embargo interminables simposios del tipo te-invito-para-que-tu-universidad-me-invite, turismo cursi a cargo de los pobres. Señores míos, si todo os parece tan irresoluble, ¿para qué organizáis tantos foros, saraos y convenciones con cargo a los presupuestos generales del Estado, reunión de pastores ovejas muertas?

37 Vidas así recuerdan de algún modo a las de los primeros cristianos. Cfr. Bardy, G: *La conversión al cristianismo durante los primeros siglos*. Encuentro Ed. Madrid, 1990

Ciertamente los parámetros de un sistema sólo pueden ser controlados desde un sistema de mayor complejidad, pero no de mayor oscuridad. Y si esto ocurre en la universidad, en los demás centros neurálgicos (sindicatos, partidos, etc) la dialéctica suele consistir también en no plantar cara, limitándose cual fragmentos particulares a buscar acomodo egoísta para solucionar los problemas de los propios afiliados, es decir, para quienes ya tienen empleo, para quienes ya están en Europa, etc; en definitiva, para quienes disponen de sus respectivos nichos ecológicos privados en los que superviven mediante una adaptación funcional a los mecanismos del poder, mecanismos cada vez en mayor medida mecanicismos engullidores. En definitiva, nos encontramos en el tiempo de la servidumbre voluntaria, esa que ha sustituido las fiestas universales y solemnes por festejos gremiales, yendo también en eso del internacionalismo al tribalismo. Y, mientras tanto, las multinacionales del Imperio cabalgan.

La memoria de Ellacuría significa igualmente un cuestionamiento del modo de ser cristiano y de la reflexión teológica: ¿qué cristianismo estamos viviendo, cómo rezar el Padre Nuestro cuando maltratamos a los hermanos? ¿cómo pedir que se perdonen nuestras deudas, si no perdonamos nosotros la deuda mientras proclamamos formales años jubilares? La memoria de Ellacuría es, en fin, una invitación a la identidad magisterial. Cuando llega el maestro, el alumno crece. Las palabras del docente se las lleva el viento, las obras del maestro quedan; por eso se aprende más con él en una hora que conversando con los demás un año. El maestro es fuente, no desagüe. El docente quiere que desde arriba cambiemos el mundo, el maestro nos ayuda a que nos cambiemos a nosotros mismos y con nosotros al mundo. Son los ojos del maestro los que nos hacen ver; si no hubiera mirada del maestro que nos mira, no sabríamos nosotros mirar. El maestro nos enseña a descubrir, es decir, a ver lo que todos han visto para pensar lo que nadie ha pensado y hacer lo que todos deberíamos hacer. La madurez del maestro consiste en ayudarnos a encontrar la seriedad que teníamos cuando jugabamos de niños; sólo al que ya ha dejado de ser como niño la vergüenza de confesar el primer error le hace cometer muchos otros. El maestro es quien eternamente nos apacigua enseñándonos que, cuando no se puede tener todo lo que se quiere, es hora de querer lo que se tiene. El maestro es el testigo de nuestra identidad: no hay como volver junto a un maestro para darse cuenta de lo mucho que nos hemos desviado. Aunque mintamos al maestro y él parezca creerlo, no le engañamos: no le engañamos, porque él sabe que le engañamos. Y por eso se mata al verdadero maestro que nos recuerda nuestra infidelidad a lo que es eterno, porque el odio es la cólera de los débiles. Cuando en el mundo aparece un maestro, lo cual no ocurre todos los días, puede recordársele por este signo: los malvados se conjuran contra él, ya que no pueden soportar sin resentimiento tanta lección viva a su lado. Pero el maestro nos enseña otra cosa totalmente distinta a esa: que vengándose uno se iguala a su enemigo, pero perdonando deviene superior a él, y que siempre es mejor amar que tener razón.

5.2. EL MAESTRO MANSUETO

“El señor Mansueto era fundamentalmente un idealista. Formado en humanidades, con el rigor del seminario antiguo, en contabilidad, en derecho por correspondencia (en aquel tiempo había cosas semejantes) y en no sé cuántas cosas más, ese hombre delgado, escuálido, pero de una elegancia agreste, con su bella cabeza inteligente, abandonó todo para enseñar en la selva y liberar de la ignorancia y de la negligencia a los primeros colonos del interior catarinense. Para nosotros fue siempre un misterio: en un mundo sin cultura alguna, él poseía una biblioteca de cerca de dos mil libros que prestaba a todo el mundo, obligando a los colonos y a sus hijos a leer; estudiaba los clásicos latinos en la lengua original, se entretenía con algunos pensadores como Spinoza, Hegel y Darwin y citaba al ‘Correio do Povo’ de Porto Alegre. Tenía clases por la mañana y por la tarde. Por la noche enseñaba a los más ancianos. Junto a esto, mantenía clases para los más inteligentes, dándoles un curso de contabilidad. Formó un círculo con el que discutía de cultura y de política. Los grandes problemas sociales y metafísicos preocupaban el alma inquieta de este pensador anónimo de una insignificante villa del interior. Este hombre era profesor de enseñanza primaria. Cuando se comercializó la radio adquiría aparatos y obligaba a todos los colonos a comprarlos. Los montaba él mismo con el fin de abrir sus mentes a los vastos horizontes del mundo. Con los que se mostraban reacios empleaba siempre un procedimiento eficaz: colocaba una radio en lo alto de un tronco enfrente de la casa. La ataba allí, y se iba. Cuando se democratizó la penicilina, él fue quien salvó la vida de docenas de personas. Murió pronto, de cansancio y agotamiento debido a los trabajos que hacía en función de todos y de su numerosa familia... Lector amigo: si algún día pasas por una ciudad, pequeña pero sonriente como el nombre que lleva, Concordia, y visitas el cementerio, fíjate bien: si reparas en un túmulo con un bello dístico, con flores siempre frescas y ya con algunos exvotos junto a la gran cruz, a la izquierda, es el del profesor Mansueto. Él vive todavía en la memoria de aquellas gentes”³⁸. Por todo eso, el señor Mansueto –supliendo a maestros y padres capaces de explicárselo– hubiera enseñado a cuantos niños mexicanos se llaman “Aniv de la Rev” que su extraño nombre se debía al hecho de haber nacido el día 20 de Noviembre, aniversario de la revolución. Un nombre sin sentido necesita un educador con todo sentido.

El mejor bien que puedes hacer a otro es regalarle tu buen ejemplo. Los educadores menos que nadie deberíamos olvidar que se aprende lo que se ve, y que el alumno no sólo ve lo visible, sino también muchas veces lo que parece invisible, en la línea de aquel Paracelso, para quien “la filosofía es la naturaleza invisible, y la naturaleza la filosofía visible”. Si vives entre gentes superficiales, todo te dará más o menos igual. Si vives con gentes meramente exteriores como Aristipo, la

38 Boff, L: *Los sacramentos de la vida*. Ed. Sal Terrae, Santander, 1978. Tengo que decir que el señor Mansueto es el propio padre de Leonardo Boff. Por lo demás, habiendo estado en dos ocasiones a poco más de un centenar de kilómetros de Concordia, la primera sin saberlo y la segunda sabiéndolo, he desaprovechado la ocasión de visitar esa tumba.

banalidad surcará tu frente todos los días de tu vida. Pero si vives entre gentes como Diógenes, capaces de mirar profundamente el relevo de las apariencias, habrás encontrado una escuela donde merezca la pena detenerse. Estaba el filósofo Diógenes cenando lentejas cuando le vio el filósofo Aristipo, que vivía confortablemente a base de adular al rey. “Si aprendieras a ser sumiso al rey, no tendrías que comer esa basura de lentejas”. A lo que replicó Diógenes: “Si hubieras tú aprendido a comer lentejas, no tendrías que adular al rey”.

Alcanzar la dignidad consagrada del maestro Mansueto no se improvisa: sólo quien estudia como él y ama al prójimo como él hasta llegar al sacrificio de la propia vida sabrá alcanzar esa dignidad consagrada. Cuando además se trata de un maestro que no está aislado, sino que forma parte de un proyecto educativo comunitario con un ideario católico, entonces hay que alcanzar esa dignidad consagrada ayudando a formar una escuela con maestros que sean a la vez teólogos, es decir, con maestros teólogos.

6. ¿ENTONCES POR QUÉ UNA ESCUELA RESIGNADA?

Demasiados países oficialmente católicos no tienen debajo de su epidermis otra cosa que superstición, ignorancia, y hábitos inerciales acumulados con los años. Cuando todo eso salta, poco queda. Para evitarlo es preciso ser honestos, autocríticos, y amar mucho, aunque la exorcización de los propios demonios cueste sudor y lágrimas. Gonzalo Torrente Ballester, aquel cristiano y escritor benemérito, lo reconoce a medias entre triste y resignado, aferrándose a su propio pasado: “¿Somos cristianos todavía? La pregunta está bien hecha: ¿Somos cristianos todavía? No lo sé. Algo nos queda de cristianos, quizá por aquello de que el alma es naturalmente cristiana, pero lo que se dice ser cristianos enteramente con el pensamiento, palabra y obra, con la sangre, con la esperanza, yo creo que no. Por lo pronto, en todos nosotros convive un sistema de ideas que no está integrado en el cristianismo, que quizás está en contra del cristianismo. Hasta qué punto estas ideas son ciertas y verdaderas no lo sabremos todavía, aunque podamos sospechar que buena parte de ellas no son verdad. Muy curiosa esa prisa que se dan los teólogos por reformar el cristianismo a la luz de la ciencia, cuando no sabemos lo que va a durar la ciencia ni el tiempo que le quedan a esas afirmaciones de ser tenidas por verdaderas. Sea lo que sea, el hecho es que no sé hasta qué punto somos cristianos. Yo sé lo que soy en los momentos angustiosos, medrosos, cuando no hay realmente más clavo ardiendo que el de Dios. Cuando los azares escapan a nuestro control, uno no tiene más remedio que confiar su existencia y su suerte a la voluntad de Dios, a ese Dios que están alejando tanto de nosotros, y ya no sé si le atribuyen voluntad; esa abstracción remota que servirá a los sabios para su teología, pero que a nosotros no nos sirve para la oración. Nos han jodido con el análisis. ¿A quién le va a pedir uno ahora que le ayude, que le proteja, que le tenga presente? ¡Dios mío, Dios mío!, me resulta más difícil creer en ese Dios que en el

otro, porque el otro responde a mis necesidades, el otro es mi Padre. Este Dios no sé qué es. Yo me quedo con el otro y sigo rezando cuando entro en un avión, pidiéndole que me proteja de los peligros porque creo firmemente que puede protegerme, que tiene voluntad, que me tiene presente. Señor³⁹. ¿Habrá que resignarse a esta fe a la que se agarra el escritor ya fallecido? Sinceramente, no. Aunque los síntomas pinten muy mal.

6.1. UN SÍNTOMA: EL ORDEN BURGUÉS QUE DEMASIADOS PAPÁS SOLICITAN

Las escuelas católicas están hipotecadas por un doble y fuerte gravamen: por un lado, el ya mencionado de obtener un currículum de excelencia y, por el otro lado, el de tener contentos a los padres: ¿no se habrán fijado los complacientes *pools* educativos católicos al uso en que así no se hacen creyentes, sino todo lo contrario?, ¿no habrán reparado aún en los aterradores resultados estadísticos, donde el desafecto de muchos de los antiguos alumnos les lleva a manifestar contra curas y monjas su repulsa airada y su burla soez en porcentajes abrumadoramente altos, probablemente no siempre como protesta por un exceso de exigencias compromisuales cristianas, sino más bien por apocada aminoración de lo que hubiera debido ser gran llamada; en definitiva, no por haber elevado el listón del éthos de lo esencial, sino el de la moralina de lo accidental? Desde luego si uno tuviera que imaginar lo que se enseña dentro de esos colegios por lo que oye decir a los egresados ¡qué terrible juicio podría concluir!

Por lo demás, nada ayudaría en defensa propia alegar que son precisamente esos mismos papás/mamás maledicentes respecto de los colegios de curas y monjas los que más suspiran luego en pro de una plaza para sus propios retoños en los centros que ellos mismos han denostado. Nada ayudaría esto en la propia defensa de los recusados, desde luego, pues –retorciendo el argumento dentro de los límites permitidos por la lógica– tendríamos entonces que asumir igualmente que poco bueno dice de los educadores el que semejantes papás/mamás burgueses, incoherentes, deseen para sus propios retoños una educación (?) igual que la por ellos recibida en punto a burguesismo, incoherencia y fullería.

Una dialéctica más torpe de lo deseable podría llegar a deducir, en fin, de estas palabras nuestras que lo procedente según nosotros sería desagradar a los papás y lograr el suspenso generalizado de los alumnos. Obviamente, tampoco se trata de eso. Se trata por el contrario de instar a comprender de una vez por todas aquello tan hermoso de dar a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César, y lo que aquí estamos censurando es que se tribute demasiado al César, a costa de la latría debida a Dios.

39 *Los cuadernos de un vate vago*. Martes Santo, 1970

Pero la forma más adecuada de corregir la situación tampoco sería la de practicar una herodiada a la inversa, sino la de trabajar desde la escuela para comprometer a los padres (vale más tarde que nunca: para madurar siempre hay tiempo) junto con sus hijos en orden a un compromiso mucho más extenso, profundo y liberador ante el rostro de la viuda, del huérfano y del extranjero, el cual no excluye, sino que incluye, el salto airoso por el aro de los exámenes al uso.

De todos modos, algo tan sencillito de decir parece mucho más difícil de hacer, a juzgar al menos por el abandono fáctico de esta dimensión en los colegios confesantes en general, dimensión que en el mejor de los casos se reduce al mínimo mantenimiento de una escuálida escuela de padres tan recortadita y apocada ella misma como lo está el deseo de cambiar la sociedad por parte de quienes mantienen su rescoldo. Algo es algo, y menos da una piedra, se oye decir; pero, entre nosotros, ¿es seguro que menos da una piedra, habida cuenta de la relación calidad-precio?

6.2. LA BÚSQUEDA DE “EXCELENCIA” ELITISTA

Hasta aquí las sendas torcidas en la vocación e identidad de ciertos pseudohumanismos cristianos. Veamos ahora algunos malos estilos pedagógicos concomitantes y que tienen mucho que ver con lo anterior, aunque su vigencia sea universal y no meramente doméstica o intracatólica.

Parecería que ya no nos queda otra patria que Frivolópolis, la búsqueda de “excelencia” elitista. Los “focos, cámara acción” han contaminado en nuestros días cualquier forma de presencia hasta tal punto que no sólo los marujeos de turno, sino incluso el curriculum de los “intelectuales” se capitaliza ya en la televisión: ¡cuántos no darían todo a cambio de algunas efímeras presencias en el reino de la apariencia! Hablemos de los nimbados. Hoy por hoy, sólo una microélite de docentes universitarios cosmopolitas, grandes popes, animales prestigiosos, reúne tres características: primero, publican en inglés, la lengua del imperio; después, trabajan *inter campus*, es decir, exportándose informáticamente a todos los centros neurálgicos de las mejores universidades (videoconferencias interactivas en tiempo real, etc), haciendo así omnipresente su publicitado mensaje, contra el que no cabe competir por los medios clásicos del libro y de la enseñanza cara a cara; finalmente, aplican sus saberes –directa o indirectamente, técnica o ideológicamente– a las necesidades del Imperio mismo que así les entroniza y tecnotroniza, pues los expertos oficiales han de estar concertados con los programas institucionales a los que sirven de legitimación teórica. He ahí los nuevos popes, los nuevos taumaturgos de la profesión docente e investigadora: si no se publica en inglés, si no se ocupa el intercampus, si no se orienta la investigación hacia el poder multinacional, de hecho no se pertenece hoy a la enseñanza como campo significativo, como institución de sentido.

Normalmente, estos hiperintelectuales o megaprofesores abandonan a los alumnos de los primeros cursos, y solamente ejercen un magisterio selectivo y mínimo. Los expertos de los refinados cuerpos de conocimiento reclaman un estatus no sólo de especialistas en tal o en cual sector, sino con frecuencia una jurisdicción absoluta sobre la totalidad del sector en cuestión: pontifican sobre lo divino y lo humano, salen en la red luego existen. Tienden por ello a considerarse expertos universales sobre un plano de gran abstracción, pues cuanto más abstractas resultan las legitimaciones, menos posibilidad existe de que se modifiquen según las cambiantes exigencias pragmáticas. Son “intelectuales bonitos”, intelectuales áulicos, palatinos, grandes catedráticos, tolerantes ex cathedra con todo aquello que a su vez les tolera el Imperio, al que ellos ponen altavoz y alfombra⁴⁰. Estos “cuerpos

40 Según Amando de Miguel en su libro *Los intelectuales bonitos*, son “vanidosos, poderófilos, pedantes cortesanos mantenedores de las ceremonias académicas, socialistas de cátedra bienestante, lejanos al estereotipo del sabio distraído y desinteresado y por contraposición dotados de sorprendentes virtudes empresariales, amigos del oscurecimiento –efecto krausista–, profesionales de la meditación, vanidosos, políticos a la expectativa de destino, lobos entre sí, críticos y protestatarios desde las mejores posiciones, tantos años firmantes de escritos de protesta que no sabiendo cómo continuar con el género sólo se les ocurre pedir la cárcel para sus encarceladores, pues si se les ocurriese dirigir la crítica contra sus propias instituciones ya no serían críticos sino rebeldes, de ahí el desinflamiento de la nómina de intelectuales en las democracias”. En definitiva, el intelectual sería el Narciso supremo, que no es el que narra su autobiografía, sino el que hace todo lo que hace para que los demás puedan algún día escribir su biografía. Como dice José Luis Pinillos, “creer a estas alturas que un intelectual, por el mero hecho de serlo, pudiera estar en el secreto de los caminos que llevan a la convivencia democrática sería algo tan original y grandioso como suponer que todos los intelectuales son inteligentes y aman la libertad. Ninguna condición humana se halla libre de miserias, y las del intelectual no son pocas. Ni todos los intelectuales son inteligentes, claro, ni buscan siempre la libertad, ni forman un grupo social homogéneo, ni tampoco sus relaciones con la democracia han sido siempre justas y benéficas. Hay cantidad de gentes con talento que no tienen nada de intelectuales ni lo pretenden, mientras que entre éstos, igual que en la viña del Señor, hay uvas, pámpanos y agraz, o sea, inteligentes, corrientitos y tontos de capirote disfrazados de pedantería. Aparte de que tampoco es ningún secreto la circunstancia de que la inteligencia del intelectual tiene sus demonios particulares. El prurito de la originalidad, un cierto narcisismo, la insistencia en intelectualizarlo todo, el verbalismo y con frecuencia una cierta falta de sentido práctico son rasgos que abundan en el gremio, y que cuando coinciden con la ausencia o debilidad de carácter componen errores trágicos y metamorfosis políticas que es menester recordar. Por lo demás, es bien sabido que democracias de tradición tan arraigadas como la inglesa han sabido arreglárselas sin el protagonismo de los intelectuales. Más bien, cuando las prédicas de éstos rozan cuestiones prácticas, los ingleses suelen oírlas, y nunca mejor dicho, como quien oye llover. Están los intelectuales orgánicos, los críticos y los *wind surfers* de la cultura. Hay también intelectuales comprometidos con el servicio a la verdad y a la libertad, que tratan de hacer inteligible el mundo en que vivimos. Pero, al cabo, cada uno ha de procurar entender el suyo y defenderlo. La palabra de estos intelectuales eximios no exime a los demás de la necesidad de pensar por nuestra propia cuenta y razón, es decir, con libertad, por el contrario nos invita a ello” (*Los intelectuales y la libertad*. En “Ya”, 5/12/1984).

Por lo demás, cada vez que se produjo algún cuartelazo o intentona golpista se echó mano de los intelectuales (eso sí, de aquellos intelectuales al uso, los opinómanos impenitentes que siempre en la pantalla apenas si tienen tiempo para estudiar) para solucionarlo, a modo de bomberos de la política; cada vez que hubo un conflicto de valores se solicitó su opinión a modo de termómetro desapasionado de la razón correcta; cada vez que hubo que redactar un manifiesto favorable al poder, se recurrió a los intelectuales apesabrados, que son precisamente los que gozan de mayor fotogenia. El interesado en el catálogo de horrores y de amores de la identidad intelectual, puede leer mis libros *Otra palabra, otra escritura*. Ed. CCS, Madrid, 1994; *A pie de escuela*. BAC, Madrid, 1999

de especialistas” presiden la provisión de cargos, la distribución de becas, las fundaciones, los premios, el ranking de las profesiones, la publicación de lo culturalmente correcto, el poder de decir lo que vige y lo que rige, e incluso de lo que ha de venir en el futuro, y todo ello indefectiblemente al servicio de lo económicamente correcto, que en última instancia paga para eso. Como Alifanfarón de la Trapobana, sus vanidades van siempre envueltas en una nube de polvo, y andan rodeados por una corte de aduladores, que a su vez habrá de repetir con pedíseca habilidad los mismísimos arcanos que sus maestros para alcanzar su estatus el día de mañana, con su renovado séquito.

Aunque alardeen de lo contrario, por aquello del “dime de qué presumes y te diré de qué careces”, su pretendida ciencia pura no está casi nunca por encima del capitalismo que les nutre, ni fuera de las universidades en que se enclasan, ni más allá del poder que les tienta, aunque sí, desde luego, dentro del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional, de los que próximos o remotos son sus satélites. Tras la excusa de su ciencia pura, y amparados por el poder, estos consejeros palatinos, redactores áulicos, plumíferos y turiferarios del Imperio, elaboran todo tipo de directrices sobre la vida y costumbres de los demás. Partiendo del gran mito de la sociedad enferma, del que hablara Ivan Ilich, las universidades legitiman la pretensión de arquitectos, urbanistas, psicólogos, sociólogos, equipos médicos, siquiátras, empresarios, hombres de negocios, etc, para curar a esa sociedad enferma. ¿Enferma, de qué? Enferma de yatrogenia, es decir, de las enfermedades producidas por los supuestos sanadores. Las medicinas que nos suministran las universidades poderosas (universidades de los poderosos) para curarnos de nuestras enfermedades son sin embargo las que calculadamente debilitan y extenuan al pueblo por sistema. Por eso son los sabios funcionales al sistema los encargados de definir qué se puede saber y qué no, qué es la salud y dónde la enfermedad, que es lo útil y lo inútil, a quién hay que aislar y a quién no; ni siquiera necesitan decirlo, lo dicen con sólo enseñar donde enseñan y publicar donde publican. Y, diciendo todo eso, siguen siendo la voz de su amo, jamás la voz de los sin voz, de cuya afonía viven⁴¹.

41 “Los intelectuales son unos señores que suelen firmar manifiestos por ser de izquierdas, o que son de izquierdas porque así suelen firmar manifiestos. No se sabe qué es primero, si el manifiesto o la gallina. Si ustedes se fijan verán que, siempre que aparecen esos manifestantes por escrito, los abajofirmantes de guardia, se trata de un movimiento de reivindicación que la izquierda hace de sí misma. Unas veces, para reforzarse ante unas elecciones. Otras, para no desprestigiarse demasiado por su apoyo a determinado partido en el poder, de izquierda, naturalmente. Lo que me gusta de este último manifiesto *En defensa de la democracia* es que permite comprender lo más importante del mecanismo manifestaril. Verán: éste se cocina en la Asociación de Derechos Humanos, que hacía cosas muy de izquierdas y aunque no precisamente en defensa de la democracia: por ejemplo, visitaba las cárceles sandinistas y las veía muy agradables, la represión no existía —no podía existir en un proceso de liberación que lo integraba todo, el cielo y la tierra— y después del viaje publicaba unos informes en los que salía muy bien parada la dictadura de los comandantes, con las imprescindibles notas críticas que, más que afean, realzaban el mérito de los revolucionarios. Por cierto que hay que reconocerles a los comandantes una sabia síntesis de colectivismo y propiedad privada: cuando perdieron el poder, se quedaron con las mansiones de los contrarrevolucionarios

Pero no nos engañemos, estos voceros de su amo a su vez son la voz de los periodistas, de las televisiones, e incluso de los aparatos ideológicos del Estado. Y así, de arriba abajo, su influencia llega hasta la más modesta escuela primaria y hasta el más humilde hogar, cuya televisión repite las campanadas primeras. Resulta casi imposible luchar contra esta pirámide de sacrificios. Y, como a quien sirven los grandes de verdad es al Imperio, fuera de sus labores de vasallaje imperial los intelectuales y expertos llevan una vida privada vulgar, tan vulgar como privada de vida, roen el hueso que les echen. Los que mueven el aparato ideológico, en cualquier caso, fieles al Estado (vía multinacionales) que les paga, tienden a reflejarle reproduciendo su estructura piramidal, rasgo en que coinciden con la administración y con el ejército. Desde luego, nada de esta excelencia, por la que mucho compiten también los centros universitarios católicos, nada de esta supuesta excelencia es católica.

6.3. EL PRINCIPIO DE MALEFICIENCIA Y LA PRODUCCIÓN DE BIENES EXTRÍNSECOS

Y, como proclamaba aquel bando de un famoso alcalde mexicano, “el que tenga burro que lo amarre, y el que no, no”. Dicho de otro modo, nada más lejos de semejante monopolio “educativo” que la búsqueda del principio de beneficencia, que consiste en trabajar no sólo para cubrir un horario con el que ganarse la vida, sino para hacer el bien (*bene facere*), a veces sin demasiado beneficio crematístico. Para su propio infortunio, esas gentes jamás podrán imaginar la felicidad que gratuitamente se agrega a aquel cuya vida está regida por el principio de beneficencia. ¿Quién podría demostrarles a ellos el principio intangible pero intuitivo de que trabajar en lo propio para la entera humanidad, universalizando el propio constructo sapiencial, es algo sumamente hermoso? Al regalar algo propio ¿no se recibe mucho más? Feliz aquél que cuando estudia algo piensa a la vez en cómo transfundirlo a los demás, aquél que intenta servir a los valores eternos. Personalmente me consideraría un hombre muy poco afortunado si mi actividad laboral no tuviese nada que ver con todo esto.

Sin embargo, en lugar del principio de beneficencia se instaura en esta élite usurpadora el principio de maleficiencia, por lo demás tan común: yo hago un club de ajedrez para enseñar este juego, pero termino utilizándolo para captar amigos de buenas posiciones sociales. No pocas instituciones docentes, médicas y sacerdotales, nacieron con la vocación de servicio a los pobres y han terminado siendo clubs de élites burguesas. Ojo con esto, porque si una generación no se da cuenta de lo que hace, la siguiente sabrá lo que no va a poder hacer ya.

Del principio de maleficiencia deriva el de la presencia de bienes meramente extrínsecos. Muchas veces nuestras instituciones educativas están montadas sobre

rios que habían requisado y con lo necesario para integrarse ventajosamente en el capitalismo pobretón de doña Violeta... A mí un intelectual de izquierdas que se arrepiente ahora me parece sólo un funcionario tardón. ¡Trece años para darse cuenta de que González pone en peligro la democracia! Si no llegan a ser intelectuales, tardan cuarenta más” (Jiménez Losantos, F: *Los abajofirmantes*. ABC, 25/4/95)

bienes extrínsecos: publicidad, eficacia, buen nombre, funcionalidad, que implacablemente van ahogando cada vez más el proyecto original, hasta que al fin lo pervierten. También aquí la tarea es la de reganar para la institución bienes intrínsecos conforme al ideario, un ideario que sea de verdad realizado ya que, si el ideario no se realiza, no tiene ya otra salida que no sea la de metamorfosearse en bestiarío y camuflarse con declaraciones hipócritas. Dígase si estos vicios no se encuentran igualmente omnipresentes en muchas universidades católicas.

7. ALGUNOS MITOS DOCENTES

A través de sus funcionarios imperiales, la universidad introyecta una serie de mitemas contrarios a su identidad, que queremos denunciar y combatir por nuestra parte. A continuación vamos a proponer, con ayuda de la impagable mitología griega⁴², algunos paradigmas que pueden ayudarnos para perfilar aspectos de la verdadera dimensión docente.

7.1. LA DOBLE MORAL, MITO DE JANOS

Jano, el dios romano de las dos caras (January, enero, mira por una cara hacia el año viejo, y por otra hacia el nuevo), pide una tajante división entre la vida privada y la vida pública, social, e incluso laboral del docente. Y no pocos docentes viven bajo el signo de Jano: vida privada y vida pública nada tienen que ver, se puede ser un buen profesor de teoría y un negador de la misma con la vida que se lleva, pues por esto último no le pagan. Sin embargo, este dogma laboral de la autonomía de la privacidad es falso, porque en el mundo real lo privado y lo público se entremezclan, ya que el agente de la vida es uno y el mismo, simultáneamente fuera y dentro. Las intersecciones entre la vida pública y la privada tienen su raíz en la unidad de la persona humana, que es –recordémoslo– un dentro que necesita un fuera y un fuera que necesita un dentro. La naturaleza humana es la misma en la cátedra y en la intimidad del hogar. El maestro lleva a casa sus cualidades personales, nadie se puede despojar de sus hábitos, positivos o negativos. La persona que no lleva una vida privada digna no puede ser un docente público digno: al final surge la indignidad del indigno, donde y cuando menos se esperaba. El docente que no es buena persona no es buen docente. Cabe también dudar seriamente que el mal docente pueda ser hombre bueno, porque en tanto que docente malo hace daño a los demás. El perezoso en la vida privada no puede ser un buen maestro, porque enseñará desde lo pasado sobrepasado. Como se comprenderá, en este mundo resulta muy duro ser un docente en lucha contra el liberalismo que escinde lo privado y lo público.

42 Cfr. Zagal, H: *Empresa, ética y posmodernidad*. Universidad Panamericana. Facultad de Filosofía, México, 1997

7.2. LA SUPERFICIALIDAD, MITO ANTICASANDRA

Cassandra, sibila o profetisa troyana que había recibido el don de la profecía junto con la maldición de que nadie iba a creer lo que profetizaba, pocos amigos tiene hoy en la escuela, que está contra quien profetice “desgracias”. ¡Desgraciado el maestro que –como Cassandra– alerte contra aquello que el Imperio quiere enseñar! Para ser un profesor acreditado hay que pasar sobre los problemas como si no existieran, mirar a otro lado: tampoco hay que buscar tres pies al gato, nada de fundamentos teóricos ni mayor profundidad con la que superar el desorden establecido, nada de contrarrestar lo mucho que sabe el Imperio contra la humanidad. Sin embargo, cualquier modelo ético no vale para cualquier escuela, ni cualquier teoría es compatible con la mínima dignidad. Y hay que prepararse muy bien para fundamentar con rigor lo que se enseña, ya que no cualquier discurso vale para cualquier vida.

7.3. EL FORMALISMO, MITO ANTIHÉRCULES Y ANTIMINOTAURO

Como condición para recuperar su libertad, Hércules fue sometido en Grecia a doce pruebas. Del mismo modo, el Minotauro, terrible animal que asolaba Creta (Minos), contra fue encerrado por el rey Minos un laberinto hasta que encontrase la salida. Pero ni Hércules ni el Minotauro están de moda, ya que según muchos docentes en la escuela no estamos para salir del encierro y ganar la libertad, sino para manifestar cortesía y cortesía a quien nos paga, para alcanzar tranquilidad, dieta blanda, alfombra, sillón, seguridad. Para ser buen profesor basta con ser un no mal profesor, con ocultar los talentos bajo un celemín sin intentar hacerlos fructificar: no el sí, sino el “yo no vi, no hice, no dije, no fui”. ¡Como si no hubiera que hacer ingentes y acuciantes trabajos de Hércules en la escuela para servir humildemente a un solo niño, Dios mío! ¡Como si en la escuela estuviésemos para que no nos pasara nada, y no para que nos pase de todo! La escuela no es una sociedad aseguradora, sino creadora de riesgos en favor del ser humano. No vamos al alumno con un cursi ramillete de habilidades bajo el brazo para que aprenda a subir y bajar la escalera sin enseñar el tobillo, ni para manejarse en lo políticamente correcto, para nada de eso que tan fácilmente asume el sistema. Todo eso, si no es más que eso, no es más que una enseñanza sostenida con alfileres.

7.4. EL EFICACISMO, MITO ANTIMINERVA

Contra Minerva, la diosa de la sabiduría que nació de la cabeza de Júpiter sabiéndolo todo y sin haberlo aprendido de nadie, se proclama hoy que lo importante en la escuela no es la sabiduría, sino los ejercicios. Curiosa paradoja con que los docentes enemigos del testimonio práctico defienden a capa y espada todo tipo de “prácticas”: juegos, bailes, cuentos, modelado, manualidades, etc. ¡Como si el conocimiento de la partitura impidiese su ejecución, como si el estudio técnico de la ética impidiese la lucha concreta por la justicia! Verdad es que con sólo estudiar

do-re-mi-fa-sol no se toca aún ningún instrumento, pues nadie se convierte en pianista sin piano donde practicar. Pero no es menos cierto que para ser un pianista profesional hay que estudiar mucho solfeo, muchas horas de teoría. Ahora bien, cuando se está vacío antropológicamente, vacío teológicamente, vacío místicamente, se hace una cultura vacía, una cultura del vacío, y se lleva una vida llena... de vacío. Tocaremos música sólo de oído, sin solfeo, oiremos campanas sin saber de dónde viene el sonido, y no seremos músicos porque verdadero *musikós* es el que tiene buen trato con las Musas y nota cuándo se toca sólo de oído, encontrándose incluso con lo eterno eufónico al oír los rumores del silencio ejercido: “Algunos de los discípulos habían salido a escalar una montaña cubierta de nieve. Un silencio cósmico lo inundaba todo, pero ellos querían averiguar si había algún tipo de sonidos durante la noche. De modo que pusieron en marcha una grabadora, la dejaron a la entrada de la tienda y se fueron a dormir. Cuando regresaron al monasterio verificaron la grabación que habían hecho: ni un solo sonido, el más absoluto silencio. El maestro que estaba escuchando la cinta dijo de pronto: ‘¿No lo oís?’ ‘¿Oír qué?’ ‘La armonía de las galaxias en movimiento’. Los discípulos se miraron unos a otros, completamente asombrados” (Tony de Mello).

7.5. EL IMPERSONALISMO, MITO DE HERMES

Hermes (Mercurio en Roma), dios mensajero e intérprete de todos los idiomas, aunque a la vez ladrón y traficante de ganados, ¿qué grado de confianza podría merecernos como traductor? *Traduttore, traditore* (traductor, traidor). No pocos maestros se alían con Hermes para traducir mal. Tra-ducen, es decir, entregan reproducciones de lo que les han dicho que digan, y ahí se termina todo: dice Aristóteles que dice Platón que dice Sócrates. Jamás han ido a comprobar si era verdad ese decir de decir; y, sobre todo, jamás dicen nada por cuenta propia, jamás sostienen en la escuela nada en primera persona. Hoy resulta sencillamente aterradora la carencia de experiencia personal entre quienes deberían tenerla más. ¡Cuántas aulas llenas de enseñantes están a la vez vacías de maestros! Sin embargo, el maestro no debe fiarse por principio de cualquier cosa que llegue a sus oídos, sino que debe comprobarlo por sí mismo, no acumular sabiduría de tercera mano, “dicen que dicen que dicen”, sino ir a las cosas mismas, verificar lo más cerca posible de las fuentes los saberes que imparte. ¿Qué creyente sería el que dijese “yo no creo, pero creo que creo lo que éste cree”, y así sucesivamente?, ¿es creer uno mismo el creer que hay otros que creen?

7.6. LA HIPERESPECIALIZACIÓN, MITO DE VULCANO Y DE PROMETEO

Vulcano, dios ígneo y metalúrgico, era capaz de producir cualquier cosa, incluso hombres de metal que le obedecerían en la fábrica, antecedente de la robótica. Por su parte Prometeo quiso robar el fuego a Zeus para entregárselo a los mortales, antecedente de Robin Hood. Según no pocos, también en la escuela de

hoy la división del trabajo se impone: si en la ocupación técnica se transforma el mundo externo, en la enseñanza sólo el interior de las personas. Los defensores de este mito aplicado a la escuela aseguran que el currículo se ha de compartimentar en asignaturas independientes; sólo si desde fuera logramos que alguien establezca alguna interdependencia entre esas materias, habremos logrado salvar los muebles de nuestro proyecto educativo. Pues no. En la fragua escolar nosotros no renunciamos a nada, pues la mejora debida a la enseñanza ha de servir tanto a las personas como las estructuras en que ellas conviven. Cada materia es un reflejo del microcosmos sapiencial; no se trata de que todos tengamos que saber de todo, sino de estar abiertos a todo desde cada segmento del saber. Además las problemáticas son comunes, porque son del ser humano, y hay que abrir vasos comunicantes en lugar de cerrar compartimentos estancos. La formación interdisciplinar es condición necesaria para el establecimiento de una enseñanza completa, personalista y comunitaria. No estamos esperando a que Prometeo nos entregue el fuego robado, ni a que Vulcano nos fabrique robots sustitutorios de la persona. Cada docente comparte amorosa y activamente el mismo fuego.

7.7. EL SERVILISMO, MITO ANTIANTÍGONA

Antígona, obedeciendo la ley eterna, muere martirialmente por desobedecer las leyes positivas de la ciudad, porque éstas son injustas. El Imperio lo sabe, pero ¿cómo consigue el Imperio que todos sus borregos balen siempre al unísono? Eliminando a los que no lo hacen. ¡Qué solita te has quedado, Antígona! ¡Cuántos docentes corren en dirección contraria a la tuya, es decir hacia el Boletín Oficial del Estado! Pero no. A pesar de tantos malos maestros, meros siervos de las leyes positivas legiferadas, tampoco nosotros venimos a la escuela a obedecer las leyes de la ciudad cuando éstas contradicen a la ley eterna. La escuela es para que lo eterno fructifique, pues la verdad es la verdad, la diga Agamenón o su porquero.

7.8. EL CURRICULISMO, MITO DEL LAUREL OLÍMPICO

Como es bien sabido, los atletas griegos competían exclusivamente para recibir como premio una corona de laureles, y del mismo modo muchos docentes nos dedicamos a buscar el reconocimiento exterior, cuando el premio está en el enseñar bien, alcanzando así la virtud. Ahora bien ¿de qué te sirven todos los laureles, si pierdes tu escuela? Los incentivos pueden facilitar la acción del acto virtuoso, pero no sustituir la virtud misma. Mal va una sociedad si, para que la gente trabaje honestamente en su profesión, ha de comprarse o recompensarse su honestidad, la cual debería ser el sustrato básico e indiscutible de cualquier acción. Las recompensas externas son necesarias, pero no suficientes, porque la motivación hacia el bien ha de venir del interior de las personas.

7.9. LA FRUSTRACIÓN, MITO DE SÍSIFO

Como Sísifo, condenado a resbalar eternamente dejando caer su gruesa piedra cuando está llegando a la cumbre liberadora, muchos docentes son Sísifo mientras no obtienen un puesto de trabajo fijo, y Zeus cuando lo obtienen. Una vez en el sillón, procuran desquitarse con el alumnado. Cuando eran interinos odiaban el examen, ahora lo multiplican sobre las cabezas de sus alumnos con refinada saña. Cuando eran esclavos hacían lo que los otros querían; no han aprendido a ser servidores: servidores son los que hacen lo que los otros necesitan. Hay una diferencia abismal entre satisfacer deseos y satisfacer necesidades. Pero no. El buen profesional no es sistematizador de prohibiciones y frustraciones del tipo “si seré sabio yo, y tontos ellos, que este año he reprobado al noventa por ciento de mis alumnos”. Repruebo, luego existo. Si seré profundo, que no ha habido nadie que me entienda a mí, Magister Perfectus Cretinus. Desde luego, esta actitud tampoco hace buena su extrema opuesta, casi siempre vinculada a desórdenes de carácter del docente mismo: “apruebo a todos, luego soy un gran profesor”. La cuestión no es reprobar o aprobar, sino vivir la vida con seriedad. La lealtad y el afecto que sembramos en el aula no proceden del miedo a la reprobación o del halago de la corona de laurel, ni de las amenazas, ni del control que tenemos de sus vidas a través de las calificaciones, sino de la identidad como maestros. Si yo le vendo a un sinvergüenza la Torre Eiffel, muy probablemente me pagará con un cheque de hule. Expediremos igualmente cheques falsos, títulos sin valor, si con ellos a la vez no ayudamos a promover verdaderas personas en una comunidad de libres. Un sistema de títulos falsos certifica la falsedad de todo el sistema socioeducativo, y falsedad tras falsedad terminamos cargando a los políticos con las culpas de todos, según la fórmula del chivo expiatorio.

Seamos, pues, dignos de nuestra vocación. Fieles a ella, alcanzaremos niveles muy importantes para la sociedad y para todos; no por nuestra perfección siempre frágil, pero sí al menos por la eternización del impulso que hay en nosotros, y porque al fin y al cabo trabajamos con personas humanas, no con cosas. Si el docente no está dispuesto a pagar a las personas que le permiten el gesto maravilloso de enseñar, corre el riesgo de estar dispuesto sólo a cobrar: los verdaderos maestros están dispuestos no sólo a pagar con dinero, sino a regalar la vida misma. Para eso es necesario pasar de una cultura del yo a una cultura del tú en una cultura del nosotros.

8. DE LA CULTURA DEL YO A LA DEL NOSOTROS

“¡Singular y asombroso el destino de un pueblo
como los Guaraníes!
Marginados y periféricos,
nos obligan a pensar sin fronteras.

Tenidos como parcialidades,
 desafían la totalidad del sistema.
 Reducidos, reclaman cada día
 espacios de libertad sin límites.
 Pequeños,
 exigen ser pensados a lo grande.
 Son aquellos primitivos
 cuyo centro de gravedad ya está en el futuro.
 Minorías, que están presentes
 en la mayor parte del mundo”⁴³.

Los guaraníes son una sociedad sin Estado, mantienen una economía de la reciprocidad, y su sistema simbólico se encuentra vehiculado por una lengua donde el “nosotros” es central. “En la sociedad guaraní no había propiamente caciques. La autoridad residía en los *Ñande Rú* que son personas cuyo poder es no tener poder, porque su prestigio les viene de su palabra en y para la comunidad. Por esto la forma política por excelencia de los Guaraníes era y es el *aty*, esto es, la asamblea en sus diversos niveles y formas. Hay los *aty* informales que son apenas consultas entre vecinos y hay los *aty guasú*, que llegan a congregarse a los jefes de familia de toda una zona o región. Es fácil reconocer en estos *aty* los ideales democráticos que el Estado suele colocar, en realidad con éxito muy limitado, en los Parlamentos. Ser pobre es un ideal comunitario que derriba, por lo menos idealmente, las barreras de la fragmentación y la separación de los grupos. El derecho de los pobres hace temblar con frecuencia a los que tienen más, porque difícilmente se les puede negar la razón y la lógica de la igualdad y de cooperación que viene exigida por una sociedad realmente democrática. No conozco ninguna sociedad que se construya sobre un ideal de comunidad de los ricos: en los ricos no hay comunidad posible, ya que por definición son excluyentes. Los hombres pobres son generalmente la expresión de la solidaridad. En el *poriahu* hay una especie de contracultura, que sin embargo ejerce una profunda fascinación. Representados como arcaicos y atrasados, los *poriahu* se proyectan como la figura de una acabada sociedad utópica y perfecta, en la que todos tienen todo. Una sociedad de pobres apunta a una solidaridad, que la sociedad de los ricos está empujando cada día más atrás”. ¡Magnífica patria guaraní, humana etnohistoria, tarde te amé! En guaraní no existe sólo un término que indique al “yo”, más bien éste se ve sustituido por el nosotros, con múltiples acepciones: nosotros masculino y femenino, exclusivo o incluyente. El guaraní responde a un tipo de cultura centrada en el “nosotros”, lo cual contrasta fortísimamente con nuestra cultura fundamentada en Descartes, en el idealismo posesivo de Hegel, en la cultura del “yo” solitario, pensante pero no sentiente, sin el tú y desde luego sin el nosotros. Sorprende que a esta cultura solipista pueda denominársela avanzada frente a la bárbara: ¿cómo podríamos tildar de primitivas y de bárbaras a las que han construido una forma de pensar y de hablar

43 Cfr. Meliá, B: *El Paraguay inventado*. Centro de Estudios paraguayos, Asunción, 1997, p. 50

personalista y comunitaria?, ¿acaso la obra de los civilizados debe consistir en la intensificación del yo sin el tú, del yo contra ti, finalmente del yo al margen del nosotros?

La burguesía ha tratado de plantear la vida como un *quid pro quo*, cuando lo que es necesario plantear es justo lo contrario, un *quod pro qui*. En efecto, *quid pro quo* significa tomar algo como si se tratase de alguien, tratar a las cosas como si fuesen personas, comportamiento característico del Occidente neorrónico, donde se piensa que las cosas hacen a las personas, tanto tienes tanto vales. No. Es necesario descubrir el camino de vuelta, el camino que va de las personas hacia las cosas. Trátase de un nuevo acercamiento de los pronombres, pero en este orden: del ello al él; del él al tú; del tú al yo; del yo al yo-y-tú; del yo-y-tú al nosotros personalista y comunitario. Existe en nuestro pequeño mundo burgués la tendencia de intentar cosificar a las personas; pues bien, nuestra propuesta será la de personificar a las cosas, dotar a los objetos de su sentido humano, dirigirnos al cosmos como lo hacía aquel Francisco de Asís, que no hacía del yo un campo de palabras prohibidas ni una ecología destruida.

Capítulo III

ENSEÑAR PRACTICANDO LA FE

1. LA ACCIÓN EDUCATIVA CATÓLICA. NIVEL UNO: SUSCITAR UN DINAMISMO QUE NACE DE LA ACOGIDA

Nuestra tarea educativa exige hacer de nuestras escuelas lugares de acogida y no de aparcamiento, desde los cuales pueda el alumnado recogidamente distenderse: acoyo al otro para, y el otro se da al otro; no lo acoyo para mí, lo acoyo para sí, de modo que él no se ensimisme sino se alterifique. Contra lo habitual, contra esas escuelas *light*, refugio o invernadero, donde se superproteje al niño mimado, jardines de infancia que no son sino el burdo rediseño del Jardín del Edén, frente a esas fábricas de adolescentes aparcados y ya difícilmente adaptables a una vida que si es humana ha de ser también riesgo, complicación y aventura, frente a ellas es menester “alterificarse”, hacerse otro (*alter*), con-vertirse. Escuela, pues, de proximidad, semillero de fraternidad, seminario de misiones, donde nuestros propios alumnos deberían “hacer prácticas”, comenzar a “tocar pobre” (dicho sea con todos respetos para los pobres), de forma que lejos de rehuirles vayamos aprendiendo alumnos y profesores a amarles y a dejarnos salvar también por ellos, pues ¿por qué no llevar de forma gratuita, –¡sin pretender que desgraven esas horas de “apostolado”, sin pedir que luego sirvan para nada!– por qué no llevar de forma gratuita, decimos, la solidaridad práctica a la escuela cristiana?

¿Lo impiden los padres? ¡Pues entonces trabajemos también con ellos en esa dirección, porque familia que comparte con los pobres unida sí permanece unida! De lo contrario estaremos haciendo de nuestra escuela y de nuestras familias oscuros ghettos para refugiados de una guerra que –por paradoja– van a perder, por vivirla a la defensiva. Evitar la guerra al precio de atrincherarse y de armarse hasta los dientes, insomnes al otro lado de los parapetos y de las puertas tres veces blindadas, eso puede ser tal vez el proyecto educativo de la ciudad posmoderna, pero nunca el diseño pedagógico de un centro por católico abierto universalmente, inexpectivamente.

Una escuela con el debido dinamismo de acogida planta su tienda allá donde más necesidad ve, como lo hicieron en su día los grandes pedagogos cristianos con los niños de las casas más humildes, donde nadie enseñaba letras cristianas. Sí, era eso lo que hacían: encaminar sus pasos desrutinizados (es decir, caminados fuera de sendas trilladas y de rutas sobadas), deshacerse para hacer ser a los demás. ¿Por qué no practicar esa acogida en mayor medida desde la opción preferencial por los pobres, aunque los pobres den menos dinero, dicho cruelmente? Y si ya se ha intensificado el paso hacia esa dirección, ¿por qué no apresurarla aún más, en un mundo donde el Estado se compromete a escolarizar, pero del que sigue faltando opción preferencial por los más desestructurados? ¿por qué no hacemos decididamente el camino pedagógico que va de Jerusalén a Jericó? Los campos donde actuar son al respecto desgraciadamente casi infinitos. Dada la cantidad de sufrimiento y de miseria existente en el mundo, donde tres de cada cuatro pasan hambre, hemos de subvenir presencialmente a esos hermanos; el rostro de la viuda y del huérfano piden como ayer nuestra presencia y nuestro consuelo, sin olvidar que quien consuela fácilmente fanfarronea. No para creerse salvadores, sino para aprender a auxiliar a la pobreza ajena (para transformarla, si se puede) viéndola al menos de cerca, lo que evitará que nos convirtamos en gente biempensante y de élite, siempre con mala conciencia y siempre hablando de oído, y escribiendo a distancia respecto de aquellos a los que decimos querer “salvar”.

Los pobres son los que más agradecen, los que te dan infinitamente más de lo que tú puedas pensar en darles. Me contaba un preso que un día trasladaron a su mejor amigo del penal en el que estaban y, no teniendo éste nada que darle, se arrancó un diente y se lo entregó. Los pobres siempre dan sus dientes cuando no tienen nada más. Quien ignora a los pobres no descubre la propia riqueza. Quien no se hace pobre con los pobres no se enriquece. Y quien no se enriquece con la lucha superadora de los más pobres no se enriquece con la propia. Uno descubre a través de lo que hacen los pobres, y desde la propia pobreza, todas las posibilidades que se albergan en el alma.

Hay papás que creen que por tocar pobre sus hijos van a echarse a perder; entonces los sobreprotegen, los rodean de guaruras, miedos, etc. Sin embargo, el mejor regalo que pueden darles a sus hijos es que descubran el rostro de la viuda, del huérfano y del extranjero. No que les impermeabilicen con una capa de protección.

1.1. LA FECUNDIDAD DE LA ACOGIDA SOLIDARIA DEL DOLOR

Existen muchos mecanismos de insensibilización ante el espectáculo del dolor ajeno, a veces contruídos subconscientemente por nosotros mismos para preservar nuestra felicidad: imposibilidad de atender a todos los que sufren, impotencia real, confianza en que Dios les echará una mano y allá Dios, yo no soy vicedios, ellos no sufren tanto, tú transfieres tu propia angustia sobre ellos, no se puede

hacer nada, para eso están las instituciones, siempre ha sido así y tendrá que ser así, la humanidad no vale tanto, aprenderá de sus propios errores, etc. Y, cuando sale un líder rebelde, no pocas veces sus propios sucesores ya adormilados truncan en las siguientes generaciones su utopía. Lo cierto es que el mundo sigue como siempre, aunque hoy tenemos todos los medios técnicos para que la gente no pase hambre ni frío. Sobra producción, falta voluntad de reparto.

En el fondo, un pánico cerval al dolor. Se dedican muchas horas a la lucha contra las huellas del dolor, por ejemplo contra la arruga, cuyo antídoto destructivo pretende ser el arte de la cosmética. Más gente de la debida gasta mucho tiempo cosmetizando su cosmos, reduciendo su ética a dietética. Esta sociedad está convirtiéndose en analgésica a cualquier precio, antes de que nos duela ya nos hemos puesto la venda. Por miedo a la vulnerabilidad trabajamos para habitar una cápsula tranquila, a distancia, tecnoburocrática. La aspiración máxima es trabajar de funcionarios en nuestra cápsula tranquila sin que nos falte nada, procurando que sobre. Luego no entendemos el malestar de nuestros hijos si tienen todo lo que necesitan y les hemos comprado todo y un poco más, incluso les hemos comprado a ellos.

¿Cuántos colegios de la Iglesia llevan a sus alumnos a tocar pobre, a ver al menos una realidad existente y de otra manera jamás interpeladora? Al contrario, trabajan por ocultarlos. Toda nuestra bibliografía se endereza en última instancia a insensibilizar frente al dolor. Los papás verían muy mal que sus hijos oliesen a los pobres, que tuviesen clases prácticas de pobreza en las chabolas, pues lo que demandan fervorosamente es todo lo contrario: poner entre los pobres y sus hijos el muro de Berlín. Y por evitar el muro de Berlín cae encima de sus hijos el muro de las lamentaciones, pues sólo quien se deja interpelar por el ajeno dolor puede asumir mejor el estatuto fáctico de su propia desventura.

Ha caído el muro de Berlín, pero los demás muros no. Sólo los perros acuden a lamer las heridas del doliente, no los hermanos a hacerse cargo de ellas samaritanamente. Y el herido se muere solo, pudriéndose en su alarido. Ante el Job anonadado de hoy, sólo el agrio rostro de su mujer acude para gritarle con blasfemo horror: “maldice a Yahvé y muérete”⁴⁴. Ahora bien, si queremos vivir como personas tenemos que reivindicar nuestra identidad samaritana con el dolor de las víctimas⁴⁵, especialmente de las más desvalidas. Cuando se anestesia ese dolor se

44 *Jb*, 2,9

45 Cfr. Habermas, J: *Fragments filosófico-teológicos*. Ed. Trotta, Madrid, 1999. Habermas coincide con Metz en que un cristianismo helenizado se ha dejado distanciar tanto de su propio origen de Israel, que se ha vuelto insensible al grito de sufrimiento y a la exigencia de justicia universal, por eso hay que reconectar la razón comunicativa griega y la razón anamnética judía (memoria). Tras Auschwitz urge desactivar el platonismo en favor de una “cultura de la extrañeza” y del recuerdo que mantenga viva la desazón y que estimule la expectativa escatológica. La Iglesia, que reflexiona sobre los límites de su historia eurocéntrica para armonizar la doctrina cristiana con las culturas no occidentales, no puede partir de la idea de un cristianismo ahistórico y supracultural.

insensibiliza el sentido de la urgencia, y las cosas pasan a hacerse con inercia y de forma burocrática; cuando las cosas pasan a hacerse con inercia y de forma burocrática terminan por no hacerse, y la apostasía adulta sustituye a la rebeldía o herejía de los años jóvenes⁴⁶.

Sólo lo que me duele existe con existencia verdaderamente personal. La vida no se comporta según aquello tan cartesiano del “pienso que me duele, luego me duele”, sino según esto otro tan real de Kierkegaard: “me duele, luego existo”. Un signo de que el dolor me duele es la celeridad con que procuro luchar contra él. El mundo está para que le operen de urgencia. El dolor es incompatible con la pereza. Por eso, en el principio de toda conversión está el dolor, un dolor que necesitará para poder ser entendido estar acompañado por un examen de conciencia. Pero no es antes el examen de conciencia intelectual que el dolor de contricción o de aflicción. Si comienzas por el examen no llegas al dolor; si comienzas por el dolor, tu examen de conciencia revolucionaria podrá ser fecundo. Si te duele, es que estás vivo. Pide, pues, como una gracia, un corazón empático capaz de llevarte de la razón dialógica o racional a la razón profética o existencial⁴⁷. Teme como una desgracia la impermeabilización o cloromorfización de tu conciencia.

1.2. EL DOLOR, CUANTO MÁS LIMITADO A TU EGO, MENOS RICO HUMANAMENTE

Pero ¿cómo habría que hacer para desarrollar una conciencia algésica y sin embargo feliz, dentro de lo humanamente posible? Sentirse interpelado por la ajena des-gracia es de suyo una gracia, un don sentir sobre tu nuca el hambre ajeno cuando tú no lo tienes. Aunque te haga sufrir. Y es también un don celebrar ese dolor que te hace reaccionar y seguir trabajando cuando otros desfallecen, para lo cual habrás de asirte a Dios, o sacar fuerzas de ti mismo y de otros que están ahí contigo, lo cual no es incompatible con lo anterior.

Ese dolor no se aguanta si no es desde una opción por él. Si a tu pregunta: “¿dónde me gustaría estar ahora mejor que en ningún otro sitio?” respondes que “aquí”, en este dolor solidario y esperanzado, entonces tú serás militante, hijo mío. La verdadera oración es estar allí donde tu corazón te lleva. Pregúntale a tu corazón dónde quieres estar, y no estés en ningún sitio donde no desees estar, pues allí

Según Michael Theunissen, el texto de Lucas 17,1 –“el Reino de Dios está en medio de vosotros”– significaría que la libertad comunicativa de uno no puede ser completada sin la libertad realizada de todos los demás. Sólo superaremos el desesperado no-querer-ser-uno-mismo y el desesperado querer-ser-uno-mismo si ponemos nuestra intersolidaridad ante un Poder infinito; la persona puede ser ella misma en su libertad finita si se libera de ser-uno-mismo narcisista autoclausurado y regresa a su propio ser-uno-mismo desde la comunicación con los otros que se da en la cercana distancia del Otro por antonomasia. Estas tesis las lee Habermas únicamente para llevarlas al terreno de la inmanencia desde su ateísmo metodológico: aceptando cuanto significa memoria y diálogo, pero rechazando cuanto de escatológico haya en los discursos ajenos.

46 Cfr. Guardini, R: *Ética*, BAC, Madrid

47 Cfr. Díaz, C: *De la razón dialógica a la razón profética*. Ed. Madre Tierra, Móstoles, 1991

donde está tu corazón, allí está tu oración. No le des más vueltas después de que hayas reflexionado suficientemente, es tu opción. Si por el contrario te cuesta mucho, durarás poco. Constreñido, en lucha, en tensión interior, no harás nada. Será mejor que te vayas, porque en esto no se puede estar a base de puños, sino de amor consentido.

Amor con-sentido. Sólo per-se-veran en esto quienes viven la misma opción. Si tu esposa o esposo no están en esto, mala cosa. Quien no viva esto familiarmente terminará fuera de esto. La verdadera familia gana en dimensiones: cada uno de los sujetos se convierte en dos con el matrimonio, y los hijos van añadiendo dimensiones nuevas. Por tanto, el dolor militante gozosamente con-vivido y compartido te hará perseverar.

Dos medidas de riqueza algésica: la primera, que no nos duele solamente lo nuestro y lo de nuestra familia, pues cuanta menos gente te duela, más pobre axiomáticamente es tu dolor: el dolor, cuanto más limitado a tu ego, menos rico humanamente. La segunda es la profundidad de la herida. Del costado herido de Cristo surge su Iglesia, herida ancha y profunda para lo eterno. Morirse erguido y enhiesto por esa herida abierta a la gracia del encuentro constituye la vocación cristiana. Quedará para siempre fecunda la sangre martirial. Quien pretende salvar su vida la perderá, si no la sabe abrir a los hermanos sufrientes. Seremos polvo, sí, mas polvo enamorado; morimos, sí, pero al hombre viejo insolidario.

Todos morimos, unos a una cosa y otros a otra; vamos muriendo poco a poco para aquello que no ejercemos; puedo morir a la fidelidad y entonces encerrarme en mi ego excrecente, o morir a la infidelidad y de esa manera renacer para lo eterno. Está claro que ellos, los amaestradores de los perros del masoquismo y del hedonismo, no ejercen el amor que el dolor solidario propicia, por eso serán devorados por su propia rabia predatora. Son ellos los que están muertos, ¿cómo van a creer en la vida eterna, si ni siquiera viven en esta vida a lo que verdaderamente la eterniza? Su odio contra lo noble que eterniza no es más que resentimiento contra quienes sí viven ya anticipadamente su vida eterna. Ellos llaman vida solamente a la costumbre de ir muriendo. Hacen tiempo para matar el tiempo. Toman por ultimidad la penultimidad de su yo clausurado.

1.3. EL DESAFÍO DEL MESTIZAJE UNIVERSAL

El mundo vituperará a ese docente cristiano como aguafiestas pesimista e insuficientemente ilustrado, y la soledad puede hacerte mella si te descuidas, llevándote el miedo a ejercer la libertad a retornar al redil de los usos comunes, al fondo de la caverna; por otra parte, la docencia te costará muchas cosas: dolor por el dolor del otro, tiempo (lucro cesante), dinero al no prestarte a la corrupción pequeña o grande del ambiente (daño emergente), descrédito, y acaso persecución o al menos postergación, ostracismo, que es la moderna forma de martirio en los países democráticos.

Como respuesta, el riesgo es volverse fóbico, elitista, condenador, despectivo, misántropo. Si uno se descuida, terminará odiando, destruído por el odio propio al que el odio ajeno le impulsó. El alma bella deviene corazón duro: aquí se acaba el docente cristiano y aquí la conversión cesa, pues no puede adoptar otra posición que la alopática respecto del mundo: devolver bien por mal caminando hacia un real mestizaje del dinero, porque el color dominante no es el de la piel, sino el del dinero, y el recesivo el de la raza. ¿Quién no prefiere la vecindad de un negro famoso y rico, antes que la de un marroquí pobre, aun siendo el marroquí menos negro? Si acaso fuera verdad (y ojalá que lo fuera) que “los racistas son una raza en extinción” (Umberto Eco), mucho nos tememos que el otro y verdadero racismo, el del color del dinero, no resulte tan fácil de extinguir. El binomio poder-dinero es el racismo que excluye.

El color del dinero exuda violencia y es homicida desde el origen, diabólico, por eso nos tememos mucho que ni la Cruz Roja, ni la Media Luna Internacional (“internacionales débiles”) lleguen jamás a disponer de las suficientes cantidades de plasma sanguíneo como para transfundir en las venas de los empobrecidos la sangre que los ricos les roban, pues a la hora de la verdad toda la sangre resulta ser roja y transfundible, benéfica incluso para quienes pretenden poseerla azul. Puede que ya no exista ninguna internacional obrera, pero permanece en pie la internacional de la sangre, de una misma sangre, la humana, aunque en su universal circulación no funcione para ella la ley de los vasos comunicantes como corresponde a todo fluido, sino únicamente su vampirización unidireccional. Obviamente, con el banco de sangre que brota de la herida abierta de los pobres de la Tierra se alimentan los Bancos comerciales, cuyos dólares no son otra cosa que sangre derramada del altar victimatorio en que se consuma el crimen de lesa humanidad a costa de los pobres llevados al matadero. Ante un Banco comercial ¿cómo no recordar la sangre de los pobres allí dispuesta para una comercialización cuyos beneficios irán a las venas de los ricos? Recordémoslo, no obstante, sin ira, pero con voluntad de justicia.

Este es el clamor mestizo: ¡Trátame como a un ser humano!. Y este es su camino, el proceso de su racionalización y de su progrediente asunción vital, desde el nivel preconvenional (en que la instancia para juzgar es el egoísmo), al nivel convencional (donde la instancia para juzgar son las normas de mi comunidad), y finalmente al nivel posconvencional (donde la instancia para juzgar son los principios comunes a toda humanidad). Una sola forma de medir mestiza, universal, puede oponerse a la extendida convicción de que para crear una frontera sólo hacen falta soldados que obliguen a los demás a creer en ella. En el paisaje propiamente dicho no cambia nada, la frontera está en la mente del poderoso.

1.4. CONVERSIÓN PERSONAL: LAS RAZONES DEL SÍ AL PRÓJIMO

No son las instituciones las que hacen al hombre nuevo; es un trabajo personal del hombre sobre sí mismo en el que nadie puede reemplazar a nadie. Las ins-

tituciones nuevas pueden facilitar la tarea, pero no asumirán su esfuerzo. Incluso las mismas facilidades que le procurarán, si a ellas no les arrastra otro vigor espiritual e interior, le conducirán lo mismo a la relajación que a la renovación. Las políticas juegan con nuestras cobardías. Nos hacen esperar nuestro sueño de un milagro institucional y nos alejan al mismo tiempo del esfuerzo orgánico siempre urgente. Deberían presentarnos la revolución institucional como una condición necesaria para dar el impulso que desatascaría la máquina pública, y no como el término mágico del mundo perverso y como su reglamentación a destajo. Deberían incitarnos a comenzar en nosotros mismos desde ahora un trabajo de conversión”. Así habló Emmanuel Mounier, y nosotros con él.

Experiencia de concentración de todo tu ser y de todo tu hacer. Ahora eres tú mismo, tú misma. Te has convertido en alianza, en símbolo, un anillo con otro anillo que forman un solo anillo. Y la alianza de la conversión es un anillo de anillos, una olimpiada anular. Lo contrario es la di-versión: estoy aquí, pero pensando en otro sitio, ahora aquí y mañana allí. La conversión es un cambio cualitativo respecto del comportamiento anterior. Cuando hablamos de conversión personal nos referimos a una mutación radical en los hábitos y costumbres de nuestra vida antecedente, mutación no violenta, ni inmediata, ni traumática, sino pacífica, tranquila, profunda y perdurable, siempre necesitada de mejora. Por eso conlleva una experiencia de concentración de las energías anteriormente dispersas, ahora encauzadas a la realización de una vida nueva. Los animales no pueden llevar a cabo semejante rectificación, el ser humano sí.

Desde ahí, las razones del sí al prójimo quedan iluminadas:

- Por memoria: quien está con-vertido a imagen del Dios trinitario (Padre, Hijo y Espíritu Santo con-vertidos entre sí en las procesiones intratrinitarias), tiene que estar asimismo, a imagen de la Trinidad, ad-vertido, vertido hacia los demás en la economía de la salvación, como lo está Dios hacia nosotros. Somos para los demás: no llega al yo quien no asume el hacia-ti-para-ti-contigo.
- Por entendimiento: lo irracional sería pensar este mundo tan a la deriva que de él ya no se pudiera dar razón. Pero, si creo que este mundo está bien cuidado, establezco un criterio de racionalidad teleológica: va hacia alguna parte, con causalidad eficiente (ontológica) y teleológica (para mayor gloria de Dios).
- Por voluntad: así como Dios creó el mundo de forma no arbitraria por racionalidad amorosa, así nosotros traducimos nuestro parecido con Él en razón amorosa. Así como Dios cuida de nosotros, así nosotros cuidamos de los demás, aunque escribamos derecho con renglones torcidos: nuestros pecados no nos separarán del amor de Dios.

- Por responsabilidad: ¿qué amor sería ese que no cuidara de los demás?
- Por racionalidad causal: por causalidad ejemplar (el ideal, el deber ser, lo eterno); por causalidad eficiente (por eficiencia); por causalidad final (por racionalidad teleológica); por causalidad material, causalidad que surge al final y no al principio. Sin una conversión, empiezas por la causalidad material reivindicante y ahí te quedas. Por desgracia, la causalidad material ha sido manejada siempre por cierta ideología que, con todos los respetos a quienes han dado la vida por ella, considero reaccionaria. Hace falta más aire. Todo esto con un *ethos*, un talante, un hábito de belleza, por la causalidad ejemplar, no solo eficiente ni final. La estética es el ideal, el deber ser, lo eterno. Y, porque hay causalidad eficiente, final y ejemplar, se traduce en causalidad material para transformar la sociedad, causalidad que surge al final y no al principio, como también surge al final el “yo” en el “soy amado luego existo”.

En resumen, el docente católico lo es gracias a otros. Libre, piensa por sí mismo. Desarrolla sus capacidades en plenitud para sí y para los otros. Dice sí cuando hay que decir sí, y no cuando hay que decir no, asumiendo las responsabilidades. Conoce la realidad, asimila ante ella un plan estratégico, busca una acción transformadora, vive de cara al ideal con utopía, y lo hace al margen de gratificaciones económicas. Y asume el sufrimiento propio y ajeno con humanidad, sin misantropía, manteniendo la fe, la esperanza y la caridad, la paciencia, el perdón y la alegría, porque el docente cristiano es una persona de vida consagrada.

2. LA ACCIÓN EDUCATIVA CATÓLICA. NIVEL DOS: POTENCIAR UN DINAMISMO DE ACOGIDA INTELIGENTE

Es célebre la emblemática frase de Napoleón: “Ciudadanos, la revolución está basada en los principios que la hicieron posible, es decir, sobre los derechos sagrados de propiedad, legalidad, y libertad. La revolución ha terminado”. Contra eso, analizar la realidad, estudiarla, exige ver por qué hay tantos pobres, por qué tanta grieta en el sistema, qué pasa en este mundo. La lógica perversa del capitalismo se sustenta en que una cantidad cada vez mayor de seres humanos han sido declarados prescindibles. Importa poco el destino de los excluidos, quizás aún menos sus culturas, sus valores, sus identidades nacionales y de comunidad, sus propias formas de producir, de distribuir, a no ser que sean reducidos al imperativo del mercado. Y para ganar al capitalismo esa partida, tenemos que cambiar las reglas y hacernos fuertes en la lógica de la verdad, que exige instrucción, buen criterio, y corazón maduro.

Hay quien cree que el mundo está mal porque los jóvenes son unos viciosos. En general tampoco se sabe cómo se solucionan los problemas de este mundo. Sin embargo, se pueden solucionar muchísimas relaciones disfuncionales del sistema, pero para eso hay que saber dónde duele. A veces, cuando los alumnos descubren que sus padres se engranan en el mecanismo de injusticia, rechazan este nivel. Mas, si existen tantas grietas, ¿por qué continuar con este sistema tan orondo tras la crisis del comunismo real, y no buscar más bien otro comunitarismo posible? Aquel nivel de la presencia testimonial en las grietas del sistema se quedaría en demasiado poco a medio y largo plazo sin la capacidad crítica y de contrapropuesta necesaria que brota del análisis reflexivo, pues mucha gente se mueve por opiniones más que por realidades.

No estamos en la enseñanza (primaria, secundaria, terciaria o cuaternaria) sólo para explicar los libros de texto ajenos, por bien escritos que estén y llenos de estimulantes lenguajes icónicos. Tampoco estamos para transmitir sin quitar ni poner, a modo de espejos transparentes, como si hubiera escuela neutral. Ni para fusilar tópicos con que ayudar a obtener títulos. Nada de eso constituye ni por remota casualidad lo esencial de un dinamismo de acogida inteligente, es decir, que va en pos de lo profundo de la realidad no autocomplacida en sus logros ni autocontentida en sus meras superficies, en sus tópicos, en sus aditamentos o adipsidades, por muy seriamente entregados que estemos (como debemos) al aprendizaje y docencia de los aspectos técnicos de las distintas disciplinas, cuyo esfuerzo propio y ajeno nunca ha de menospreciarse; desgraciadamente es verdad que cuanto más se estudia más se reconoce que menos se sabe.

Pero nosotros hemos llegado a la enseñanza para abrir mentes y desatascar corazones, para inscribir por montes, valles y cañadas con el sello de la vida un más alto, un más fuerte y un más lejos que no han de ser para uso privado ni para lucimiento subjetivista, sino para movernos más cerca de la altura, de la fortaleza con el débil, y de la allendidad de lo eterno que salva. Dicho de otro modo, acogemos al otro potenciando su acción inteligente dirigiendo su movimiento exploratorio hacia el fondo de la realidad para abrir con las propias manos el camino de la tierra, para pensar con ellas, para desescombrar con ellas y con ellas mismas descubrir el tesoro enterrado. Y puesto que la acción es la prueba de la inteligencia y del valor, enseñamos a pensar como personas de acción para actuar como personas de pensamiento. Desde ese punto de vista –y sin el menor resabio de pragmatismo– nos interesa menos lo que directa o indirectamente no sirve para transformar la realidad. Pero al decir esto también debemos tener cuidado para evitar un reductivismo practicista que no sería bueno: hemos conocido profesores de humanidades tan inhumanamente profesadas, que en ellas ni rastro quedaba ya de lo que hubiera debido constituir su objeto; por el contrario, unas matemáticas “inteligentemente” construidas pueden servir mucho a la humanidad, a pesar de su primera apariencia de inutilidad.

2.1. PROMOVER UN DINAMISMO DE ACOGIDA INTELIGENTE Y SACRIFICADO

Pero las escuelas valiosas a veces pagan por la defensa de su valor un alto precio: nadie ayuda a los otros sin que le cueste sudor, lágrimas, noches de insomnio, largos procesos de sufrimiento que, asumidos con esta orientación alterificadora constituyen –sin masoquismo– una prueba de altura vital. ¿Cómo redimir al prójimo de su ignorancia si no es estudiando mucho uno mismo?, ¿acaso no es verdad que el entendimiento alumbrado como las velas, derramando lágrimas, según dijera don Santiago Ramón y Cajal?, ¿y no es también cierto que quien añade ciencia añade asimismo cansancio, como afirma el Eclesiastés? Ahora bien, ¿con qué cara podríamos exigir que los profesores de nuestros centros estudiaran mucho, si les hacemos trabajar como estajanovistas, pero no les financiamos los necesarios tiempos de reencuentro con su propia profesión? ¿no tendríamos que tomarnos mucho más en serio su reciclaje, su puesta al día permanente, sobre todo cuando sabemos de la rapidísima obsolescencia de todas las habilidades profesionales?

Así pues, al sacrificarnos por el otro, al hacernos cargo de la carga de sus deficiencias, al auparle sobre el propio yo para que él crezca, comenzamos a ser para él argumento vivo de autoridad. La autoridad sin sabiduría es como un pesado cincel sin filo: sólo sirve para abollar, no para esculpir. Como sabemos, la autoridad nace del servicio y no del látigo: a más autoridad, mayor servicialidad, pues nosotros hemos venido no a ser servidos, sino a servir, conforme a la enseñanza de Cristo, el único y divino maestro, siéndolo todos los demás que lo sean por participación de ese divino magisterio.

2.2. IMPULSAR UN DINAMISMO DE ACOGIDA INTELIGENTE, SACRIFICADO, Y CRÍTICO

Pero, siendo muy espiritual todo esto, degeneraría en espiritualoidismo si no lo pusiéramos en práctica, si quedase reducido al estrecho espacio de cejas arriba, mero colofón para producir meras palabras, buenas conciencias. La primera exigencia del dinamismo intelectual consiste en llevar al terreno de la acción (de la causalidad eficiente) lo que prima en el orden de la idea (de la causalidad formal). Así pues, y en la medida en que nuestras ideas van contra el orden establecido y que trata de establecerse, así también habrá de ir nuestra praxis, pues no es primero la acción intelectual y luego la social, ni a la inversa, antes al contrario el suyo es un caminar sobre dos pies, cada uno de los cuales despeja la incógnita del otro y explora para él el terreno que ha ganado con su propio impulso. No aprendemos para la escuela sino para la vida, pero no podremos vitalizar nada sin un serio aprendizaje.

Si no se nos entendiera muy mal, pues, hablaríamos incluso de la necesidad de “islamizar” nuestra escuela, es decir, de dinamizar conjuntamente ideas y creencias, alma, corazón, y vida en un mismo canto y en un mismo encanto. Dicho de otro modo, y sin violencia física contra las personas, sin fundamentalismos, se

trata de luchar críticamente desde ese global dinamismo de acogida inteligente contra las fuerzas del mal, contra el pecado estructural, y no simplemente para irnos acercando al descansado estadio final de nuestra vida, ese que para el común de las escuelas suele terminar, cual sirena envejecida y varada, en la obtención del título de ingeniero, o de la plaza con moqueta y sillón.

La escuela que proponemos, en suma, invita a caminar hacia lo radical, aunque a muchos este lenguaje les parezca trasnochado e irrisorio, impropio de la (pos)modernidad; lo que sencillamente queremos decir es que todo esto exige fundamentar lo teológico como base del compromiso ético, y a su vez el fundamento ético situarlo como el nutriente del compromiso social militante en favor de los últimos. En definitiva, habrá que ver qué ética hay que desarrollar para qué economía (pues hay muchas éticas y muchos modelos económicos), y qué religión para qué economía: henos aquí viviendo la escuela como experiencia iniciática de un *homo teoeconomicus*, que no pierde de vista el peso de la cruz: dime qué cruz campea de verdad –y no tan sólo como ornamento– en tu colegio, y te diré qué tipo de ideario estás dispuesto a convertir en “realizario”. Todo esto comienza el día en que un niño pisa las aulas, siempre atemperando el aprendizaje a sus posibilidades individuales y al ritmo pedagógico que marque cada edad y el afán de cada día. A esto hay que enseñar, no a engordar pavos para luego situarlos bajo una campana neumática, ni a cebar grasientos felices.

2.3. INTELIGENCIA DECADIMENSIONAL

He aquí esas diez dimensiones o funciones básicas en las que la exploración rancio-cordial de la escuela consiste:

- el conocer el espesor histórico;
- el rigor formalizador;
- el orientar la autonomía moral;
- el promover la auto y heterocrítica;
- el enseñar a vivir en profundidad;
- el saber autocognoscitivo;
- el vivir estética y creativamente;
- el experimentar humorístico;
- el compartir solidario;
- el eternizar la esperanza.

De esas diez dimensiones surgen otros tantos imperativos intrínsecos:

Imperativo de la naturalidad: El saber sobre la naturaleza debe ser vivido desde el respeto a la naturaleza misma, de forma que el vivir en el saber sea también un saber en el vivir, y ambos un saber vivir.

Imperativo de la difusividad: La escuela permite a la persona sentirse hermana de sus semejantes, potencia el sentimiento de solidaridad continuadora de la

obra de los antepasados, y espera que los sucesores harán lo propio. Ello conllevará que frente a la injusticia proteste y luche.

Imperativo de la universalidad: Para un ser que vive en profundidad todo es escuela: para otro que vive en superficialidad todo es anécdota, dato sin donación. Para quien vive en profundidad, todas las escuelas forman parte de una escuela común, habiendo una universalidad inter e intracultural, en cierto sentido un “difusionismo” universal dentro de la pluralidad. Cuando esto no existe sólo queda relativismo.

Imperativo de la felicidad: Una escuela contra la cual pueda lanzarse el gran argumento de que nos hace humanamente desgraciados es una escuela incorrecta.

Imperativo de la radicalidad: Porque en última instancia la raíz de toda escuela es el sujeto, la escuela no es un sector, sino una función global de la vida personal.

Imperativo de la deportividad: Para un ser que vive, la escuela constituye un proceso interminable. No es posible ganar todas las carreras en la lucha contra la ignorancia; se sale a jugar sabiendo que la victoria está en la adecuada participación.

Imperativo de la creatividad: Cuentan que un niño, vecino de un gran taller de escultura, entró un día en el estadio del escultor y vió en él un gigantesco bloque de piedra. Y que, dos meses después, al regresar, encontró en su lugar una preciosa estatua ecuestre: “¿Y cómo sabías tú que dentro de aquel bloque había un caballo?”

Imperativo de la humanización: La escuela se reconoce por su capacidad de crear vínculos, porque conocer es co-nacer, irse incorporando al caminar sinodal, al caminar que hace camino acompañado. Cuando la persona se hace mejor a través de la escuela, se hace igualmente más humana, evoluciona, asciende, pasa a la amistad entre seres humanos y no entre bestia entre bestias.

Imperativo de la modestia: La escuela nos lleva a saber que nada sabemos al final de la jornada sapiencial.

Imperativo de la trascendencia: La escuela, por mor del saber que nada sabe, lejos de cerrarnos nos lanza más y más hacia lo que nos trasciende, invitándonos a participar en la aventura de lo uno, de lo verdadero, de lo bueno y de lo bello, de lo eterno que eternizando salva y salvando eterniza.

3. LA ACCIÓN EDUCATIVA CATÓLICA. NIVEL TRES: SUSCITAR UN DINAMISMO QUE NACE DEL ENCUENTRO

Aprendemos para transformar la realidad. Esa transformación exige una presencia pública en el nivel en que uno se encuentre más cómodo: en asociaciones civiles, culturales, recreativas, sindicales, políticas, etc. Perdiendo siempre tiempo y dinero, pues a estos niveles se va para regalar(se), y en eso está la ganancia. El

peor de los políticos nos parece mejor que el mejor de los abstencionistas. Quien no hace nada y se queja es un hipócrita. Hablar mal de los políticos es deporte nacional, y a nosotros no nos interesa en absoluto ese deporte. Se comienza por poco: el que ha llevado una cáscara de plátano cincuenta veces a una papelera se convierte en un buen ciudadano.

3.1. PRESENCIA INSTITUCIONAL EN LA VIDA PÚBLICA

Aprendemos/enseñamos para la vida, que es a la vez privada y pública, personalista y comunitaria. Fuera y dentro de la escuela nos encontramos ante una crisis profunda y estructural. Pero a grandes males cósmicos, grandes remedios cósmicos. Hay que desalambrar, sacar la escuela de sus muros, sin por ello desescolarizar, antes al contrario escolarizando la calle, la ciudad, las instituciones, el Parlamento. La política es un ámbito de virtudes públicas, de compromiso y participación. En vez de ampararse en el destino, hay que asumir la propia responsabilidad. “Si algo han demostrado los recientes acontecimientos del Este europeo es que ni los sistemas son tan irreformables como imaginan los pesimistas, ni tan consolidados como quisieran los tiranos. Que es posible cambiar o modificar incluso los aparatos aparentemente más sólidos sin recurrir a la violencia, conservando la propia superioridad moral, sin reproducir en la propia actuación las torpezas del sistema que se quiere eliminar. Una lección también para el cansado Occidente acerca del valor moral de la resistencia política, del compromiso personal y de algo tan poco apreciado entre nosotros como la paciencia”⁴⁸. Por tanto:

- Frente a la euroescuela Plutópolis regida por un inglés chatarra que sólo sirve para mercadear, Christianópolis habla en la *lingua franca* del “lo tenían todo en común”. Dejando atrás las Veterópolis en que con más frecuencia de la deseada se han petrificado nuestros colegios, construyamos una *Neópolis* habitable más digna que las habidas, un lugar en el que cielo y tierra no se confundan ni se divorcien, donde la persona sea capaz de crecer sin romper la unidad de lenguas y sin rescindir la amistad con el Padre.
- Nuestra doctrina social es la Epístola a Diogneto: habitar toda patria como tierra extraña y toda tierra extraña como patria.
- Nuestra palabras no son de (mero) consenso, sino de verdad, aunque el mundo se venga abajo.

48 Innerarity, D: *Libertad como pasión*. Ed. Eunsa, Pamplona, 1992, pp. 24-25

3.2. PARA REHACER EL RENACIMIENTO

Se trata de rehacer el Renacimiento, de encontrar las condiciones de posibilidad de una Nueva Florencia sacudiendo el yugo de las señorías feudales contemporáneas a nosotros y las luchas entre los coetáneos Güelfos y Gibelinos, constituyéndonos en *Commune* abierta en la que florezcan las mejores flores antropocéntricas para que en ella convivan pacíficamente los alquimistas como Giordano Bruno y el chantre de la catedral, el Leonardo da Vinci soñador de las máquinas voladoras y el calculador Galileo Galilei, el Miguel Angel que quiso hacer hablar con el cincel a su Moisés y el monje silente del claustro apofático, una Nueva Florencia surcada de catedrales en cuyas gárgolas descifren los ciudadanos páginas de teología humanizante y en cuyos arbotantes reconsideren la arquitectura del mundo, una Nueva Florencia que cuente incluso, hasta que lleguen tiempos mejores que los tornen innecesarios, con sus barrios periféricos donde los Narcisos aislacionistas y egocéntricos puedan sobrevivir en su burbuja, construyamos una Nueva Florencia, en fin, bajo cuyo asfalto sepan descubrirse las huellas de la playa, pues –como leemos en el Enrique V de Shakespeare– “la hierba crece de noche”.

Animo, Nueva Florencia no es una ínsula Barataria ajena a otras ciudades, aislada cual fortaleza inexpugnable para declinantes espirituales o para amargados y hastiados respecto de todo trato relacional anterior, pues los proyectos nuevos no surgen de corazones rotos, ni en un parador de lujo para anacoretas de baja intensidad. Nueva Florencia no está pensada como el Salón de los Espejos para que los Narcisos autocéntricos se miren a sí mismos cuando parecen mirar a los demás, sino habitada por amigos. Aspiramos a no necesitar en ella ni de cárceles ni de policías, ni de brigadas anticorrupción, ni de mafias que nos liberen de mafias; la nuestra es otra historia, y sus anchas puertas están abiertas para los limpios de corazón, porque una ciudad pulida quedará pronto sucia si los corazones que la habitan no quieren limpieza: sólo ensucia lo que sale de un corazón impuro. Su única carta de ciudadanía es el deseo de purificar el corazón desde la realización de obras de idéntico signo, tarea en la que todos hemos de ayudarnos unos a otros. Vamos a construir un sistema de redes acuíferas y de purificadoras de las residuales, para que donde abunde el légamo y la corriente baje fuliginosa sea posible su recuperación. Si esto como proyecto es bueno, como realidad debe ser aún mejor. A la crisis de sentido sólo puede oponérsele un gran relato de signo contrario ilusionante pero no iluso. En ella ni todo será casual ni todo será absurdo. Existirán allí todavía, dolor, tedio, eclipses de sentido, sufrimientos; pero el sentido de esa Nueva Florencia no será la desorientación, el ocultamiento del sentido, la irrelevancia del existir, la carencia de expectativas

Construir esa neópolis donde reluzca Nueva Armonía exigirá buena disposición, a mal tiempo buena cara, pues el solar sobre el que habrá de edificarse continúa siendo todavía el escenario del conflicto entre Caín y Abel. Habrán de trabajar mucho tanto los de risueño humor fácil que se alegrarán del éxito y no se disgusta-

rán por el fracaso, como los de mórbido humor difícil (éstos se enfadarán por el fracaso y no se regocijarán por el éxito, pero su tendencia a lo sombrío y a los sufrimientos hipotéticos e imaginarios les ayudará a soportar como en su terreno al negro sufrimiento cuando éste llegue). La piedra primera la pondrá cada cual en su corazón; luego, a trabajar contando con el acarreo de los otros. Nos apalearán mientras trabajamos, pero en nuestra defensa acudirá Plutarco: “Pega, pero escucha”⁴⁹. Nos denigrarán, pero para eso tenemos a Sócrates: “No me injuria, porque lo que dice no se me aplica a mí”⁵⁰. No se injuria a quien lo consiente, ni a quien no lo consiente. Sólo quedará lo eterno; contingencia y eternidad parecen gemelos, pero a la manera de los Dióscuros, uno de los cuales, Polux, era inmortal, y otro de ellos, Cástor, mortal.

Dar las gracias, saber retomar la ingenuidad, decir sí en gratuidad, ese resto constituye de siempre el corazón de la ciudad armoniosa. Nietzsche había enfatizado que es menester pasar de camello portador de grandes fardos (“¡tú debes!”) a león aguerrido que quiere conquistar su libertad (“¡yo quiero!”), y de león a niño (“un santo decir sí”), una lúcida ingenuidad. ¿Que esto es manifestación de locura? Los hombres son tan necesariamente locos que sería otra especie de locura el pretender no serlo (Pascal).

3.3. EN SINERGIA: TRES CORAZONES, TRES BARRIOS, UN SUJETO

Desde la voluntad de presencia tendemos puentes a cuantos convergen parcial o totalmente sin diverger en lo principal, pues sabemos que una base amplia de caminantes comunitarios sólo surge desde abajo por sinergia de microutopías. No esperamos, pues, a que los otros vengan, vamos nosotros a su encuentro. Somos acérrimos enamorados de la categoría de encuentro, de ahí nuestra decidida vocación de aglutinación, comunión o confederación. Nos hacen poca gracia las sectas, las políticas de campanario, los taifatos anarcisados. Sabemos que el mal opera aislando y dividiendo.

Quisiéramos también conjugar la magnitud de nuestro deseo con el reconocimiento de su pequeñez e irrelevancia. La esperanza es la virtud de lo pequeño. Pequeños en lo grande y grandes en lo pequeño sabremos así dar entrada en nuestro pecho a esa indisoluble unidad de microcosmos y macrocosmos que somos cada uno. Grande es quien ve la playa sita bajo el asfalto; pequeño es (pero ahora tirando a ridículo) quien oculta la gran luna tras su dedo regordete.

Tres corazones

- Un corazón amoroso para dar la mano a los que han menester de nosotros, habitualmente considerados meras “grietas del sistema”.

⁴⁹ *Themistocles*, 11

⁵⁰ *Diogenes Laertio*, II, 21

- Un corazón inteligente para analizar por qué se producen esas pretendidas “grietas del sistema” y cómo podría mejorarse la realidad.
- Un corazón sociopolítico para trabajar desde la vida pública en las estructuras correctoras, sin retirarse al Aventino. Hace falta mucho corazón⁵¹.

Tres barrios

- Un barrio para la plaza pública, allí donde se rigen los destinos de la ciudadanía, con una mirada muy atenta a los barrios más pobres.
- Un barrio para la biblioteca, allí donde la reflexión hace posible el análisis profundo de la ciudad. Sin momentos o periodos de fecunda soledad no habrá momentos de acción. O crecemos desde la interioridad, o acabaremos imitando al líder-verdugo-de-turno. De las grandes soledades brotan las grandes amistades: me reconozco en lo profundo del otro, sólo desde ahí cabe esperar corrección fraterna. Quien en política pierde la amistad pierde la perspectiva: sin aquélla, todo lunar deviene mancha y toda mancha pide expiación.
- Un barrio para el claustro, allí donde el canto y la alabanza se alzan hasta el cielo.

Cada uno de estos barrios solicita una distinta actitud postural: erguido y cubierto ante el poder, en la plaza pública; sentado y encorvado ante el libro, en la biblioteca; de rodillas e implorante, ante Dios en el claustro. Cada una de sus calles se honraría y hermostraría con los nombres de los grandes renacentistas que en el mundo han sido, pues todo educador podría asentir en que personas como Gandhi, Luther King, Juan XXIII, Patricio Lumumba, Nelson Mandela, monseñor Romero, etcétera, son patrimonio de una humanidad educada.

Un sujeto

Los pobres son el lugar teológico del cristianismo; no “todo para los pobres pero sin los pobres y fuera de ellos”, sino “vivir con los pobres, de tal forma que podamos ver la realidad sin prescindir de su punto de vista; rehusar adquirir o poseer bienes innecesarios para dar un testimonio profético contra el consumismo creciente; aprender de los pobres el espíritu de solidaridad fraterna; adoptar posiciones proféticas frente a lo totalitario y opresivo; llevar el Evangelio a los pobres dondequiera que ellos se estén organizando en busca de una liberación integral a través de organizaciones populares, sindicatos, u otros programas de concientización social destinados a elevar al pueblo a una situación en la que sus derechos sean reconocidos y comprendidos” (Mensaje franciscano de Bahía, 1983). Los

⁵¹ Cfr. las “confesiones de un alma bella” en la obra de Goethe: *Años de aprendizaje de Wilhelm Meister*, especialmente el libro VI

pobres, especialmente cuando asumen su propia condición de forma consciente y activa, son “el lugar privilegiado de manifestación o revelación del Dios cristiano, el sacramento preferente de su autocomunicación. En la miseria y sufrimiento del pobre la fe descubre la presencia silenciosa y crucificada de Dios, en virtud de la cual hace suyo su dolor y con ellos consufre. En la esperanza activa de los pobres la fe descubre igualmente la presencia liberadora de Dios. Dios está en los pobres no sólo sufriendo misteriosamente con ellos, sino también negando activamente su presente doloroso, anunciando y suscitando un futuro nuevo. Son también el lugar social más propio o el ‘desde donde’ más apto para descubrir la significación y el alcance de nuestra fe. No sólo el lugar mejor para escuchar la palabra de Dios, sino también para interpretarla, es decir, para hacer teología cristiana. Son el lugar más apto para la vivencia de la fe en Jesús y para realizar su seguimiento más fiel”⁵².

4. DIALÉCTICA DE LA ACCIÓN EDUCATIVA CATÓLICA

Nada grande se hizo sin la apertura a lo Grande: “La experiencia enseña que la falta de referencia a lo incondicional se traduce en el avasallamiento de los nuevos mitos con los que se rinde culto a una endeble media sociológica y se acaba decretando la expulsión de toda posible actitud de disconformidad”⁵³. Nada se hará sin la conversión del corazón de cada cual, esa *metanósis* imprescindible para la transformación del mundo.

No todo es escoger, sino también dejarse escoger y agradecer ser escogido, no todo es querer sino también dejarse querer, no todo es liberar lo finito, sino también ser liberado por lo infinito. El humano es un ser histórico que mediante la cultura define y orienta su propia vida a lo largo de una experiencia procesual, ciertamente, pero ello no impide que sea también y desde su origen un misterio, un don que necesita desarrollar la confianza y la apertura a lo Totalmente otro, que llega a ser audible cuando ese ser humano se abre al mundo de los valores, a la infinitud, a la gracia, y por eso toda “autoconstrucción” clausurada en sí misma aleja de sí misma en última instancia. La pasividad no será resignación, la limitación no será dejadez, la debilidad no será carencia de valor: lo que fuera de aquí nos encadena, aquí nos libera.

San Buenaventura, con mirada franciscana, contempla sobre todo al mundo como una realidad presidida por la *convenientia ordinis* (*ordo* es la tendencia de todas las cosas a su propio puesto, que es la bondad divina), como un gran *sacramentum*, como un símbolo radiante, antítesis del mundo desencantado de Max Weber, para quien la verdad no es bella ni buena, el bien ni verdadero ni bello, y la belleza ni verdadera ni buena. Desde las leyes macrocósmicas que rigen el movi-

52 Ellacuría, I: *Opción por el pobre*. *Mysterium Liberationis*. Ed. Trotta, Madrid, 1991

53 Innerarity, D: *Libertad como pasión*. Eunsa, Pamplona, 1993, p. 45

miento astral hasta los leves ritmos cinéticos de las pequeñas abejas y hormigas, pasando por el ser humano (que coopera mientras el animal sólo opera, que conjuga mientras el animal sólo juega, que resulta egregio, que agrega o egrede mientras el animal es gregario) todo está mirado allí desde la perspectiva de la relación y de la participación, desde la *communicatio* y la *diffusio*, en definitiva desde el acontecer de Dios en la historia de la salvación. La salvación resulta así la creación prometida y la vida conferida en el primer día, pero a la vez ya sacramento de la vida futura. Todo el cosmos asume su condición de *viator*, se encamina ya hacia su recapitulación y participación en lo que le funda cual causa ejemplar y final, porque Dios es eficiencia, ejemplaridad, y finalización, de modo que sin Él las criaturas finitas no serían más que *vanitas*: realidades vacías ontológicamente y vanas moralmente. No vacías, sino realidades abiertas, dinamizadoras dinamizadas, somos. Decirlo claro, sentirlo hondo, cantarlo alto salvará de muchas agonías innecesarias en el laberinto, aunque *a knavish speech sleeps in a fool's ear* (“una palabra acertada pasa desapercibida para un oído sordo”, Hamlet).

Pero no basta con el querer; también hay que saber, y hay que poder, y hay que esperar, y hay que orar. Los creyentes, conscientes de que dicha tarea es mayor que sus fuerzas, nos abrimos a Dios y nos apoyamos en Cristo, a pesar de nuestros incontables fallos. Ponemos este nivel al final, no al principio, para poder compartir los tres anteriores con los no creyentes. Pero, aunque vaya en último lugar, se sitúa en primer término.

“Ya es hora de sacar a la palabra mística de los eriales y de darla, fuera de su sentido religioso habitual, el sentido que le daba Péguy: doctrina, movimiento de acción en la integridad de su inspiración y el fervor de su juventud espiritual, viva en los corazones vivos”⁵⁴. Nada, pues, de “misticismos”, otro plural desgraciado; nada de embaucamientos ni de remilgos, ni de terapias de relajación y cursillos de fakirismo. Pero si los místicos impelen a la presencia testimonial y a transformar la realidad eso ocurre porque previamente ellos mismos se han sentido impelidos, concernidos, conmovidos por fuerzas profundísimas que viniendo de lo alto les han transformado (lentamente, rápidamente, eso depende), de tal modo que en ellos existe un antes y un después de la experiencia de lo místico⁵⁵.

Mística y política pueden distinguirse, pero no deben separarse: “mística republicana había cuando se daba la vida por la República, política republicana la hay ahora cuando se vive de ella”⁵⁶. Quien busque la construcción de la comunidad según la justicia y el pudor sentirá la degeneración de la mística como una amputación de la mejor política; por eso también tratará de que en cada ámbito la mística no sea devorada por la política a la que da origen; y en el caso de que tal situación acontezca, intentará rehacer la mística destruida y de ayudar a reconstruir la ciudad

54 Mounier, E: *Las certidumbres difíciles*. Ed. Sígueme. Tomo IV, Salamanca, 1988

55 Cfr. Martín Velasco, J: *El fenómeno místico*. Ed. Trotta, Madrid, 1999

56 Mounier, E: *El pensamiento de Charles Péguy*. Ed. Sígueme, Salamanca, 1992, Obras. I. p. 97

devastada. Sin una gran mística nadie sería capaz de vivir honestamente una gran política⁵⁷, ni de captar cada problema desde el punto de vista más alejado de los intereses egoístas y temporales que gravitan en torno al hombre, al individuo, a la clase, a la nación⁵⁸.

Aquel cuyo impulso místico-político es movido por el dolor que produce el mal frente al que reacciona, ése ha de dar la vida por los demás, darla y no quitarla, asumir el dolor traduciéndolo en perdón. Pero ¿qué es perdonar? Perdonar es renunciar a tener la última palabra, sustituir el derecho por amor en favor de un amor sin derechos, permitir el inicio de una vida nueva, recordar lo ocurrido como perdonado, producir energía para el reencuentro, abrir futuro allí donde sólo había obsesión por el pasado acusador, regenerar lo que estaba necrosado. Bendito perdón setenta veces siete que pone alegría allí donde había aflicción, y que favorece tanto al que lo pide porque al pedirlo se abre a la gracia, como al que lo concede porque al concederlo puede ejercer el señorío del amor: hay dos formas de ofrecer luz, ser lámpara o el espejo que la refleja. Hay dos clases de personas: una, la de los justos que se creen pecadores, y otra, la de los pecadores que se creen justos. Éstos carecen de la excelente brújula de aquéllos: la capacidad de sentir vergüenza y dolor por el mal causado a otros. El hombre tiene el amor por ala, y por yugo el deseo, decía Victor Hugo. “E quindi uscimo a riveder le stelle”⁵⁹.

5. LA MÍSTICA

El creyente, y en especial si es docente, incluso el europeo, no puede perderse en la desesperanza, en el llanto sin el canto. Si uno piensa en sí mismo, narcisistamente, se pondrá al borde de un ataque de nervios; de igual modo, si uno piensa exclusivamente en lo que le rodea, perderá la alegría y la paz franciscanas: no está el horno para bollos. Pero uno no es Dios, y conviene recordarlo de vez en cuando como primera providencia. La primera providencia es la Providencia.

5.1. AYUNAR

No es seguro que lo cristiano vuelva a entusiasmar a un mundo que no quiere ayunar. Hoy ayunar no es sólo comer menos, eso ya lo recomiendan ciertos dietólogos a quienes consumen más calorías de las debidas, sino ponerse en situación de pobreza. El famoso voto de pobreza, o la famosa opción preferencial por los pobres de que tanto habla la burguesía hasta casi romper sus mandíbulas, esconde una realidad terriblemente cruel: sólo y exclusivamente los pobres, sin hacer voto de pobreza, son pobres.

57 *Op. Cit.* p. 98

58 *Op. cit.* pp. 96-97

59 Dante: *Infierno*, XXXIV, 139

A nosotros, que no somos pobres, el ayuno nos ayudará a dominar nuestro afán de suficiencia y a acercarnos a los realmente necesitados, que son los que verdaderamente ayunan. De los dos tipos de ayuno, el que no come y el que ya no puede comer más por haberse excedido en el comer, Europa explota en el comer tras explotar a los que impide comer. Nosotros, mientras tanto, ayunemos: ayunemos de exceso en el comer y en el beber, de exceso en el ver la televisión, de exceso en el comprar coches o aparatos; ayunemos de tanto viajar, ayunemos de tanto llamar telefónicamente, ayunemos de tanto reformar casas y conventos; ayunemos de tanto reunirnos para nada; ayunemos de tanta poltronería; ayunemos de tanta conversación banal; ayunemos de todo lo que desnute, de todo lo que impide que nos llenemos del Espíritu de Dios. Gracias a este ayuno reconfortador y nutritivo recuperaremos el tiempo para rezar, para leer, para pensar, para atender a los de la casa, para contemplar las estrellas. Allí donde ya comienza a no poderse ser más pobre, allí precisamente comienza a poderse ser franciscano. ¿No será este ayuno cristocéntrico el que ayudará a generar vocaciones? No un ayuno de fakir, de asceta, sino un ayuno kenótico. Y por tanto alegre. La tristeza no es vehículo para el despertar de ninguna vocación. Un franciscano triste es un triste franciscano. No es jajajájjijí, pero la verdadera y perfecta alegría surge de este ayuno enamorado.

5.2. ESTUDIAR

Los perezosos no son creadores de vocaciones, así que si no estudiamos no enseñaremos. Quien añade ciencia añade también cansancio; el entendimiento alumbra como las velas, derramando lágrimas. No basta con la piedad, es preciso instruir la piedad así como pietizar la instrucción. Las órdenes y congregaciones religiosas en cuyos colegios hoy apenas hay sino laicos por falta de relevo, ¿por qué no se afanan en formar teológicamente a esos docentes? ¿Prefieren conservar el patrimonio antes de invertir en profundidad sapiencial al maestro cristiano?

Hay que estudiar para no morir. Según la Cábala judía, Dios está inscrito en las poco más de 300.000 letras de la Torah. Cada una es un destello de lo divino. Leer e interpretar este texto letra a letra para ‘abrirlo’ y liberar el destello divino que contiene. Pero además, según los cabalistas, a partir de la combinación de letras se puede crear el mundo, los objetos. El estudio es una forma de liturgia. El rabino, el alumno, o el pensador judíos pasan una cantidad considerable de horas estudiando los textos del Talmud. ¿Y nosotros, sabríamos nosotros explicar con verdadera altura y belleza el Credo a las gentes de la calle incidiendo en su auténtico sentido, presentando viva una salvación que es eterna y que cada generación entiende con sus propias categorías históricas? ¿Dónde están los apóstoles, dónde los que van a explicar la fe a la radio, a la televisión, los que la transmiten en libros, en prensa, en acampadas, en misión, los que en definitiva no se limitan a ser consumidores, sino seguidores activos? Hay que hacerse transparente, luz, antorcha, y así irradiar para los mundos donde la opacidad crece. La gente necesita tes-

timonios vivos, así como el recuerdo de la herencia transmitida desde los muertos. Si no lo transmitimos moriremos nosotros mismos, no habrá más vivos...

5.3. ORAR

Orar ad-orando. A la caída de la tarde se nos examinará en la oración. Si no oras, no eres. El mundo no se salvará sin lo cristiano; pero, tal como van algunos cristianos, tampoco se salvará con ellos, a no ser que cambien. No, pues, *perversa securitas*, sino frágil y enamorada alegría: eso creará vocaciones. El siglo XXI será vocacional, o no será tan feliz como pretende. El sí triunfará sobre el no; sin ella, el no triunfaría sobre el sí. Formas de triunfo del no: el consumismo propietario, el hedonismo del “a vivir que son dos días”, el individualismo burgués, la impotencia sin compañeros de revolución, la hiperperplejidad, el arribismo, donde la militancia desaparece. Sin una conversión, empezas por la causalidad material reivindicante y ahí te quedas, reduciendo la militancia a una forma de cosificación en la alteridad del objeto. Desgraciadamente, la causalidad material ha sido la que ha manejado siempre cierta ideología que, con todos los respetos a quienes han dado la vida por ella, considero muy reaccionaria. Hace falta más aire.

5.4. INTENSIFICAR LA ESCUCHA ACTIVA

Mas ¿cómo evitar ser arrastrados por la avalancha exteriorizante cuando hasta el interior de cada uno está fraguado en la exterioridad, cuando el sí mismo está compuesto por guijarros de masificación y manipulaciones? El silencio que sigue a la música de Mozart también es música, hay que callar para poder hablar. El silencio es bueno aunque esté vacío; las palabras, no. Algunas verdades pueden ser transmitidas mediante la palabra; otras, que son más profundas, nunca pueden serlo, ni siquiera por el silencio. Por eso el silencio nos ha de llevar más lejos, hacia allá donde silencio y palabra tienen un tronco común, al Don del Origen, a la auténtica Patria-Matria de Dios. A la vez que tiempo de grito desgarrador, lo es también del silencio clamoroso y eterno de Dios, pues si la palabra de Dios es eterna no lo es menos su silencio, tal y como lo sugiere Elie Wiesel: “Antes del ‘Dijo Dios’, antes de ‘En el principio’, ¿qué había? La Creación, proyectada por la palabra, estaba anclada en el silencio. Del silencio nació la palabra. Palabra divina; pero ¿qué hacía Dios antes de pronunciarla? ¿Esperaba? Sí, esperaba. Esperaba que se desgarrara el silencio y permitiera que en él se insertara la palabra. Pero como Dios es a la vez fuente y destino final del silencio y del lenguaje, no hay conflicto entre los dos; no lo hay en el plano de Dios; al contrario, hay allí armonía y paz. Porque el verbo divino es armonía y paz. Sólo él habla y calla a la vez. El conflicto estalla en el hombre, para quien la palabra constituye el lenguaje humano y el silencio es un lenguaje divino, o, más bien, una forma divina del lenguaje. Para el hombre, el conflicto, por insoluble, es trágico. Al despertarse al mundo, Adán se halla encerrado en un silencio que lo

sobrepasa, lo provoca y lo libera. Para romperlo, se pone a hablar. De ahí procede esa tensión en él, y en nosotros. Tensión primera, intemporal, entre la palabra humana y el silencio del mundo. El misterio de la una equivale al del otro. Los dos son peligrosos y, por lo mismo, atrayentes: vehículos para el hombre de fe, el poeta, el visionario. De niño, yo aspiraba al silencio; al silencio místico, que evoca lo secreto, lo remoto, lo prohibido. Mis maestros me enseñaban a purificar el lenguaje y el pensamiento mediante el repudio del lenguaje y del pensamiento, para apresurar la redención última. Que callen todos los hombres, pensaba yo, y el hombre estará salvado. En la Biblia, el silencio aparece a cada página, unas veces como tema, otras, como objeto o acción, como ilustración de la debilidad humana y como su trágico desenlace. Silencio en las relaciones recíprocas entre los hombres; silencio en las relaciones del hombre con Dios; silencio que envuelve la palabra de Dios. *Vayómer Qain el Hével ahiv*, y Caín dijo a Abel, su hermano... Y el texto no nos revela lo que dijo. Como para hacer que entendamos que Abel no escuchó. Y, de pronto, comprendemos el sentido del asesinato del hombre por su hermano: el silencio entre ellos niega la palabra, se opone a la palabra. Y ese silencio no puede desembocar sino en la muerte, porque significa indiferencia... Pero hay veces en que el silencio es virtud. Cuando perdió a sus dos hijos, se nos dice que ‘Aarón permaneció mudo’. Aquel padre que sucumbía al dolor apretó los labios y supo contenerlo, como contuvo su cólera. Optó por el silencio porque tenía demasiado que decir... Y es que Dios ama el silencio. O bien, como dice Rabí Eliezer Hacalir, Dios es silencio. Después de la tempestad, tras los truenos y los relámpagos, tras el ruido ensordecedor, hay el silencio; y es señal de que Dios está presente, dispuesto a hacer vibrar la historia”⁶⁰.

Silencio y Palabra, Dios; el hombre, también silencio y palabra; lo importante es saber responder al silencio y a la palabra de Dios: “La alternativa, por ahora, es ésta: responder con la palabra humana al Silencio divino o responder con el silencio humano a la Palabra divina. Pero el objetivo que hay que alcanzar es otro: responder con el silencio al Silencio y con la palabra a la Palabra. Mas el camino es, de nuevo peligroso. ¿Y si el silencio de uno fuera la palabra del otro? ¿Cómo saberlo? ¿Se puede saber? Preguntas angustiosas, sobre todo para nuestra generación... ¿Cómo discerniremos el silencio colmado del silencio anémico? Callar las cosas que pueden decirse no es callar las cosas que no pueden, que no deben decirse. ¿Qué haremos para no confundir estos dos silencios? Para el poeta, el artista, el místico y el superviviente, el silencio comporta aspectos distintos, diversas zonas que no se recubren mutuamente. El silencio posee su propia armazón, sus laberintos propios; y sus propias contradicciones. Para un hombre perceptivo y sensible, el universo nunca está silencioso; pero hay un universo de silencio que únicamente los seres sensibles pueden percibir”⁶¹.

60 *Contra la melancolía* cit. pp. 179-181

61 Wiesel E: *Op. cit.* pp. 198-199

6. TODA PATRIA COMO TIERRA EXTRAÑA, TODA TIERRA EXTRAÑA COMO PATRIA

A nosotros, cuanto más pensamos el mundo, tanto más nos atrae la Epístola a Diogneto, apología del cristianismo compuesta probablemente a comienzos del siglo III en forma de carta dirigida a Diogneto, eminente personalidad pagana que por su parte requiere a su anónimo amigo cristiano para que le informe acerca de la religión cristiana. Por desgracia no queda un solo manuscrito de la Epístola, pues el único que había fue destruido durante la guerra franco-prusiana en el incendio de la biblioteca de Estrasburgo: ¿sería algo más que una ironía de la vida el que una guerra patriótico-patrioter como aquélla destruyese una carta situada por encima de todas las patrias? Lo cierto es que la Epístola constituye un bellissimo manifiesto contra todas la patrias de este mundo, y en favor de la única tierra que para los cristianos importa. En cierto sentido, ella prelude la célebre teoría de las dos ciudades, la terrestre y la celeste, de la que es autor san Agustín: “Los cristianos no se distinguen de los demás hombres ni por su tierra ni por su habla, ni por sus costumbres. Porque ni habitan ciudades exclusivas suyas, ni hablan una lengua extraña, ni llevan un género de vida aparte de los demás. Esta doctrina no ha sido por ellos inventada gracias al talento y especulación de hombres curiosos, ni profesan, como otros hacen, una enseñanza humana; sino que, habitando ciudades griegas o bárbaras, según la suerte que a cada uno le cupo y, adaptándose en vestido, comida y demás género de vida a los usos y costumbres de cada país, dan muestras de un tenor de peculiar conducta admirable y, por confesión de todos, sorprendente. Habitan sus propias patrias, pero como forasteros; toman parte en todo como ciudadanos y todo lo soportan como extranjeros; toda tierra extraña es para ellos patria, y toda patria tierra extraña”⁶².

Para el cristiano, ame más o menos a su patria carnal, ésta ha perdido ya su sacralización. Para los católicos, que no desprecian a nadie, la Iglesia es la Jerusalén de lo alto, de la que somos hijos⁶³. Todos los seres humanos pueden tomar parte en la experiencia de la nueva patria. En otro tiempo los paganos eran extranjeros para Israel⁶⁴, pero ahora comparten con los judíos el honor de ser conciudadanos de los santos. El cielo deviene verdadera patria, de la que Israel, escogida entre las terrenales, no era más que la figura provisional. Ni la tierra es el centro del cosmos, ni Jerusalén terrenal alguna será nunca el centro de la verdadera ciudad. Acá abajo no tenemos domicilio permanente, y buscamos el porvenir⁶⁵. Más allá de la tierra de Canaán, suspiramos también nosotros por esta metapatria. Y así lo queremos para toda la humanidad, pues, por encima del rincón de tierra en que estemos enraizados con los nuestros, debemos tratar de discernir la nueva patria grande y eterna, aquella donde viviremos con ellos para siempre.

62 *Patrología I*, BAC, 1968, pp. 248-249

63 *Gál 4,26; Flp 3,20*

64 *Ef 2,12*

65 *Heb 13,14*

Capítulo IV

ELOGIO DEL “ANALFABETISMO BÁRBARO” FRENTE A LA CRISTIANDAD UNIVERSITARIA DIFUNTA

Ningún analfabeto puede hacer un elogio del analfabetismo, porque no sabe, dado que es analfabeto. Cualquier analfabeto puede hacer un elogio del analfabetismo. Pero sólo analfabetamente. Pero entonces ¿cómo es el analfabetismo para elogiarle de forma no analfabeta?

1. ¿QUÉ ESTÁ PASANDO CON EL “HUMANISMO CRISTIANO”?

Compitiendo en el mercado de la relación calidad-precio, los centros católicos de enseñanza reducen la calidad de la enseñanza a una supuesta “calidad”: la archiclásica Universidad Pontificia de Salamanca, apenas sin alumnos de teología y de filosofía, aunque anegada en alumnos de informática, importante fuente de ingresos; también la elitista Universidad San Pablo (CEU), oficialmente reconocida como “de inspiración cristiana”, pero donde la asignatura de religión se enseña vergonzantemente en condiciones de disimetría curricular respecto de las demás; ahí tenemos al Instituto Calasancio de Ciencias de la Educación (ICCE), de espaldas a la creación de profesionales católicos *qua* tales (por ejemplo, articulando seminarios de religión en diálogo interdisciplinar, que sirvan a la vez de ejes motóricos), sino entregado a las ortofonías, las logoterapias y los cuidados de carraspera.

Eso sí, como atacados por el mal de piedra, remozan edificios vetustos, readaptan, reacondicionan, reciclan y rediseñan aulas conforme a las exigencias cada vez más voraces de una Administración insaciable, dan el pistoletazo, y, hale hop, a competir con los rivales en equipamiento, infraestructura, disciplina, estadísticas de aprobados en selectividad, todo sea por el santo prestigio y el buen nombre de nuestra gloriosa institución. ¡Ay, la cultura de la apariencia y su correspondiente banalización de las propias competencias, y cuán pobrecita dedicación a la escuela

de la justicia! Mas ¿para semejante menester merece la pena haberse eunuquizado por amor a Dios y al prójimo? A eso se le llama sostener la religión con alfileres, pan para hoy y hambre para mañana.

Si la inspiración de los centros confesionales con ideario católico fuera real, profesión y vocación coincidirían. Pero esa inspiración ha sido barrida por el dinero, por eso los neoprofesionales de las universidades privadas católicas, que a diferencia de los de la pública carecen de poder y de reconocimiento, coinciden con sus colegas “públicos” en reducir la profesión a *modus vivendi*. Y, para mejor vivir, tienden a desplazar la docencia hacia los bienes extrínsecos, de tal modo que por un efecto perverso el club universitario católico termina siendo un club elitista para la captación de amigos con buenos puestos. El resto, el consabido: docentes y autoridades académicas coinciden sólo en lo cuantificable, es decir, en repartir discursos y prestigio. En cambio los “bienes propios” quedan marginados, tornándose extrínsecos. En lugar de la vocación cristiana se instalan las éticas de los negocios, con sus códigos perfumados pero encuadrados con la piel de los pobres de la Tierra.

Aquí el famoso “humanismo cristiano”, sito en el terreno de las grandes palabras que combinan con todo, no es sino platonismo para ricos y tomismo para perezosos, que da de lado a las exigencias radicales del Evangelio, con lo que el mensaje evangélico, al impregnarse de la sabiduría greco-romana, se ha descafeinado. Eso que llamamos cultura europea cristiana incluye tres ingredientes: el *lógos* de la Hélade, el *ius* de Roma, y la *agape* evangélica, pero de hecho sólo una minoría muy reducida de cristianos ha tomado en su radicalidad el Evangelio. Urge, pues, pasar de la razón dialógica a la profética.

En efecto, ciertas universidades españolas, mexicanas, paraguayas, brasileñas, y de otros países, fundadas en tiempos pretéritos bajo el signo de la identidad cristiana, hoy no conservan de ella más que un vago recuerdo, de forma que su “inspiración” tiene mucho de “expiración”, y su ideario mucho de bestiarío; dicho de otro modo, si no fuera porque así lo afirman las solemnes actas fundacionales, ni los más avispados reconocerían allí algo específicamente cristiano pues hoy abundan en esos claustros profesores posmodernos, hijos de papás rabiosamente neoliberales, y todo cuanto de “mundo, demonio y carne” anda suelto. Al final, ya que esas instituciones no han querido ir al desierto de la realidad con Cristo al fondo, ha venido a ellas el desierto de la exterioridad con Mammona como paisaje.

Algunas de estas instituciones parecen desear volver sin embargo a sus proyectos originarios, aunque temen ser tildadas de reactivas o de reaccionarias, pues su problema es que la reorganización o reorientación de la universidad según la identidad cristiana ahora redescubierta (más vale tarde que nunca) resulta incompatible con la permanencia en sus cátedras de los maestros agnósticos y ateos que en ellas sientan doctrina sin ninguna sensibilidad respecto del proyecto del centro, dándose la paradójica situación de que, para garantizar la permanencia y la libertad de tales docentes a los que en su día reclutaron sin exigirles ninguna identidad o

perfil específico, la institución misma tendría que declinar el ejercicio de su propia libertad, lo cual exigiría la urgente sustitución del viejo cuadro magistral por otro nuevo más idóneo o cónsono con los fines propios. ¿Qué hacer, pues, con esas universidades que parecen haber apostado por una “refundación” católica lenta pero firme hacia lo que ellas denominan humanismo cristiano; será el célebre humanismo cristiano lo que más necesiten esas instituciones fuertemente vinculadas a las clases altas, que por su parte han apostado dinero e influencias en favor de dichas instituciones? En tal recíproca simbiosis con apariencia de Iglesia (en realidad maquiladoras de profesionistas) se licencian y doctoran neotiburones liberales. ¿Qué han hecho esas universidades sino “tapar el ojo al macho”, ponerle anteojeras para que actúe sin otro criterio de racionalidad que el de la extracción de plusvalía a cualquier precio, es decir para dorar la misma píldora de siempre? Cada vez que oigo la expresión “humanismo cristiano” me ponga a temblar: ¿quién sacará el revólver esta vez?

Obviamente esas instituciones hasta ahora alejadas del Evangelio (instaladas entre la infidelidad, la apostasía y la gomina de fijar cabellos, pues para alcanzar la condición de herejes hubiera hecho falta mayor ambición intelectual) saben que lo cristiano de la universidad no puede reducirse a un mero adjetivo, o sea, a cursillos sobre cultura humanista cristiana, sino que debe ser su alma, corazón y vida; saben que tampoco se trata de cristianizar la ciencia o la técnica; saben, en fin, que urge el diálogo institucionalizado entre ciencias, técnicas, y artes, así como entre la filosofía y la teología, y entre éstas con todas las demás. Pero del dicho al hecho va mucho trecho, de ahí la ambivalencia de su retórica que la argumentación fáctica y la praxis niegan. El fariseísmo se ha instalado en el corazón universitario del cristianismo ricachón o acomodado.

2. TODOS LOS CENOBIOS ERAN CENTROS ESCOLARES, Y TODOS LOS CENTROS ESCOLARES ERAN CENOBIOS

El cristiano, si en él lo cristiano es lo central y no lo meramente adjetivo, si su humanismo es humanismo como resultado de su ser cristiano, aunque se esconda debajo de las piedras terminará haciendo sonar su voz pedagógica en el entorno, tal y como le ocurrió a los tempranos monjes del desierto: el monacato, tanto anacorético como cenobítico, no surgió con la voluntad expresa de evangelizar directamente, sino de vivir el Evangelio en toda su radicalidad, lo cual llevó a los monjes a confrontar la sociedad circundante, que en buena medida estaba ya bautizada, pero no convertida. Fue San Basilio de Cesarea quien abrió la marcha en el diálogo del monacato con la sociedad, y lo hizo confiando a sus monjes cometidos asistenciales y educativos. Él fue el primero en elaborar una pedagogía que encontraría más tarde una prolongación en el monacato occidental de los monjes de San Benito. San Basilio abrió sus monasterios a la educación de los niños huérfanos y también de aquellos que eran confiados al monasterio por sus padres. Fue el pri-

mer paso en el largo camino de la educación de la juventud en los monasterios medievales, de ahí la expresión *omnia coenobia erant gymnasia et omnia gymnasia erant coenobia*.

Y, ya que al parecer ello no es posible en los centros públicos del Estado aconfesional, ¿por qué no convertimos todos los centros escolares católicos –primarios y secundarios (*gymnasia*)– en seminarios (*coenobia*)? Porque no tenemos la fuerza misionera de los padres del desierto, y ello a su vez se debe a que no nos hemos retirado todavía suficientemente al desierto, al menos al desierto de la propia interioridad exigente. Nuestro centro no está, pues, donde debería estar, por eso no sólo no hacemos de nuestras escuelas seminarios, sino que por el contrario convertimos los seminarios mismos y los centros de inspiración cristiana en lugares de irrelevancia, cuando no en paisajes de paganidad.

Estas afirmaciones les parecerán exageradas, probablemente, a los siguientes subconjuntos de personas:

- Al subconjunto de quienes jamás se preguntaron detenidamente por el comportamiento de los egresados de las aulas católicas o de inspiración semejante, comportamiento en nada diferenciarse por lo general del de aquellos otros egresados de centros laicos que jamás leyeron ningún texto cristiano ni tuvieron trato con ningún religioso.
- Al subconjunto de aquellos a quienes no preocupa lo más mínimo la proliferación de universidades grupusculares (a veces también insuficientemente dotadas) supuestamente cristianas, proliferación que no se traduce en búsqueda de efectos sinérgicos resultantes de la suma de esfuerzos de sus respectivas microutopías.
- Al subconjunto de católicos platonizantes, que parecen creer que basta con definir un bonito ideario educativo; no existe a veces cosa más ridícula que los sublimes-rococós eslóganes de ciertos centros para los cuales parece haberse pensado el refrán “dime de qué presumes y te diré de qué careces”, aunque luego su ideario sea vivido en forma de bestiarro, dada la incoherencia entre los principios y valores que se promueven, y las actitudes que se asumen.
- Al subconjunto de quienes, presumiendo de Universidad católica o de inspiración católica, no sólo carecen de una facultad de Teología, sino incluso hasta de una de Filosofía, pero no dudan en promover grandes centros de electrónica o de informática “católicas” porque sencillamente dan más dinero: ¿a qué Facultades se ha de conceder más importancia en una Universidad que quiere ser evangelizadora?

3. MEJOR QUE LO CULTURALMENTE SEUDOCATÓLICO, LA CLÁSICA “BARBARIE” OBRERA MILITANTE

3.1. LA “BARBARIE” DE AQUEL SABER

El número de analfabetos en aquel movimiento obrero agnóstico se elevaba hasta cerca del ochenta por ciento. No sabían, pero tenían mucho malestar en el cuerpo y se veían compelidos por la necesidad y el hambre a luchar muchísimo para sobrevivir malamente. Pero su ansia de saber era más grande que todas las demás ansias: “En los descansos del trabajo, durante el día, y por la noche, después de la cena, el más instruído leía en voz alta folletos corroborando lo leído. Se leía siempre, la curiosidad y el afán de aprender eran insaciables; hasta de camino, cabalgando en caballerías, se veían campesinos leyendo; en las alforjas, con la comida, iba siempre algún folleto. Es incalculable el número de periódicos que se repartían; cada cual quería tener el suyo. Es verdad que el 70 u 80% no sabía leer; pero el obstáculo no era insuperable. El entusiasta analfabeto compraba su periódico y lo daba a leer a un compañero, a quien hacía marcar el artículo más de su gusto; después rogaba a otro camarada que le leyese el artículo marcado, y al cabo de algunas lecturas terminaba por aprenderlo de memoria y recitarlo a los que no lo conocían”. Mucho tiempo después, ya durante la insurrección de Asturias en el republicano año 1934, recuerda Diego Abad de Santillán lo siguiente, con ocasión de su reclusión carcelaria en un barco: “Tan pronto como puse los pies en el barco, se le ocurrió a Braulio organizar una especie de escuela para aprovechar mi presencia, y no pude rehuir el compromiso de dictar algunas clases por la tarde, aun con la conciencia de que no sería mucho lo que podría explicar en las semanas o meses que nos retuviesen en aquella situación. Lo admirable era la atención y el ansia de saber de los improvisados alumnos. La pasión de saber, de adquirir nuevos conocimientos, era proverbial en nuestros medios; obreros que no habían ido a la escuela en su niñez, porque no había escuelas, o porque las exigencias del trabajo no se lo permitían, llegaban a través de nuestras escuelas, de nuestros ateneos, de nuestras publicaciones, a un grado de cultura admirable. Era común que todo militante tuviese en su vivienda, aunque constase de una mísera habitación, una pequeña biblioteca, y todo contribuía a avivar su sed de conocimientos”.

La tradición de aprenderse las cosas de memoria, esa tradición sapiencial transmitida oralmente de generación en generación, tan sabida con las tripas, tan unida a la vida, es obrera y popular. Aquellos analfabetos aprendían a leer con el corazón buscando la entraña de humanidad de un mundo más entrañable. Se aprende con el corazón, aunque eso no lo podamos aprender quienes no hemos aprendido sino tan sólo o sobre todo con la cabeza. Distinguir entre corazón y cabeza es algo meramente académico y tardío en la historia de la humanidad, que al principio no estudiaba en libros, sino de memoria.

3.2. LA “BARBARIE” DE AQUEL QUERER

Lo que el mundo obrero aparentemente inculto deseaba era salir de las llamas del infierno en que estaba clausurado, y lo quería con toda la intensidad; resultaba inevitable querer mucho, no podía querer poco, porque querer poco significaba continuar quemados. Tenía que querer o todo o nada, tierra y libertad, vida o muerte, pues aquellos obreros nada podían perder, sino sus cadenas. Lo de vida o muerte era una disyuntiva real, como la conjuntiva de tierra y libertad: ni tierra sin libertad, ni libertad sin tierra. Por eso su querer era intenso; no pudo ser hipotético, sólo categórico e incondicional: quiero a pesar de todo, porque no puedo querer sino queriéndolo todo. Esta intensidad del querer conllevaba un punto de locura, pues hay que estar bastante loco para asumir causas categóricas en favor de la humanidad, y poco cuerdo según la humana cordura para dar literalmente la propia vida en favor de la tierra y libertad ajenas.

No todos los obreros fueron igualmente militantes, no hagamos falsas hagiografías, pero los mejores de aquéllos imprimieron a sus vidas un sesgo categórico. Si el querer del obrero medio fue un querer para sí (para salir de su hambre propia), el del obrero consciente era en-sí-para-sí, porque buscaba la universalización de su querer: los más locos, los grandes líderes obreros, querían para todos y cada uno lo que la mayoría de ellos quería sólo para cada uno: en sus viajes a la capital o a otro pueblo, el campesino se ponía en contacto con sus compañeros de oficio y oía de sus labios apasionadas alabanzas de la nueva doctrina y recibía de sus manos ejemplares de la prensa. De regreso a su pueblo, el expedicionario leía el periódico a sus íntimos, los cuales, convencidos en el acto, divulgaban calurosamente el nuevo credo. A las pocas semanas, el primitivo núcleo de diez o doce adeptos se había convertido en una o dos centenas; a los pocos meses, la casi totalidad de la población obrera, presa de ardiente proselitismo, propagaba frenéticamente el flamante diario. Los pocos reacios se veían acosados en el trabajo, en las calles y plazas, por grupos de convencidos que los asediaban con razones, con voces, con desdenes, con ironías, hasta decidirlos: la resistencia era imposible. En el campo, en los albergues y caseríos, donde quiera que se reunían campesinos, a las habituales regocijadas conversaciones de varios asuntos había sucedido un tema único, tratado con seriedad y fervor: la cuestión social. En los descansos del trabajo, durante el día, y por la noche, después de la cena, el más instruido leía en voz alta folletos o periódicos que los demás escuchaban con gran atención: luego venían las peroraciones corroborando lo leído y las inacabables alabanzas. No todo se entendía, había palabras desconocidas, las interpretaciones eran infantiles unas, maliciosas otras, según los caracteres, pero en el fondo todos estaban conformes. ¡Cómo no! ¡Pero si todo aquello era la verdad pura, que ellos habían sentido toda su vida, aunque no acertaran a expresarla!. A las pocas semanas eran cientos y miles.

Aquel rotundo querer, dictado por la locura, generaba una sabiduría contagiosa. Esa locura es la locura de la zarza ardiendo, imposible de ser frenada. El movimiento obrero estaba en llamas, y por eso vivió en plena tensión de holo-

causto, él mismo se convirtió en holocausto de contagioso fuego. Lo que cuesta hoy hacer un verdadero propagandista de la idea no lo hubiera podido imaginar nadie ayer: ¡aquello era la verdad pura, no se ponía en tela de juicio, formaba una cosmovisión de fuego, devoradora, un pentecostés comunitario laico, con formato de credo!

3.3. LA “BARBARIE” DE AQUEL PODER

Saber poco, querer mucho. Mas ¿qué podía este movimiento obrero? Ellos creían que lo podían todo, y alguien que cree que lo puede todo se hace inabitable, porque la fuerza viene de la convicción. Si cada minuto de tu vida tienes que probar que tu vida no es una derrota, tu vida en cada minuto será una derrota. Si crees, por el contrario, que para tí nada es imposible, para ti nada hay imposible. Nada pudo con Piotr Kropotkin en la cárcel, personaje de la nobleza rusa que gana la medalla de oro de la Academia de Ciencias de Moscú, equivalente al Nóbel, que terminados sus estudios militares en Siberia descubre a los castigados de las minas de sal con el agua helada hasta el cuello en régimen de esclavitud, enterrados vivos antes descritos por Ivan Turgenyev, y que se hace anarquista por humanidad, dando con sus huesos en la cárcel como cualquier otro, y que allí, en la lóbrega mazmorra contigua en la que está a punto de morir, descubre a un preso torturado y desmoralizado... Y este príncipe anarquista, él mismo a punto de morir, para elevar la moral de su desconocido obrero, “puede” aún cantar a su vecino a golpe de morse la gloriosa historia del proletariado durante la Comuna de París, invirtiendo en ello una semana.

3.4. LA “BARBARIE” DE AQUEL ESPERAR

La acción militante se enraizaba en la esperanza. En 1903 un joven campesino se le acerca a un senador de la Alta Cámara y le dice: –Señorito, ¿cuándo llegará el gran día? –¿Qué gran día es ése? –El día en que todos seamos iguales y se reparta la tierra entre todos. Pobres mujeres se dirigían a propietarios esperando cambiar satisfacciones y parabienes por la noticia del próximo reparto y de la hermandad de todos. Eran muchísimos, casi todos, los que creían en el triunfo inmediato de la revolución social y del reparto; y en los pueblos se imaginaban el suceso como un hecho sencillo y sin dificultades. Con la huelga general, la sociedad quedaría colapsada y la fortaleza capitalista se hundiría sin más esfuerzos, como los muros de Jericó al choque de las ondas sonoras de las tropas israelitas. ¡Ya estaba amaneciendo el gran día!. Como los corintios, a quienes san Pablo reprocha que hayan dejado de trabajar porque esperan la llegada inminente del Reino de Dios, también algunos anarquistas vivían “a la corintia”, como si al día siguiente fuesen a tocar con las manos la Gran Revolución.

3.5. LA “BARBARIE” DE AQUEL HACER

¿Qué hacía esta gente? Lo que se puede hacer cuando uno se des-hace para que los otros se re-hagan: el grano de trigo no da fruto en sí mismo, lo da para otros, es ya de otros al dar su vida para otros. La tierra, la fábrica, las minas, los medios de transporte, las escuelas, debían ser de todos, todo es de todos y el producto del trabajo ha de ser repartido equitativamente, como equitativamente ha de ser repartido el esfuerzo. No hay que ir a las realizaciones económicas con un sentido localista. Hay que obrar con un criterio social, abarcando el conjunto de un país y, si fuere posible, del mundo entero. Podría ocurrir que, en alguna localidad, un malestar pasajero fuese explotado por los antiguos privilegiados para crear el descontento, sembrar la desconfianza y la decepción, y llevar incluso a un movimiento de resistencia y de insurrección; pero las posibilidades de expansión serían ínfimas, porque la acción defensiva y ofensiva del resto del país aislaría de inmediato los focos hostiles. La cabeza vigilante contra las tentativas reaccionarias estaría en todas partes y el centro en ninguna. Por ejemplo, la prensa hostil a la revolución sería muy dificultada, por el hecho de que para publicar un periódico se buscan hoy asalariados de la imprenta y del periodismo, y con el dinero se consigue todo, medios y conciencias, pero en la nueva economía no se podría hacer más que montando papeleras propias, imprentas, medios de comunicación y de transporte en la clandestinidad, lo cual no es posible.

Y ¿qué hacer con las tendencias antisociales? Desaparecerán los aparatos policiales y judiciales, pero no la defensa de la sociedad contra quienes pretendan atacar sus cimientos o su organización, o lesionar intereses colectivos. No habrá cárceles, donde, por mucho que se transformen, no se regenera a nadie; los antisociales podrán ser tratados de dos maneras: por el destierro de la localidad donde su conducta haya sido motivo de repudio, o por el internamiento en dependencias de salud pública. El antisocial puede ser un enfermo, y entonces puede ser inútil la cárcel: su puesto está en el hospital, en una colonia sanitaria, o en un psiquiátrico; puede ser simplemente un no educado para una sana convivencia, y entonces cabe el alejamiento de la localidad.

Hacer: aquellos militantes llegaron limpiamente a realizar maravillas tales como –durante las colectivizaciones libertarias españolas– la toma del montón: lo producido se ponía a disposición de todos (sin administradores ni guardianes) bajo el lema “de cada cual según sus capacidades, a cada cual según sus necesidades”, consistiendo la máxima alegría en aportar mucho y retirar poco, para que nada faltase a desvalidos, enfermos, ancianos, niños, etc. Antítesis del consumismo, llegaron una buena mañana a confesar por fin ante su corazón: ¡cuánto es lo que no necesitamos, y lo poco que necesitamos qué poco lo necesitamos!.

Por la toma del montón, aquellas gentes afirmaron su libertad en espacios públicos; sabían que una libertad para el espacio privado es un cóndor ciego dando con sus alas de altura en los barrotes de una jaula de oro. Aspiraban a vivir en la

búsqueda de la verdad, aunque se les quebrasen las alas en aquel planear majestuoso que rozaba el techo de humanidad. Aun con temor y temblor, ese fue su vuelo: una flecha lanzada al infinito por el arco tenso del guerrero.

3.6. APRENDER DEL PASADO, MIRAR AL FUTURO

¿De qué pasta cultural estaban hechos esos militantes? Si descendieron a las profundidades de su propia conciencia, si la miraron cara a cara y al caer la noche pudo ser su testigo, la minoría perversa hubo de maquillarse para poder contemplarse ante el espejo sin romperlo de un cantazo. Porque eran pobres supieron lo que nadie les enseñó, quisieron lo que ninguno antes supo querer; pudieron lo que jamás se soñó; esperaron hasta la ajena desesperación, hicieron más de lo que ni siquiera Prometeo prometió hacer. Y sin embargo perdieron, perdieron porque –siendo ellos pobres– otros más ricos y poderosos que ellos supieron, quisieron, pudieron, esperaron, e hicieron mejor que ellos técnicamente, aunque peor que ellos moralmente. A pesar de todo, inauguraron una nueva cultura de la libertad y de la esperanza.

En efecto, en Roma, casi todas las convicciones vigentes –salvo raras excepciones, como la de los epicúreos en lo referido a los átomos del alma– defienden que existe una necesidad que rige el cosmos, férrea determinación a la que denominan *moira*, *heimarmene*, *ananké*, términos helénicos (el griego *koiné* o común es el idioma culto para toda Grecia: Cicerón escribe todavía sus Memorias en griego) que expresan la necesidad, la obligatoriedad, la ausencia de libertad que rige el mundo, las personas y las cosas. En el ámbito judío tampoco se vivía la libertad, dada la carga de la ley mosaica y sus insoportables exigencias.

Junto a la anterior esclavitud, el pecado oprime y aflige a quien, por tener conciencia de padecerlo, anhela ser exonerado de su carga. Muchas almas se sienten esclavas del pecado: “Sé –dice Pablo– que no hay en mí, en mi carne, cosa buena alguna, porque el querer el bien está en mí, pero el hacerlo no. En efecto, no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, pero si hago lo que no quiero ya no soy yo quien lo hace, sino el pecado que habita en mí. Por consiguiente, tengo en mí esta ley: que queriendo hacer el bien es el mal el que se me apegas. Desdichado de mí, ¿quién me librará de este cuerpo de muerte? La gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor”.

Para quien cree que la muerte está en posesión de la última y definitiva palabra, aquélla constituye a la vez la máxima humillación esclavizadora, pues te saca de este mundo de mala manera cuando ella quiere infligiéndote el máximo daño y burlándose de ti, desconsiderando tu dignidad y sepultándola en el olvido: no eras lo que creías ser, no eras nadie, ni siquiera eres algo.

4. EL VIENTO DE LIBERTAD, LA GRANDE ALEGRÍA, LA BUENA NUEVA, QUE LOS “SABIOS” TILDARON DE “BÁRBARA”

4.1. UT CHRISTIANI NON SINT

Mucho antes del movimiento obrero, Roma acogía a todos los dioses de todas las naciones sometidas (*dignus Roma locus quo deus omnis eat*, Roma, lugar digno de que a ella vaya cualquier dios”, Ovidio). La tolerancia religiosa constituía una de las características principales del Imperio romano, pues cada pueblo conquistado podía conservar sus deidades y sus cultos, quedando únicamente los oficiales y soldados romanos obligados al culto oficial del Imperio; más aún, también los ciudadanos de Roma podían practicar libremente los ‘cultos extranjeros’. No obstante este sincretismo religioso, la participación en el culto público oficial se consideraba como expresa manifestación de fidelidad al Estado, sobre todo desde que se empezó a tributar culto al emperador y a la diosa Roma. Desde el año 70 el Imperio había gravado la libertad religiosa con el pago de un didracma, que daba derecho a la exención de todos los cultos estatales, incluido el del emperador, con lo que desaparecía la acusación de ateísmo y *asebeia* (impiedad) y la de *inertia* o absentismo de la vida política, algo intolerable. Dentro de esta situación, los judíos gozaban de las mayores libertades y privilegios; sin embargo, desde el año 90 Domiciano impuso la recaudación del impuesto con mayor severidad, pues “se habían hecho frecuentes las acusaciones al Tesoro de personas que, sin declararse judíos (*improffessi*), vivían como los judíos (*iudaicam viverent*), y de otras que *dis-simulata origine* no pagaban el impuesto. Al principio, el Imperio romano consideraba al cristianismo como una secta judaica, pero los judíos, para quienes los cristianos eran traidores a su patria y a su religión, no consintieron por mucho tiempo que éstos se extendieran a la sombra de sus privilegios. Y, aunque según Tertuliano el emperador Tiberio tuvo el propósito de colocar a Cristo entre los dioses del Imperio, y los primeros pasos del cristianismo dentro de las fronteras del Imperio romano fueron pacíficos, este tiempo de calma duró muy poco y desde Nerón hasta Constantino el cristianismo pasa a ser religión ilícita.

El cristianismo está introduciendo muy rápidamente en el corazón del Imperio romano una enorme inquietud; algo se mueve bajo los pies de barro del Imperio, un terremoto silencioso que agrieta la solidez de sus cimientos y que resulta imperialmente inasumible: los cristianos cuestionan todo sin aparentemente cuestionar nada; son una enmienda a la totalidad de las leyes romanas, y por eso reputados de *molitores rerum novarum* (sospechosos anti-régimen) y acusados de ateos (*theomajoi*, enemigos de los dioses) y en consecuencia proscritos: *non licet esse christianos*. En realidad, el resto de las acusaciones sobre increíbles aberraciones y atroces obscenidades (los famosos *flagitia*) no se las creían ni los mismos emperadores, ya que el cristianismo estaba más cerca de los eranos (asociaciones de socorro mutuo) que de las eterías (asociaciones políticas subversivas). Pero los cristianos, en todo caso, no convienen, quedando prohibido mencionar el solo

nomen de cristiano; por su parte, los juristas del Emperador se plantean la cuestión de si ser cristiano es error o culpa, pues el derecho romano desconocía el perdón para los “arrepentidos” por delitos contra las personas o contra el Estado, pero admitía una punibilidad distinta para las culpas de acción y para las de pensamiento o de palabra. Incendiada Roma en el 64 (dos años antes había sido absuelto san Pablo en Roma de las acusaciones contra él vertidas), el *institutum neronianum* (ley neroniana) tiene por meta *ut christiani non sint*, que no sean cristianos, que la legislación romana siga prevaleciendo: la ley es la ley y la necesidad de obedecerla está por encima de toda verdad. Si el Tíber salía de cauce o el Nilo no inundaba los campos, si sobrevenía un hambre o una epidemia, la plebe gritaba: ¡*Christiani ad leonem!*, los cristianos al león. Según Tertuliano, el pueblo (*petente populo*) reclamaba el suplicio de los cristianos sobre todo en los juegos del circo y de la arena. El cristianismo es reputada *superstitio nova et malefica* (Suetonio), y por ende *religio illicita*.

Los cristianos son un cuerpo extraño y por eso se les mira con prejuicio: “Aun cuando no cometamos crimen alguno, el juez nos mira como a criminales, pues ni conoce nuestra religión, ni tiene gana de conocerla. Una vana preocupación le guía; de ahí que también el juez es juzgado. Nos persiguen, pues, no porque hayan descubierto que cometemos iniquidad alguna, sino porque piensan que el solo vivir como cristiano es ya un crimen; y no sólo es crimen que nosotros vivamos cristianamente, sino exhortar a los otros a que adopten nuestro mismo tenor de vida”. San Justino, apologeta y mártir, el muy admirable Justino (*ho thaumasiótatos Ioustínos*) como en largo superlativo le recuerda su discípulo Taciano, se ve obligado a defender en su Apología I a los cristianos de la peor de las acusaciones: “Se nos da también –dice– el nombre de ateos (*atheoi*); y, si de sus dioses se trata, confesamos ser ateos; pero no respecto del Dios verdaderísimo, padre de la justicia y de la castidad y de las demás virtudes, en quien no hay mezcla de maldad alguna... enseñando generosamente a quien quiera saberlo lo mismo que nosotros hemos aprendido”. A cada acusación imperial responden los cristianos con una redoblada defensa de su fe, aunque ello conlleve el siempre temible martirio, pues éste forma parte de las bienaventuranzas: “Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados seréis siempre que os injurien y persigan y digan contra vosotros todo mal mentirosamente por causa mía. Alegraos y regocijaos, pues vuestro galardón es grande en los cielos. Así, en efecto, persiguieron a los profetas que fueron antes que vosotros”⁶⁶. Por eso, “tras haber merecido sufrir deshonra por el Nombre”⁶⁷, algunos mártires respondían *Deo gratias* a la lectura de su sentencia de muerte, bajando luego alegres a la cárcel, y *pax tibi* a quienes les decapitaban. Preso san Policarpo, el irenarca pregunta al hasta entonces obispo de Esmirna: “¿Qué inconveniente hay en decir ‘César es el Señor’, sacrificar, cumplir los otros ritos y salvar la

66 Mt 5,10-12

67 Hch 5,41

vida?””. Policarpo sin embargo, con su actitud negativa, deja estupefacto (*heksténai*) al juez.

Los protocristianos aprovechan los minutos que les da el juez para confesar su fe ante el pueblo, minutos de catequesis que les costarían la vida. Admirable actitud que se completa con otras como la que Tertuliano refiere: el proconsul de Asia, Arrio Antonino, perseguía violentamente a los cristianos y, viendo que un día llegaban a su tribunal todos los fieles de la ciudad para autodelatarse, hizo ejecutar a algunos, pero dijo a los otros: “Desgraciados, si queréis morir, ya disponéis de ganchos y de cuerdas”. Desde el principio, los cristianos replican pacíficamente. El primer martirio de sangre está ligado a la institución de los diáconos en la primitiva comunidad de Jerusalén, donde los fieles pudientes venden sus posesiones y depositan el precio a los pies de los Apóstoles. Estos asisten cotidianamente a las varias categorías de necesitados, entre los que se destacan las viudas. El más ilustre de todos los diáconos es Stephanos (Esteban), el cual da ante los jueces un paso más, de audacia incalculable: Moisés, la ley y el templo son cosas caducas desde la aparición de Jesús, llamando a sus jueces “hombres de dura cerviz e incircuncisos de corazón y de oídos”⁶⁸. Santiago, Pedro y el propio Pablo padecerán persecuciones y finalmente martirio cruel, como lo expone Tácito, el cual habla de una *multitudo ingens* de cristianos a los que Nerón castiga con ocasión del incendio de Roma. Unos, cubiertos de pieles de fieras, son expuestos a los perros que se lanzan contra ellos y los desgarran con sus dientes; otros, levantados en cruces, untados de pez, son encendidos a guisa de antorchas apenas caía la tarde mientras, a la luz siniestra de aquellas víctimas inocentes, Nerón se pasea por sus jardines. Obviamente, los atentados contra el honor de las vírgenes cristianas distan mucho de faltar. Pero el año 68, cuatro después del incendio de Roma, Nerón se suicida y, desde entonces hasta el año 95, la Iglesia, todavía legalmente proscrita, goza de paz. Los cristianos aparecen como una secta judaica que recoge la hez de la sociedad y por eso produce en el poder más desprecio que preocupación y miedo.

A la vista de esta compleja situación, Cecilio, el interlocutor gentil del Octavio de Minucio Félix, se pregunta con otros muchos romanos perplejos: “¿Dónde está el dios de esta gente y de qué les ha valido una religión por la que no han vacilado en sufrir la muerte?, ¿dónde está ese Dios que puede ayudar a los que resucitan y no puede socorrer a los que viven?”. Mientras tanto, no pocos siguen preguntándose cómo es posible la creación, la resurrección, la encarnación, la divinidad de Jesús, etc, afirmaciones de fe que chocaban radicalmente con las creencias y la filosofía romanas, a las que los creyentes sencillos respondían que para Dios no hay nada imposible. Los humildes, los esclavos, los pobres, los trabajadores, no prestan excesiva atención a las dificultades levantadas por los sabios. De las predicaciones escuchadas retienen, sobre todo, que Jesús, el Hijo de Dios, anunciado por los profetas de Israel, había muerto para salvarlos y que había resu-

68 *Ibi*, p. 189

citado de entre los muertos para dar por anticipado testimonio de la propia resurrección de ellos. Lo demás no eran para ellos más que detalles sin importancia al lado de estas certezas que se traducían en experiencias existenciales: su vida había cambiado y su compromiso era irrefutable. Lo que estaba claro es que Jesús no había venido para sanar a los justos sino a los pecadores; que había afirmado que la alegría del cielo sería mayor por un solo pecador convertido que por noventa y nueve justos que no tuvieran necesidad de la misma, que había comido en casa de un publicano y perdonado a la adúltera, dejando que la pecadora Magdalena le lavara los pies con nardo precioso y los secara con su cabello.

4.2. LO QUE SÍ HACÍAN: CULTURA TEÍSIMA

En ese clima, “la palabra de Jesús ha sido un relámpago en una noche oscura; han sido necesarios mil ochocientos años para que los ojos de una porción infinitamente pequeña de la humanidad se hayan acostumbrado a ella. Pero el relámpago se convertirá en luz permanente y, después de haber recorrido todos los círculos de errores, la humanidad regresará a aquella palabra como la expresión inmortal de su fe y sus esperanzas”⁶⁹. Desde la esclavitud, algunos están haciendo la experiencia más fascinante jamás soñada: el encuentro con el Cristo liberador. Quienes se enteran de que para Jesús ya no hay libre ni esclavo, hombre ni mujer, griego ni escita, adulto ni niño, pues son todos iguales en la libertad que Dios da; quienes al ver y oír a Cristo aceptan su resurrección experimentan que, aferrados absolutamente a la mano fuerte del Señor, dejan atrás toda esclavitud, incluida la de la muerte. Cuando los que vivían en la desventura, en la amargura, en la derrota, en el dolor de las diversas pérdidas, interiorizan la palabra sagrada, libertad, se convierten a una vida nueva. Dos movimientos del alma inundan el interior de los sacudidos por la palabra y por el encuentro personal con Cristo y después con las comunidades de discípulos: viento de libertad y gran alegría. No es un encuentro retórico ni especulativo, sino con este Cristo que les ama, vivencia fascinante cuyo resultado no conlleva sólo el cambio de la vida personal, sino también la remoción del Imperio romano en su totalidad: ningún cambio interior profundo carece de consecuencias exteriores profundas.

En las primeras comunidades todo es catequesis (del verbo *katejéo*), golpe que resuena, re-percusión: así de impactados quedaban los cristianos que en aquellos primeros tiempos acogían la noticia alegre y liberadora. Luego venía el bautismo y el cambio radical de vida. Frente a los judíos que para creer piden señales (milagros), y frente a los griegos que van tras la sabiduría, nosotros —dice Pablo— predicamos a Cristo crucificado, escándalo para judíos, locura para gentiles, poder y sabiduría de Dios para todos. Escándalo, porque ningún judío reivindica su condición de Hijo del Padre, y locura porque en la helenidad ningún dios olímpico se

69 Renan: *Vida de Jesús*. Ed. Madrid, 1968, p. 190

parece ni remotamente a Cristo, verdadero hombre y verdadero Dios. Quien encuentra a Jesús se convierte en apóstol, porque su descubrimiento no le pertenece exclusivamente a él: ¿quién podría acallar la alegría libre de un corazón enamorado? Una vez encontrada la verdad, no tiene tregua ni reposo hasta conseguir hacer partícipes de su felicidad a los miembros de su familia, a sus amigos, a sus compañeros de trabajo. Todos se entregan a ese apostolado, incluso los más pobres, los más ignorantes, los más despreciados: los esclavos con sus camaradas de dolor; los marineros en las escalas de sus barcos; los comerciantes con sus clientes, siempre a la espera. El verdadero marco será la clase popular: allí se conocían, se amaban con el corazón, allí se esperaba, se deseaba una emancipación total de la servidumbre, y he aquí que Cristo rescata del pecado a precio elevado a los esclavos para conferirles la libertad de los hijos de Dios.

4.3. ALGO QUE NO ES FILOSOFÍA, SINO EXPLOSIÓN DE VITALIDAD

Cristo no asistió a cursos ni buscó doctorados en la Academia: “Ya no hay libre ni esclavo, hombre ni mujer, gentil ni pagano, bárbaro o griego”. Cuantas veces lo acorralen publicanos, fariseos, saduceos, doctores de la ley, tantas otras veces saldrá de las preguntas sofisticadas con ese aire de sencillez poco académica del hombre sabio: “Dad al César lo que es del César”. Era la hez social, el leproso, el pescador, el pueblo sencillo, el que iba a recibir su mensaje salvador. No hay entre los apóstoles grandes sabios: son gentes del campo y de la mar principalmente. Todo el que lo desee será uno en Cristo el Señor. A la defensa de la dignidad radical del ser humano (huella del Padre), a la liberación de los oprimidos, al monoteísmo que arrumbaba al viejo politeísmo idolátrico, a todo ello no llegó Cristo llevado por la filosofía. Crucificado Cristo, sus discípulos pudieron ser testigos de su enseñanza extraordinaria.

Desde el primer momento crece el cristianismo por Oriente y por Occidente, y en esta situación necesitan los nuevos conversos compendiar su fe común en todos los lugares de la Tierra. Además de las dificultades propias de los tiempos, así como de las persecuciones e incomprensiones surgidas ante una novedad tan radicalmente cuestionadora del orden de cosas vigente, sentíanse los cristianos abrumados por la magnitud de tamaña noticia en comparación con lo limitado de sus propios recursos. Junto a eso, conforme pasa el tiempo y va borrándose el recuerdo directo del maestro, surge la necesidad de fijar por escrito sus enseñanzas. Por otra parte el destinatario del mensaje era, como se ha dicho ya, el pueblo, inculto en gran parte y muy poco refinado en argucias teóricas. Los seguidores del crucificado tenían, pues, que tratar de difundir el mensaje mediante argumentaciones y, sobre todo, mediante la incorporación de los elementos culturales vigentes en aquel ambiente greco-romano paganizante. Así que será a partir de ahora cuando el cristianismo, nacido para la salvación de la humanidad en su totalidad, comenzará a iluminar sus propios contenidos en diálogo con la cultura filosófica y pagana ambiental: es el momento en que religión cristiana y filosofía griega entran

en contacto. Unas veces para competir, otras para fundirse manteniendo cada una de ellas sus rasgos propios.

Poco a poco, al sistematizar el ejemplo de Cristo en una doctrina, irán elaborando los protocristianos un sistema conceptual y filosófico, hasta llegar un momento en que los distintos límites entre fe y razón se vuelven borrosos. Ahí precisamente surge la falsa ilusión de que cristianismo y filosofía son una misma cosa. Algunos creyentes comienzan ya a filosofar su fe, intentando entender al Dios uno y trino, con el ansia de desvelar el sagrado misterio, urgidos por dar razón del designio del Dios que se ha manifestado en Cristo, y su plan salvífico sobre el hombre. Los griegos nunca alcanzaron por la mera razón el elenco de novedades radicales introducido por Cristo. Lo más que lograron en sus momentos teóricos espectaculares fue pensar en un Primer Motor Inmóvil, pero no en un Dios Padre creador. Los griegos, además, habían perfilado una especie de maniqueísmo cosmológico en donde el amor tenía que vencer al odio, pero nunca sistema alguno helénico concibiera hasta entonces el amor incondicional como eje de la historia: no hubieran podido escribir ninguna parábola del hijo pródigo.

Por su parte, otros creyentes y jerarcas eclesiásticos comienzan a formular y sistematizar afirmaciones de fe (credos de autores), algunas de las cuales serán reputadas heréticas tras los correspondientes Concilios: mucha energía, mucha herejía. Todo esto pone de relieve una explosión de vitalidad (“no quiero que escribas esto en un papel, sino que lo grabes en tu corazón”, exhorta Cirilo de Jerusalén), pero también conlleva un cierto desorden fruto de la exuberancia. Por todo, se impone definir la fe, fijarla en un credo. Los protocristianos “no se distinguen de los demás hombres ni por su tierra ni por su habla, ni por sus costumbres. Porque ni habitan ciudades exclusivas suyas, ni hablan una lengua extraña, ni llevan un género de vida aparte de los demás, sino que, habitando ciudades griegas o bárbaras, según la suerte que a cada uno le cupo y, adaptándose en vestido, comida y demás género de vida a los usos y costumbres de cada país... habitan sus propias patrias, pero como forasteros; toman parte en todo como ciudadanos y todo lo soportan como extranjeros; toda tierra extraña es para ellos patria, y toda patria tierra extraña... Pasan el tiempo en la tierra, pero tienen su ciudadanía en el cielo. Obedecen a las leyes establecidas, pero con su vida sobrepasan las leyes. A todos aman, y de todos son perseguidos. Se los desconoce y se los condena. Se los mata y en ello se les da la vida. Son pobres y enriquecen a muchos. Carecen de todo y abundan en todo. Son deshonrados y en las mismas deshonras son glorificados. Se los maldice y se los declara justos. Los vituperan y ellos bendicen. Se les injuria y ellos dan honra. Hacen bien y se los castiga como malhechores; castigados de muerte, se alegran como si se les diera la vida. Por los judíos se los combate como a extranjeros; por los griegos son perseguidos, y, sin embargo, los mismos que los aborrecen no saben decir el motivo de su odio”.

Gentes como las demás, viven de forma distinta: “Todos los creyentes vivían unidos y tenían todo en común; vendían sus posesiones y sus bienes y repartían el

precio entre todos, según las necesidades de cada uno. Acudían al Templo todos los días con perseverancia y con un mismo espíritu, partían el pan por las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón. Alababan a Dios y gozaban de la simpatía de todo el pueblo. El Señor agregaba cada día a la comunidad a los que se habían de salvar”⁷⁰. “En el grupo de los creyentes todos pensaban y sentían lo mismo: lo poseían todo en común y nadie consideraba suyo nada de lo que tenía. Los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús con mucha eficacia; todos ellos eran muy bien mirados porque entre ellos ninguno pasaba necesidad, ya que los que poseían tierras o casas las vendían, llevaban el dinero, y lo ponían a disposición de los apóstoles; luego se distribuía según lo que necesitaba cada uno”⁷¹. Entre los cristianos primeros es bastante común el trasvase de bienes y la crítica a los ricos: “¿Hasta dónde pretendéis llevar, ricos, vuestra codicia insensata? En común ha sido creada la tierra para todos, ricos y pobres; ¿por qué os arrogáis, ricos, el derecho exclusivo del suelo? Nadie es rico por naturaleza. Nacemos desnudos sin oro ni plata. Desnudos vemos la luz del sol por primera vez, desnudos recibe la tierra a los que salieron de ella. Un pedazo estrecho de tierra es bastante a la hora de la muerte, lo mismo para el pobre que para el rico, y la tierra que no fue suficiente para calmar la ambición del rico lo cubre entonces totalmente. La naturaleza no distingue a los hombres en su nacimiento ni en su muerte. Les engendra igualmente a todos y del mismo modo les recibe en el seno del sepulcro. ¿Quién puede establecer clases entre los muertos? Excava de nuevo los sepulcros y, si puedes, distingue al rico. Desenterrad poco después una tumba y hablad si reconocéis al necesitado: acaso solamente se puedan distinguir en que con el rico se pudren muchas más cosas”. “Dios nos puso en común las cosas fundamentales para la vida, ¿por qué separarnos por culpa de la propiedad que unos tienen y de la que otros carecen? Lo que es común y ha sido dado para uso de todos lo usas tú sólo. La caridad hace común lo que tiene cada uno: la caridad te hace ver en el prójimo otro tú mismo y te enseña a alegrarte de sus bienes como de los tuyos propios, y a soportar sus defectos como los tuyos propios”⁷². Y, como aquellos protocristianos no tenían dónde caer muertos, estaban vivos, iban por las casas poniendo el dedo en la llaga de las prácticas sociales romanas.

4.4. PABLO DE TARSO

Y, para apóstol, Pablo: “¿Son hebreos? Yo también. ¿Son israelitas? Yo también. ¿Son descendientes de Abrahán? También yo. ¿Son ministros de Cristo? (Como si estuviese loco hablo) Yo más; en trabajos, más abundante; en azotes, sin número; en cárceles, más; en peligros de muerte, muchas veces. Cinco veces recibí de los judíos cuarenta azotes menos uno. Tres veces fui azotado con varas; una vez

70 Hch 2,42-47

71 Hch 3,32-35

72 Cfr. Biosca, J: *Posees lo ajeno cuando posees lo superfluo*. Fundación Mounier, Madrid, 2000

apedreado; tres veces naufragué; un día y una noche pasé náufrago en el mar. Viajes frecuentes, peligros de ríos; peligros de salteadores, peligros de los de mi raza; peligros de los gentiles; peligros en ciudad; peligros en despoblado; peligros por mar; peligros entre grandes hermanos; trabajo y fatiga; noches sin dormir, muchas veces; hambre y sed; muchos días sin comer, frío y desnudez. Y, aparte de otras cosas, mi responsabilidad diaria: la preocupación por todas las Iglesias. ¿Quién desfallece sin que desfallezca yo?⁷³. “Estamos atribulados en todo, pero no angustiados; en apuros, pero no desesperados; perseguidos, pero no desamparados; derribados, pero no destruidos. Dondequiera que vamos, llevamos siempre en el cuerpo la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos, pues nosotros, que vivimos, siempre estamos entregados a muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal. Todas estas cosas padecemos por amor a vosotros para que abundando la gracia por medio de muchos la acción de gracias sobreabunde para gloria de Dios⁷⁴. “Pero este tesoro lo llevamos en vasijas de barro, para que se vea que esa fuerza tan extraordinaria es de Dios y no viene de nosotros. Nos aprietan por todos lados, pero no nos aplastan; estamos apurados, pero no desesperados; acosados, pero no abandonados; nos derriban, pero no nos rematan; paseamos continuamente en nuestro cuerpo el suplicio de Jesús, para que también la vida de Jesús se transparente en nuestro cuerpo; es decir, que a nosotros que tenemos la vida continuamente nos entregan a la muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se transparente en nuestra carne mortal. Así la muerte actúa en nosotros y la vida en vosotros⁷⁵. ¡Qué lejos del cristiano que Nietzsche no sin razón criticara como esperpento insulso! Pablo y Francisco de Asís predicán *urbi et orbi*, incluso a las piedras, al cosmos entero. Ningún día pasan sin hablar de Cristo. Viven en campaña. Su dedicación es exclusiva: *Kerygma* y *kénosis*, anuncio y entrega total. No quiso ser Pablo un católico que viviendo como pagano pretendiera dar clases de cristianismo. A Cristo sólo se le puede anunciar desde Cristo: “No soy yo, es Cristo quien vive en mí”. ¡Cuánto esperpento de hoy se ahorraría con tener en cuenta esto! El profesor de religión no sólo enseña religión: es que sólo puede enseñarla si la vive conforme a lo enseñado por Cristo y vivido en la fe de la Iglesia. De lo contrario no sólo no puede anunciar a Dios, sino que además se denuncia a sí mismo.

Pablo sabía moverse por el mundo, conocía lenguas, iba y venía sin cesar. Judío de etnia, romano de pólis, trilingüe, culturalmente bicéntrico, internacionalista, él pudo comprender mejor que casi todos eso de que ya no hay hecho diferencial, ni judío ni gentil, ni hombre ni mujer, porque lo que prima es la centralidad de la mirada de Cristo. Como Francisco de Asís pudo decir: “Me sé de memoria a Cristo muerto y resucitado”. El griego *koiné* de Pablo se convertía así en griego *katholikós*. Globalizador sí, pero cristocéntrica y crísticamente. ¡Pablo estudiaba para trasvasar mejor su fe! Por eso no contraponía fe y razón. En su época sólo los

73 2 Cor 11, 24-29

74 2 Cor 4,8-17

75 2 Cor 4,7-12

estoicos creen en un Dios uno y único que además es amoroso (véase el himno al Dios Padre de Cleantes). San Pablo lo sabe, y aprovecha para trasvasar la fe cristiana al odre cultural estoico, desde el cual se abre el paganismo al cristianismo. De hecho, san Pablo cita a varios estoicos menores. El cristianismo no hubiera sido lo mismo sin ese trasvase. Su fe no le impidió, al contrario le exigió, inculturalizarla apelando a las creencias ambientales. Por lo demás, el comportamiento de san Pablo en el Areópago ante el “Dios desconocido” de los helenizantes es ejemplo de habilidad epistemológica.

El acto central del culto cristiano desde un principio fue el de la eucaristía, por el cual se conmemoraba y reproducía el comportamiento de Cristo en la última cena. Dada la intimidad de los primeros cristianos y el amor ferviente que profesaban a la persona del Señor, se entiende que tal solemnidad constituyera para ellos el mejor estímulo en su vida de piedad y el acicate más determinante en los mayores momentos de heroísmo. Ya en el libro de los Hechos de los Apóstoles se denomina a esta solemnidad fracción del pan: “Y perseveraban asiduamente en la doctrina de los apóstoles y en la comunicación, en la fracción del pan y en las oraciones”⁷⁶. Ante todo, según lo cuenta san Justino a mediados del siglo II y se ratifica en la *Didaché*⁷⁷, se dedicaba algún tiempo a la lectura de los libros santos y a la predicación o explicación de la doctrina cristiana. A esta primera parte del culto o, como ya se le solía denominar, liturgia, podían asistir también los catecúmenos, quienes debían salir fuera de la reunión al dar comienzo la *fractio panis*. Esta segunda parte de la liturgia comenzaba con el ósculo de la paz que todos los fieles bautizados se daban mutuamente. A continuación se entregaba al obispo –o a quien presidía la liturgia– el pan y el vino mezclado con un poco de agua, materia de la consagración, la misma que había empleado Cristo en la última cena. A esto seguían diversas oraciones y acciones de gracias y la fórmula de la consagración, que todos los asistentes escuchaban y seguían con emoción. Luego, llegado el momento solemne de la comunión, comulgaban primero el obispo y el clero, y a continuación el diácono repartía el pan y el vino a todos los presentes. A los ausentes que no habían podido asistir a la celebración del culto se les llevaba a casa la eucaristía. Todo esto era acompañado del canto de salmos, a los que se añadieron bien pronto himnos especiales cristianos, según lo relata san Hipólito a principios del siglo III.

Dada la centralidad de la celebración eucarística, desde un principio todos o la mayoría de los componentes de la comunidad cristiana se reunían por la noche o al caer la tarde para disfrutar de una sencilla comida, a la que denominaban con el término griego *ágape*, comida fraternal símbolo de la espiritualidad que se debía

⁷⁶ *Hch*, 2,42: “ésan de proskarterountes te didajé ton apóstolon kai te koinonía, te klásei tu artu kai tais proseujais”.

⁷⁷ La *Didaché* (o *Compendio de la doctrina de los apóstoles*), obrata de un autor desconocido de finales del siglo I, resume los ritos litúrgicos que han de enseñarse a los bautizados y las costumbres cristianas sobre bautismo, ayuno, oración y eucaristía.

seguir. Los cristianos aportaban los manjares, que luego con generosidad fraterna repartían entre ellos, sin distinción de clases; precisamente uno de los fines que se perseguían con estos ágapes era socorrer a los pobres. Sin embargo, no habría que exagerar cuando se habla del ideal de perfección o santidad de aquellos protocristianos, pues ya san Pablo hacía notar severamente los abusos que se cometían al respecto: “Otra cosa os denuncio, y no para alabaros: que os reunís, no para lo mejor, sino para lo peor. Porque primeramente oigo decir que, cuando os reunís en la Iglesia, existen entre vosotros escisiones, y en parte lo creo... ya no es eso comer la cena del Señor. Porque cada cual, al comer, se adelanta a tomar su propia cena, y uno pasa hambre y otro se embriaga. ¿Pues qué? ¿No tenéis casas para comer y beber? ¿O es que menospreciáis la Iglesia de Dios y avergonzáis a los que no tienen? ¿Qué os diré? ¿Os alabaré? En esto no os alabo”⁷⁸. *Ouk estín kyriakón deipnon fáguein*: ya no es eso comer la cena del Señor. San Pablo estaba recriminando con estas palabras la práctica de algunos cristianos más acomodados, que llevaban manjares ricos al ágape y los comían opíparamente sin acordarse para nada de los demás, al mismo tiempo que los pobres, que confiaban en la caridad de los más poderosos, se sentían defraudados y escandalizados.

Precisamente por eso, y a fin de evitar los abusos que pudieran introducirse con la celebración sucesiva del ágape y de la liturgia eucarística, muy pronto se separaron, trasladándose la liturgia eucarística a la mañana y el ágape a la tarde. Con todo, el ágape continuó durante mucho tiempo conservando su carácter religioso, y por eso siguió celebrándose en los mismos lugares sagrados. Se bendecía el pan que allí se consumía, al que se denominaba *eulogia* (*eu-logía*, cosas benditas), pero nunca eucaristía (*eu-jaristía*, buena gracia). Finalmente, y a causa del progresivo deterioro, a partir del siglo IV fueron prohibidos los ágapes en las iglesias, extinguiéndose lentamente hasta su total desaparición.

78 1 Cor, 11,17-22